

Hugo Arana Páez (*Harpa*)

**Las esquinas
cuentan su historia**
San Fernando de Apure
1788-2025





Las esquinas
cuentan su historia
San Fernando de Apure 1788-2025



1.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2025

© Hugo Arana Páez (*Harpa*)

© Fundación Editorial El perro y la rana

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Facebook: El perro y la rana
X: @elperroylarana
Instagram: @perroylarana
Threads: @perroylarana
YouTube: ElperroylaranaTV
Tik Tok: @elperroylarana

Edición y corrección

José Jenaro Rueda

Diagramación y portada

Arturo Mariño

Imagen de portada

Sede de la Botica del Llano, ángulo noreste de la intersección de las calles
Comercio y Miranda. Fuente: Fundación Cultural Ítalo Decanio D'Amico.

Hecho el Depósito de Ley:

ISBN: 978-980-14-5924-8

Depósito legal: DC2026000320

Hugo Arana Páez (*Harpa*)

**Las esquinas
cuentan su historia**

San Fernando de Apure 1788-2025

*Un pueblo sin historia es como un paciente
de alzhéimer en fase terminal...*

HARPA



Vivienda de la familia González Ochoa, ángulo noroeste de la intersección
de las calles Bolívar y Coto Paúl.

Fuente: Hugo Arana Páez (*Harpa*).

Dedicatoria

A mis padres:

Jesús Arana y Rosa Páez de Arana.

*A mis hijos: Dayana y Daniel Arana Moya,
a Marisela y a Hugo Arana Ribas.*

Al cronista lugareño: Pedro Laprea Sifontes.

A mis apreciados lectores...

A la ciudad que me vio nacer: San Fernando de Apure...

HUGO ARANA PÁEZ

Introducción

El presente trabajo comprende la reconstrucción parcial del patrimonio cultural, tangible e intangible, de San Fernando de Apure, que el crecimiento abrumador de la ciudad y su afán modernizador se encargó de llevarse por delante; no solo aquellas emblemáticas edificaciones, sino el nombre de aquellos negocios instalados en regias casonas, que constituían parte de la identidad de la ciudad. Así fue como las orugas mecánicas devoraron la hermosa vivienda que alojó el bar El Samancito, del “Renco Villanueva”, al que los parroquianos rebautizarían como esquina La Lengua; asimismo la vivienda que cobijó la pulpería Verdún, una tienda de víveres –del simpático teniente Pérez Prieto– que le diera nombre a la esquina Verdún, del barrio Perro Seco.

También devoró a aquellos campechanos pulperos, tenderos, boticarios, cafeceros y cantineros, quienes con sus tragos, preparados a base de caña clara y frutas de la región, inspiraron el poema del fracasado poeta o animaron el piropo del frustrado patiquín enamorado; igualmente, habrán escuchado contar a sus abuelos las viejas leyendas urbanas, como la del “Descuartizador de Botellofont” o la del oficial de policía acribillado a balazos en una parada de dados, en el entonces botiquín Verdún; o la tragedia que se originó en la pulpería el Matajey; o también habrán oído hablar de un importante hecho bélico conocido como la “Batalla del 20 de mayo de 1922”, donde resultó prisionero, engrillado y enviado, vía Ciudad Bolívar a las mazmorras de Puerto Cabello, el general revolucionario Pedro Pérez Delgado, “Maisanta”; de la misma forma, se enterarán dónde

y quién fue el avezado herrero de fragua y carbón que le forjó y remachó los grillos.

Aunque todas esas historias son contadas de manera amena, no obstante, se ajustaron al rigor que impone la ciencia histórica y las fuentes consultadas –trabajo de campo, entrevistas *in situ*, bibliográficas, Hemerográficas, publicaciones periódicas en revistas impresas y digitales.

Sin más preámbulos, amigos lectores, los invito a que me acompañen en un viaje imaginario, a recorrer esas diecisiete esquinas, que son diecisiete historias de pueblo.

1

Las González

Fue en el ángulo noroeste, del cruce de las calles Bolívar y Coto Paúl, número 19, en el ancestral barrio El Mamón –actual Centro-Valle Uno–, del bucólico San Fernando de principios del siglo xx, donde una matrona arichunera y sus hijos se instalaron un buen día en una majestuosa vivienda de dos aguas –caída del agua de lluvia hacia dos lados–; una de esas típicas casonas de los pueblos llaneros, que terca se resiste a caer ante la fría picota modernizadora.

Ahí se halla erguida, luciendo en la esquina sus dos regios portones de madera que, otrora, daban entrada a una popular y concurrida pulpería; asimismo exhibe dos elegantes ventanas de balaustres de madera, propicias para cantar la apasionada y nerviosa serenata trasnochada; y un ancho y alto portón principal en el medio, que daba acceso a la casa de familia, donde un amplio corredor que fungía de sala y comedor, separados por un bonito tabique de madera, le daba la bienvenida al visitante. Frente a ese estar se hallaba un hermoso, perfumado y bien cuidado jardín, y al fondo el baño y un enorme cobertizo donde estaba un fogón con sus topias y, debajo, un perro viejo se cobijaba, echado junto a los pilancos de astillas de leña que avivarían el fuego con el que se colaba el café y se preparaba la comida.

Era una típica estampa de una vivienda llanera de mediados del siglo xx, impregnada del aroma a café recién colado y del humo oloroso a leña seca de caro, unido al fuego, dorando aquellas bonitas

y apetitosas arepas en un budare de barro cocido, que hacían más hermosa la escena. Entretanto, en el patio, las gallinas con su rutinario cucurucú... cucurucú... y los pollitos con su empecinado pío, pío... hurgando afanosos la tierra en busca del huidizo y minúsculo insecto, mientras que en el blanco palo de gallinero, el gallo, con su incesante quiquirikí y fuertes aleteos, enviando convincentes señales retadoras a sus plumíferos vecinos, completaba el bucólico escenario.

Según me informó Salomón Segura González –nieto de doña Pastorcita Ochoa de González– que su abuela procreó con su esposo, el arichunero Casimiro González, siete hijos, nacidos en el siguiente orden: Casimiro, Luciano; Miguel, “Miguelacho”; Pastora de Jesús; Esperanza, “Esperancita”; Rosa y Melania. Por cierto, con la matrona se establecieron en San Fernando los cinco últimos de sus hijos, quienes habían venido de la población de Arichuna en busca de un futuro mejor. Con ese sueño llegaron a San Fernando en la década de los años treinta del pasado siglo y se domiciliaron frente a El Casino –una pulpería que le dio nombre a otra concurrida esquina sanfernandina–, situada a una cuadra del puerto La Pastora, un atracadero ubicado al final de la calle Coto Paúl, a orillas de El Cañito –un hermoso brazo del Apure frente a la ciudad.

De niño conocí a las González por cuanto eran mis vecinas, ya que junto con mis padres vivíamos a media cuadra de esa familia –calle Coto Paúl número 14–. La matrona se llamaba Pastora González Ochoa y sus familiares, amigos, conocidos y vecinos la llamaban, cariñosamente, doña Pastorcita o Pastorcita, a secas; era una buena señora dedicada a coser ropa para damas, caballeros y niños. Entonces, en la Venezuela y en el San Fernando de principios del siglo xx no existían fábricas de ropa y por eso abundaban las abnegadas costureras, que, como las actuales y exquisitas diseñadoras de moda de hoy, elaboraban elegantes trajes de fiesta, de primera comunión para las niñas y hasta de bodas; asimismo confeccionaban

ropa para niños y pantalones y fluxes en fino lino o en dril blanco para los caballeros.

Fue Esperanza, “Esperancita”, quien en la esquina de la vivienda instaló su negocito de víveres, bautizado pulpería La Fe, donde vendía chimó, velas, casabe, queso, astillas de leña, querosén, frijoles, maíz pilado y en concha, azúcar, café tostado en las casas, panelas de dulce, tabaco en rama, arroz, granjerías –tabletas, catalinas, majaretes, gofios, orejitas, tostadas, arepas rellenas con pisillo de res y rebosadas en huevo, arroz con leche, pandehorno, etc.–; asimismo expendía tintura de árnica, gotas del carmen, pastillas de Cafenol, aceite de higuereta para purgar a los muchachos, yodo para los raspones, agujas, hilos y botones de hueso para los pantalones. Esperancita no tuvo hijos, pero crio a casi todos sus sobrinos, mientras que su hermana Rosa era una avezada cocinera que se ganaba la vida tendiendo arepas y preparando apetitosos almuerzos; por cierto, recuerdo que de niño, en las mañanas, eran los muchachos de mandado quienes acudían a comprar las arepas; y al mediodía los comensales, quienes hambrientos acudían con sus juegos de viandas de peltre o de aluminio para que, a un módico precio, la buenagente de Rosa se las llenara hasta más no poder.

En tanto, Melania, la menor de las hermanas, quien siendo una señorita trabajaba como operadora en la empresa de teléfonos de don Emilio Rodríguez Saintón, que había instalado su modesta compañía en su casa de familia –esquina La Frontera, en el ángulo suroeste del cruce de las calles Bolívar y Fonseca–. Por cierto, Melania se casó con un funcionario de la Guardia Nacional, de apellido Segura, con quien procreó dos hijos –Salomón y Morelia (difunta)–; mientras que Miguel, “Miguelacho”, otro de los hermanos González Ochoa, que anteriormente había desempeñado el oficio de pulpero en Arichuna, ahora, en San Fernando, se dedicaba a la compraventa de cochinos en pie para beneficiarlos en la vivienda.

Otra de las hijas de doña Pastorcita era Pastora, la mayor de las hermanas, también costurera y quien era madre de un hijo único, conocido como Simón, quien a muy temprana edad se marchó a la capital de la República con su esposa, una simpática y oficiosa gorda. Igualmente, vivía en la casa montonera de las González otro hermano conocido como Luciano González, un recio peón de sabana.

En el local de la esquina estuvieron arrendados, en varias ocasiones, muchos comerciantes; recuerdo que de niño, en una ocasión, a mediados de los años cincuenta, estuvo alquilado un joven orfebre de apellido Reyes, apodado cariñosamente “Reyito”; un muchacho criado por las hermanas Rosalía y Ángela Estévez –esta última, esposa del joyero italiano José Faoro-. Años más tarde, estuvo Esperancita con su pulpería La Fe; luego se establecería un tío del profesor de química William Fajardo, de nombre Melquiades Fajardo, “Mono Azul”, quien arrendó el local y se instaló con otro modesto negocio de víveres; finalmente, un matrimonio integrado por un taxista de una línea de transporte del terminal de pasajeros, Humberto Hernández, y su esposa, una catira gorda, quienes arrendaron la vivienda completa.

La última de las hermanas que vivió en esa bonita casa montonera fue Esperancita, hasta que, finalmente, un matrimonio de colombianos la adquirió, conservándola en pie como la conocí de niño; un valioso patrimonio cultural edificado que habla del bucólico San Fernando y, sobre todo, del desaparecido barrio el Mamón –bautizado ahora Centro-Valle-. Aunque en esa esquina funcionó durante muchos años un negocito de víveres, bautizado por su propietaria como pulpería La Fe, según lo identificaba un colorido anuncio en la pared, jamás fue conocida como esquina La Fe; por cuanto, los parroquianos quisieron consagrar para la posteridad el apellido de una familia arichunera y así fue como ese lugar de encuentro se llamó esquina Las González.

Fuentes testimoniales:

- Segura González, Salomón. Nieto de doña Pastorcita González y quien de niño vivió en esa edificación. Entrevista personal en la Av. Carabobo de San Fernando, el 4 de diciembre de 2024.
- Fajardo, William. Viejo vecino de la familia González. Entrevista personal el 20-11-2024, en su casa de familia en la calle Bolívar, entre calles Coto Paúl y Santa Ana.
- Laprea, Cuauhtémoc. Vecino de la familia González –esquina noreste del cruce de las calles Bolívar y Coto Paúl, frente a la familia González–, hijo del cronista lugareño Pedro Laprea Sifontes y sobrino de la pianista apureña María Laprea, “Mariíta”, esposa del poeta, periodista, humorista y político Aquiles Nazoa. Entrevista en su casa de familia el 19-11-2024.

La Botica del Llano

Fue en el ángulo noreste del cruce de las calles Comercio con Francisco de Miranda donde, a principios del siglo xx (1912), se instaló una reconocida botica que le dio nombre a esa esquina. Fue un boticario llamado José Leonardo Estrada, considerado el padre de la farmacopea en los llanos venezolanos, quien en la Venezuela rural y atrasada de entonces recorría sudoroso los polvorientos caminos del llano apureño; entre su equipaje cargaba unos frascos blancos de vistosa cerámica donde llevaba los componentes químicos, una balanza con su juego de pesas, un matraz y un viejo mortero, con los que preparaba los milagrosos medicamentos.

En la población de San Rafael de Atamaica conoció a don Jesús Cedeño Cuervo, con quien se asoció para fundar, en el año 1912, una pionera y popular botica en San Fernando, que se llamaría La botica del Llano, que giraría bajo la razón social o fondo de comercio Estrada-Cedeño. El lugar donde primero se establecieron fue en el ángulo sureste de la intersección de las calles Comercio y Miranda, exactamente al lado de la casa de familia de don Carlos Boggio.

En esa botica, los pacientes hallaban alivio a sus males, por cuanto sus boticarios preparaban las fórmulas médicas específicas que en una receta –récipe– había garrapateado algún médico de guardia del viejo Hospital de La Caridad –a partir de 1930, durante la conmemoración del primer centenario de la muerte del Libertador, ese centro de salud se llamaría Hospital Pablo Acosta

Ortiz-, ubicado entonces en el cruce de las calles Sucre y Palofuerte, del barrio Jobalito.

Un buen día, don José Leonardo decide venderle su parte del negocio a su socio, don Jesús Cedeño, expresándole: “Te dejo toda la clientela y de paso la botica”. Don Jesús acepta y se muda con sus macundales a una hermosa casona de adobe, techo de teja a dos aguas y de cuatro altos y anchos portones de madera que se hallaba en la esquina de enfrente –ángulo noreste del cruce de las calles Comercio y Miranda:

... La Botica del Llano muda sus materiales, sus viejos andamiajes y sus enormes frascos y esencias. Esta botica estuvo muchos años ubicada en las esquinas de la calle Miranda cruce con Comercio, donde posteriormente el comerciante Manuel Chang construyó el edificio donde funcionó un hotel, llamado hotel Capri...¹

Años más tarde, en la casona donde había funcionado por primera vez la Botica del Llano, se instala, en sus inicios, el comerciante guayanés Cristóbal Azuaje, con su ferretería Cristóbal Azuaje. En la nueva sede de la Botica del Llano se iniciaron como auxiliares de farmacia renombrados boticarios apureños, a los que don Jesús Cedeño Cuervo, con sabia paciencia, les había enseñado el arte de preparar efectivas formulas médicas. Don Jesús se empecinó en enseñarle a sus ayudantes la medicina a base de sustancias químicas que se combinaban en milésimas de gramos, como lo especificaban las formulas médicas.

En fin, este sanrafaeleño formó un personal de farmacia integrado por Pedro Segundo Salas, Jorge Enrique Zerpa, el Negro Soto, el Negro Manuel Orellana y sus sobrinos Aniceto y José Cuervo. Por cierto, al fallecer don Jesús Cedeño, la Botica del Llano fue comprada por el ayudante Pedro Segundo Salas, quien registraría su empresa

1 Pedro Laprea Sifontes. *El Llanero*, n.º 209, 1985, p. 6.

como farmacia y droguería Botica Central, que funcionaría durante muchos años en la intersección de las calles Comercio y 24 de Julio, frente al parque Independencia –hoy plaza Atanasio Girardot–. Frente a la Botica Central estaba la tienda de quincallas de don Luis Chang –todavía funciona ese negocio, siendo administrado por uno de sus hijos: Miguel Chang–; igualmente, diagonal a esa botica estaba la tienda de ropa para damas, caballeros y niños La Ranchera, del sanrafaeleño Ernesto Hernández.

Al fallecer don Jesús Cedeño Cuervo, la farmacopea entró en la era de los medicamentos patentados como el Cafenol –la aspirina de entonces–, producido por activos laboratorios transnacionales –Bayer, entre otros–. Desde entonces, los pacientes se olvidaron de las medicinas preparadas por aquellos duchos boticarios de la Botica del Llano.

A principios del siglo xx, la mayoría de los medicamentos no estaban patentados, es decir, no estaban en manos de poderosos laboratorios transnacionales que cobran altos *royalties* por derechos de patentes; tampoco el oficio de farmaceuta estaba supeditado a reglamentos o al control de un colegio de profesionales de esa rama de la medicina. En aquel entonces era de ejercicio libre –yo diría, empírico–, en manos de curiosos conocidos como “boticarios”; y, en ese contexto, personajes como don José Leonardo Estrada o don Jesús Cedeño Cuervo, entre otros, se dedicaban libremente a elaborar medicinas “personalizadas”. Es decir que, el paciente, en su afán por hallar alivio a sus males, acudía a la Botica del Llano con la “receta” –récipe– en la mano, y alguno de los ayudantes la agarraba e iba leyendo lo que el médico había “garrapateado” –escritura complicada–, y allí leía: tantos miligramos de esto o tantos miligramos de lo otro.

Presuroso, el boticario bajaba alguno de los frascos de cerámica de los estantes y con una cucharilla pesaba en la vieja balanza los

químicos especificados en la receta, y luego los mezclaba en un mortero, hasta preparar un medicamento personalizado; quiero significar: un remedio ajustado a la talla, peso y edad del paciente en cuestión. Es decir, el boticario, preparaba *in situ* la medicina adecuada para ese paciente y, por eso, se comentaba que en la Botica del Llano los enfermos se curaban; en consecuencia, el Estado venezolano reconocía el desempeño de esos trabajadores de la salud.

Hay que destacar que los antecedentes de los estudios de farmacia en Venezuela se remontan a los tiempos del Protomedicato, institución creada por el imperio español el 14 de mayo de 1777, donde se menciona la visita a boticas y se les confería licencia a los practicantes después de un examen de conocimientos; por cierto, en el año 1827 el Protomedicato fue sustituido por la Facultad Médica, creada por el Libertador Simón Bolívar en la Universidad Central de Venezuela, siendo su rector el médico José María Vargas.

La Facultad Médica revalidaba y otorgaba títulos a los boticarios extranjeros, visitaba e inspeccionaba las boticas y vigilaba todos los aspectos de la práctica farmacéutica. Dicha institución fue sustituida por el Consejo de Médicos en el año 1883, momento en que ya no se mencionan los estudios de farmacia ni siquiera dentro de los de medicina. Desde luego, se puede inferir que hasta finales del siglo XIX no existió en Venezuela enseñanza universitaria de la farmacia. De igual manera, no fue sino hasta el 30 de junio de 1894 cuando se promulgó la primera Ley de Farmacia, que incluyó la creación, en todas las universidades del país, de las facultades de farmacia, dependientes de las de medicina.

En ese sentido, el 17 de diciembre de 1894 se instala la Facultad de Farmacia en la Universidad Central de Venezuela, siendo su primer decano Víctor Ramón Feo. En el año 1904, de acuerdo al código de Instrucción Pública, existe la Escuela de Farmacia, dependiente de la Facultad de Medicina, que concede el título de farmaceuta; y

no fue sino hasta el año 1953, en tiempos de Marcos Pérez Jiménez, cuando se sanciona la Ley de Universidades, que incluye la Facultad de Farmacia hasta el año 1999, cuando el Consejo de la facultad, con el objeto de transformar y modernizar la carrera de farmacia, aprueba el nuevo pénsum orientado a garantizar la formación integral del farmaceuta.

Al hacerse una investigación de la farmacopea en el estado Apure, seguramente el investigador se topará con don Jesús Cedeño Cuervo y la Botica del Llano, por cuanto no solo contribuyó a salvar vidas, sino que fue un factor de identidad de la capital del llano venezolano, ya que le dio nombre a un importante punto de encuentro de la ciudad conocido como esquina la Botica del Llano, un destino obligado de los sanfernandinos.

3

La Colmena

La Colmena fue una conocida pulpería que le dio nombre a otra céntrica y concurrida esquina del San Fernando de principios del siglo xx. Su fundador fue el comerciante don Chicho García, quien junto con su hermano Simón García, un buen día decidieron establecerse a una cuadra de El Cañito, en una casona situada en el ángulo sureste de la intersección de las calles 19 de Abril y 24 de Julio.

Era una regia vivienda con techo a dos aguas, de enmohecidas tejas, anchas paredes de adobe y seis enormes y anchos portones de resistente madera, que miraban hacia un ancho techadillo de tejas que daba frente a la calle 24 de Julio y al parque Independencia. En esa edificación se instalaron los hermanos con su negocio, al que bautizaron La Colmena. Al respecto, el abogado y periodista sanfernandino, Pedro Laprea Sifontes, escribió en su columna “El cronista lugareño”, publicada en un periódico local, que posiblemente los hermanos García le dieron esa denominación a su negocio por ser ellos incansables trabajadores y activos comerciantes como las abejas en un panal.

... Don Chicho le puso el nombre La Colmena, tal vez imitando a las abejas, por cuanto esos insectos son incansables trabajadores y tienen una organización perfecta en el interior de su panal. Así nació esta empresa situada en el cruce de las calles 24 de Julio y 19 de Abril, llamada así en honor a dos fechas significativas de la historia de Venezuela.²

2 Pedro Laprea Sifontes. *El Llanero*, p. 5.

En La Colmena, los hermanos García vendían víveres al mayor y al detal; asimismo, compraban plumas de garza, cueros de caimán y de res para exportarlos vía Ciudad Bolívar en los vapores de la Compañía Anónima Venezolana de Navegación (CAVN), que atracaban en los puertos de los hermanos Barbarito, Henríque Ligerón o El Tamarindo, ubicados en las calles 19 de Abril y la calle El Río o calle 5 de Julio –vía que pasa frente a la fachada norte del Palacio de los Hermanos Barbarito–. En esa pulpería, los bongueros, amén de abastecerse de mercancías, conseguían las resistentes palancas de anoncillo y horquetas de masaguaro para las mismas; o canaletes y espadillas. También los *chicharroneros*³ conseguían de todo, como

-
- 3 Chicharroneros: así se llamaban en Apure, hasta finales de la década de los años cincuenta de la centuria pasada, a los comerciantes que en invierno se desplazaban en bongos a canaleta, palanca y espadilla por los ríos, caños y sabanas apureñas, practicando el trueque. A los principales puertos de San Fernando no solo arribaban los vapores y barcos de la CAVN, sino también las lanchas, las chalanas y los bongos de los comerciantes llamados *chicharroneros*. Siendo esas embarcaciones las que, por ser de menor calado, realizaban durante todo el año –invierno y verano– el comercio y la navegación en Apure. Por supuesto, en verano navegaban únicamente por los ríos y caños; mientras que en el invierno, además de viajar por esos torrentes, lo hacían por las sabanas porque estas se anegaban a consecuencia de las copiosas lluvias y el desbordamiento de los caños y ríos. Entonces, eran esos comerciantes quienes hasta mediados de la década de los años cincuenta del siglo xx, satisfacían las necesidades de relacionamiento –económico, social y cultural– de las recónditas e incomunicadas poblaciones apureñas –caseríos, vecindarios, pueblos, fundaciones, hatos, fundos y hasta el más humilde rancho–. Esos aventureros eran quienes les abastecían de medicinas, mercancías, vestimentas, víveres, herramientas, utensilios agrícolas y, lo más importante: valiosa información, por cuanto amén del chisme local, nacional e internacional, también, cual heraldos, les llevaban libros, periódicos y revistas viejas, pero que los aislados pobladores, ávidos de información, las consumían –leían– desde los cachos hasta el rabo. Por cierto, los *chicharroneros*, en algunos casos, eran propietarios de uno, dos y hasta de cuatro embarcaciones o sino las fletaban. Vale destacar un

medicina en botica, a decir del mismo don Chicho. No solo los sanfernandinos compraban en La Colmena los insumos para preparar la comida, sino también los conuqueros, los pescadores, los bongueros y los peones de sabana, quienes desde recónditos lugares acudían como abejas al panal a adquirir las herramientas para la labranza, los insumos para tejer las redes, los aperos para sus cabalgaduras, los instrumentos para los bongos y, de ñapa, no faltaba el tabaco en rama para la marinería que se quebraba el pecho; esos trabajadores que en su empeño de remontar las chorreras de los ríos apureños le metían el pecho a la resistente palanca.

La Colmena estaba situada a una cuadra de El Cañito y diagonal al Palacio de los Hermanos Barbarito, donde ocupaba todo lo que es hoy la sede del Banco Provincial, limitando al sur con la casa de familia de don Pedro Segundo Salas, propietario de la Botica Central. En esa pulpería, don Chicho atendía a sus clientes con una sonrisa de oreja a oreja, es decir, con el chiste a flor de labios, que evidenciaba su gran sentido del humor; o se le miraba muy afanoso, detrás del largo mostrador de madera, recorriéndolo en su diario y monótono corre-corre, mientras que frente a su negocio reinaba la placidez del parque Independencia.⁴

hecho anecdótico y es que ellos tenían a flor de labios un simpático refrán que decía: “A puerto cerca no hay marinero cansado”; porque, la verdad sea dicha, esos marineros de agua dulce al acercarse al lugar de destino echaban el resto con la palanca o el canaleta.

- 4 Parque Independencia: a partir del 24 de junio de 1921, en honor al primer centenario de la batalla de Carabobo, el entonces presidente del estado Apure, el general Vincenzo Pérez Soto –lapso 1915-1921– bautizó esa plaza parque Independencia. Posteriormente, el 23 de junio de 1923, a raíz del asesinato a puñaladas en el Palacio de Miraflores del general Juan Crisóstomo Gómez, “Juancho” o “Juanchito” –hermano del Tirano de La Mulera, el general Juan Vicente Gómez–; años más tarde el presidente de la Gobernación del estado Apure, para hacerle arrumacos, carantoñas a El Bagre, ordena colocar en el lugar un busto del

Refería Pedro Laprea, en su leída columna del periódico local *El Llanero*, que en una esquina de esa plaza se hallaba un tarantín de propiedad de un tercio de apellido Pelayo, siendo conocido coloquialmente como el Quiosco de Pelayo; un vendedor de chucherías donde no faltaban los niños comprando la conocida “sorpresa”: un cartuchito de cartón, de aproximadamente diez centímetros de largo por uno de ancho, forrado en papel crepé de color verde, azul, rojo o amarillo. Ansiosos, los niños abrían el curioso empaque donde encontraban, amén de unas diez bolitas de caramelo del tamaño

malo, remalo y remaluco difunto Juanchito... ¡Qué bolas tiene Bolaños, expresaría un jocosos sanfernandino... lo cierto es que desde ese día se comenzó a llamar plaza Gómez. A raíz de la muerte del tirano, el pueblo, indignado, sale a la calle y un jinete, sin que se le agüe el ojo, enlaza la imagen y como a una vaca cachalera, muerto de la risa, la arrastra por las calles del convulsionado pueblo.

Más tarde (1951), se colocó un busto del Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre, que engalanaba la plazoleta Sucre que se hallaba a la entrada del Palacio Fonsequero, que en el año 1951, por órdenes del gobernador del estado Apure, el también sanrafaeleño mandó a echar palo abajo a la hermosa edificación fonsequera de dos plantas y el busto del héroe de Ayacucho fue llevado a ese parque, y desde ese día se comenzó a llamar plaza Sucre –por cierto, no sé dónde carajo está esa valiosa e histórica pieza-. Hace pocos años se colocó un busto del patriota neogranadino Atanasio Girardot y, a partir de entonces, el parque lleva el nombre de ese héroe de la libertad.

Por cierto, con la llegada al estado Apure del primer automóvil, concretamente llegó a la capital del llano venezolano, el 6 de febrero del año 1914, un carro marca Ford, modelo Tourim Car; y desde ese año se iniciaría el servicio de taxis en San Fernando, haciendo los taxistas de ese parque su centro de operaciones, por lo que esos trabajadores fueron llamados coloquial y despectivamente choferes de plaza; y al parque Sucre, plaza de los choferes. Últimamente, ha sido bautizada también, por supuesto, coloquialmente, plaza de los Yutong, por cuanto allí funcionó la estación terminal de la línea de autobuses marca Yutong. ¿Qué pasa con una grafía llamada identidad? ¿Dónde estará esa voz llamada identidad que no la veo por ningún lado?

de un grano de frijol, de variados colores, una sortijita de cobre, un carrito, un pitico o cualquier baratija... Y en eso consistía la bendita “sorpresa”, que las inocentes criaturas saboreaban sentadas en uno de los bancos del parque y, de ñapa, se entretenían mirando a los sudorosos y extenuados caleteros cargando o descargando mercancías de los hermosos y humeantes vapores a leña, anclados en ese fondeadero.

Entretanto, en el ángulo suroeste de ese parque también se entretenían escuchando los chistes de los choferes de plaza y admirando los relucientes automóviles, prestos a que algún parroquiano les solicitara una “carrera” o les instara a hacerle un viaje expreso al centro del país. Tampoco faltaba un muchacho con su azafate de madera al hombro, atapuzado de calienticas cachapas cubiertas con un pañito blanco; un vendedor de “tostadas” –arepas rellenas con pisillo de res, chigüire o queso y rebosadas en huevo–; otro, ofertando en un plato de peltre apetitosos majaretes de color, a base de coco rallado y espolvoreados de canela molida. Igualmente, se deleitaban escuchando a un vendedor de quinticos de loterías tocando alguna destartalada armónica y, por supuesto, no faltaba un limpiabotas muerto de la risa lustrándole los zapatos de patente –charol– a algún patiquín, a un “pesao” del pueblo o a algún “doctor”, como nombraban con socarronería los lustrabotas a cualquier arrastracueros de la ciudad.

Ese simpático paisaje urbano constituía el *hinterland* de La Colmena, que se prolongaba hasta la plaza Libertad, el Palacio Fonsequero –sede del Poder Ejecutivo–, The London Bar –el Bar Londinense, como eufemísticamente había bautizado su propietario a ese distinguido centro social–, la Casa Importadora-Exportadora Modesto Fernández C. A., la posada y sala de juegos del italiano José Danelo, conocida como hotel Danela –situado en el ángulo noreste de la intersección de las calles Comercio y 24 de Julio, donde años más tarde se instalaría la Botica Central del boticario Pedro Salas–,

donde se hospedaba la hatera Francisca Pancha Vásquez cuando venía a San Fernando a arreglar sus pleitos por deslindes de tierras; y de quien Rómulo Gallegos tomaría su personaje principal en la novela *Doña Bárbara*; el teatro Cine Astoria –situado en la calle Comercio, entre calles 24 de Julio y Miranda–; los fondeaderos El Tamarindo, Henrique Ligerón, Hermanos Barbarito o Barbaritero, y las casas comerciales situadas en la calle Comercio, al sur del parque Independencia o plaza Gómez, como Lleras Codazzi.

Lamentablemente, La Colmena comenzó a decaer y un aciago día don Chicho debió tomar la triste decisión de cerrar las puertas de la otrora boyante pulpería del pueblo y, sin comentarle a nadie sus razones, el viejo tomó la calle y de pulpero –como ocurrió en *La Metamorfosis*, de Kafka, se trocó en trashumante vendedor. En ese nuevo oficio se le miraba andar presuroso y trajeado con un elegante flux de lino Marzotto blanco, corbata negra y sombrero blanco, de suave paño y de ala corta; mientras que en las manos cargaba un maletín negro de fina piel, donde llevaba la mercancía. Por cierto, de las solapas de la chaqueta colgaban, a modo de muestrario, algunas baratijas; y así esa quincalla ambulante, enérgica, recorría las soleadas, calurosas, polvorientas y solitarias calles del pueblo.

De don Chicho García se puede inferir que fue un hombre que tenía tabaco en la vejiga, que tenía guáramo o que era, ¡un palo de hombre!, por cuanto enfrentó las adversidades con dignidad y, sobre todo, con humor. Así fue como este sesentón comenzó su nueva vida de trotamundos por las calles de San Fernando, donde se le miraba ofertando, de casa en casa, sus llamativas baratijas; siempre iba armado de un lápiz y una libreta en la mano, donde anotaba la mercadería que alguien le compraba. Muy sonriente, con los dientes bien pelados y para celebrar la ocasión, largaba la mordaz expresión: “¡Uno que cayó mordido!”, y como si nada, muy campante, seguía su interminable periplo por el bucólico pueblo.

Cuando se tomaba un café o un refresco, sacaba la bendita libreta del “debe” y el “haber”, como él jocosamente la llamaba; y mientras anotaba el gasto del refrigerio, salmodeaba, muerto de la risa y en alta voz: “¡Medio real perdido para este cuerpo que se lo han de comer los gusanos!”. Así, siempre con la sonrisa a flor de labios, transcurrió su vida en un sempiterno trajinar hasta que un infausto día “la pelona”, sin que se le aguara el ojo, decidió llevárselo con maletín, lápiz y libreta a vender sus baratijas en el cielo.

Años más tarde, la casona donde funcionó La Colmena fue ocupada por la panadería de don César Rizo y el nombre con que se le conocía se fue borrando de la pared y, peor aún, de la memoria de los sanfernandinos. Transcurrido un tiempo, musió Rizo vendió su negocio y un día, a la calladita, también cogió su cachachá y dejó el pelero. Nuevamente, la casa fue ocupada por otra panadería, siendo su propietario don Pablo Rodríguez –hermano del comerciante guayabalense don Ignacio Rodríguez, que en la intersección de las calles 19 de Abril y Queseras del Medio se había instalado a orillas de El Cañito, con su mayor de víveres La Mascota–, quien después de algún tiempo vendió el negocio y pegó la carrera hasta Caracas, donde fijó su residencia. Posteriormente, el tipógrafo Leonte León se instaló varios años con su imprenta y, más tarde, también dejó el pelero. Después se establecería, durante algún tiempo, la Cámara de Comercio de Apure hasta que el Banco del Caribe compró la casona y sin ningún miramiento fue echada abajo, para construir la moderna sede de esa institución, que luego pasaría a manos del Banco Provincial.

Don Chicho García fue un pulpero apureño, como otros tantos populares personajes que se han dedicado a ese digno oficio, y quienes al bautizar sus negocios con simpáticos nombres contribuyeron a enriquecer la identidad de los más recónditos pueblitos llaneros, por cuanto el nombre de la razón social trascendía los desvencijados

portones de esas tiendas de abarrotes. Así fue como esos tenderos, con sus macundales al hombro, se dedicaron a bautizar populares puntos de encuentro en el llano venezolano y, sobre todo, en la Ciudad de la Esperanza. Fue como sucedió con el pulpero don Chicho García, quien, sin proponérselo, al bautizar su negocito de víveres y enseres para el bonguero de palanca, espadilla y canaleta, consagraría para la posteridad un punto de encuentro conocido como esquina La Colmena, según lo testimonia Franco Castillo Serrano en su obra *El último violín*:

El paulatino desarrollo de San Fernando, que se traducía en mejoras en las vías, crecimiento poblacional con su carga de consumo y mayor competitividad, dieron pie al incremento de la actividad comercial representada por hombres de trabajo; unos de acá, otros llegaron y la hicieron suya sembrándose con todo y humanidad (...) la Espiga de Oro, de Ángel María Aquino; la Tienda Nueva, de Pedro Pablo D'Elías; fábrica de jabón, panadería y repostería La Favorita, de José Antonio López; fábrica de cigarrillos Apure, de Antonio Encinozo; bodega Miracielos, de Ángel Antero Marrón (...) El Roble, de Rafael Pérez (...) bodega Caño del Medio, de Policarpo Díaz; Casa San Rafael y jabonería El Tigre, de Jesús Rafael Medina; Paso Arauca, de Juan Bautista Sosa (...) cafetería El Águila, de Pedro María Martínez (...) el León de Oro, de Mariano Pardo; La Llanera, de Manuel Mendible; Botica del Llano, de Jesús Cedeño (...) papelería Moderna, de Rosa Ramos; pulpería El Cují, de María Luisa Pérez; Palo Fuerte, de Ramón Lugo; Mis Esfuerzos, de Luis Elías Pérez; pulpería La Fortuna, de Miguel Siso; bodega Las Palmeras, de Pedro Hernández y, posteriormente, de Lorenzo Marchena (...) La Panadería, de Pablo Rodríguez; pulpería La Época, de Luisa Osío; pulpería La Sultana, de Melesio Trabacilo; botiquín La Glaciere, de Manuel Fernández (...) tienda Las Novedades, de Eloy Lugo...⁵

5 Franco Castillo Serrano. *El último violín*, pp. 118-119.

El Matajey

El Matajey fue una conocida esquina jobalitera –barrio Jobalito– de San Fernando de Apure. Debe su nombre a una pulpería ubicada en el ángulo sureste del cruce de las calles Páez y Negro Primero, un concurrido lugar de la zona histórica de la capital del llano venezolano. Fue a principios del siglo xx cuando el pulpero apureño don Manuel Vicente Hernández se domicilió con su negocito de víveres, bautizado pulpería El Matajey –así se nombra en el llano a una feroz avispa–. En ese negocio, don Manuel vendía queso, casabe La Negra, chucherías, tabaco en rama, chimó, frijoles; alpargatas pascuenses y villacuranas, confeccionadas en suela y capellá de pabito negro; tragos de licor preparados a base de vegetales y aguardiente.

Entonces era habitual, hasta mediados del siglo xx, observar en los pueblos de Venezuela y, sobre todo, en los llaneros, la presencia de esos negocios. Generalmente, los pulperos elegían una vivienda situada en una esquina del poblado; una de esas ancestrales casonas de enmohecidos techos de teja, de desteñidas y anchas paredes de adobe, de cuatro altos y desvencijados portones de resistente madera; dos puertas que miraran hacia la calle longitudinal y dos hacia la transversal, una de las cuales permitía el acceso al interior de la vivienda, de anchurosos corredores y tres o cuatro habitaciones, cocina y baño –excusado o letrina– y, por supuesto, no faltaba en el patio un bonito jardín de plantas ornamentales y medicinales que la

esposa del pulpero cultivaba; y el traspatio, adornado con una mata de guásimo, ponsigué, guayabo, mamón o mango que fungieran de palo gallinero, y un chiquero para engordar los cochinos que, eventualmente, un sábado cualquiera, beneficiaban. En el traspatio, algunos pulperos instalaban una “cuerda de gallos” –cría de gallos de raza, gallos de pelea– y un patio de bolas.

El Matajey estuvo activo en tiempos de Juan Vicente Gómez, siendo presidente del estado Apure el general Vincenzo Pérez Soto –lapso 1915-1921–. A ese lugar acudían los muchachos de mandado y las cocineras a abastecerse de víveres; los asiduos moledores de caña y los peatones, quienes, sudorosos y extenuados, se detenían en el lugar a echarse un “palito de ponsigué” o un “guamazo”; todos preparados por don Manuel, a base de caña clara; también acudían los parroquianos a enterarse de las últimas noticias del acontecer local –los chismes del barrio–, nacional e internacional –como los acontecimientos de la Primera Guerra Mundial; por supuesto, no podían faltar los galleros y jugadores de bolas criollas.

En el amplio patio de la casona, don Manuel instaló una cría de gallos de raza, mejor conocidas como “cuerdas de gallos”, porque los criadores de esos plumíferos, para que agarraran piernas, los ataban por las patas a un largo mecate que ataban de dos árboles. Por cierto, desde noviembre hasta mayo los galleros llevaban sus animalitos a fajarse con sus congéneres en las populares fiestas de gallos. Ese fue el caso de El Matajey, donde el viejo Manuel era visitado por muchos parroquianos y amigos, entre ellos un coronel de apellido Flores, quien fungía como jefe de la policía del pueblo. De él surgió una anécdota: un aciago domingo en la mañana se hallaba el funcionario reunido en el negocio con varios chivatos y patiquines, quienes entre trago y trago, sudorosos, miraban al pulpero lavando un gallo en un balde de hierro galvanizado; en eso atinó a llegar al negocio un playero –así nombraban los sanfernandinos a los pobladores del

barrio La Playa—, solicitándole que le vendiera un kilogramo de café en grano. Don Manuel lo ignoró porque estaba empeñado en lavar el gallo y en atender al coronel Flores; no obstante, el humilde cliente insistía en su pedimento. Concentrado en su labor de lavagallos, el viejo ignoraba al “fastidioso cliente”. Disgustado, el jefe de policía ordenó al pulpero: “¡Manuel, échale ese balde de agua a ese jodío pa que se vaya y deje de estar echando vaina!”.

Inmediatamente, don Manuel obedeció la orden del oficial “chopo’e piedra” y, sin que se le aguara el ojo, le lanzó en la cara el balde de sanguaza al infeliz cliente, quien estoico soportó en silencio el inmerecido vejamen. Chorreándole el agua por la cara y el pecho, el playero, taciturno, buscaba la salida del negocio. Cabizbajo por las calles del bucólico pueblo iba el compungido hombre rumbo a su ranchito de la playa, donde con mucho empeño se dispuso a amolar un filoso “punta’e lanza”. Una vez afilado el cuchillo, sin decirles nada a sus hijos ni a su mujer, regresó cuchillo en mano a El Matajey. Al llegar, se percató de que el negocio estaba cerrado y, por supuesto, don Manuel ya se había marchado a la gallera. Furioso, el hombre tomo rumbo hacia su casa por la calle Negro Primero y al llegar a la calle Sucre, de cara a la plaza Bolívar, emprendió camino a la esquina situada en la intersección de las calles Piar y Sucre, frente a la vivienda del “Sute” Maica. Los clientes de El Matajey, que habían presenciado el ultraje y que se hallaban conversando del asunto en la plaza Bolívar, al mirar pasar al rabioso hombre cuchillo en mano, advirtieron al coronel Flores que el playero andaba buscando para nada bueno a don Manuel Vicente:

—¡Coronel Flores! ¡Coronel Flores! ¡Háganos el favor!

A esa hora de la mañana, el engreído policía andaba pavoneándose en su caballo por las tranquilas calles del pueblo:

—¿Qué vaina les pasa a ustedes?

—¡Gua, coronel, que por ahí anda el playero buscando a don Manuel pa matalo!

—¿Y cómo saben ustedes que anda en eso?

—¿No va a andá en eso? ¡Si lo vimos con la cara bien amarrada y una pija'e punta'e lanza que no lo brinca un venao!

—¡Ah! ¿Así es la vaina? ¿Y por dónde anda?

—Yo lo aguaité por los laos de la casa'e los Maica.

—¡Ya va a vé ese pendejo quién es el coronel Flores!

De un chaparrazo a la bestia, el oficial de policía salió envalentonado en busca del playero. Al llegar a la esquina del “Sute” Maica se encontró, frente a frente, con el tercio en cuestión. Flores, al verlo, lo encaró y desde su montura la emprendió a fuetazos.

—¡Mira pedazo'e carajo! ¿Qué vaina buscas por aquí? ¿Acaso no te dije hace rato que te fueras pa tu casa?

—¡Mira! ¿Tú sabes cómo es la vaina? ¡En primer lugar, el pedazo'e carajo eres tú! ¡Y en segundo lugar, ando buscando al jalabolas del pulpero pa matalo!

—¡Ya ves que él no está aquí! ¿Y entonces a quién vas a matar?

—¡A ti, gran carajo!

—¡Del dicho al hecho hay mucho trecho, dice el refrán! ¿Acaso un flacuchento y macilento hombrecito como tú va a poder conmigo?

Eso dizque fue lo que atinó a responder el altanero oficial, pues, sorprendentemente, el indignado y ofendido playero esgrimió de la cintura el afilado punta e' lanza y de un ágil salto se encaramó en la cabalgadura y le asestó una certera puñalada al corazón del arrogante hombrón, que enseguida, como soberbio policía, sin proferir un, ¡ay, que me muero!, cayó inerte en el piso vomitando borbollones de sangre.

Entretanto, el presidente del estado, el general Vincenzo Pérez Soto, quien también andaba pavoneándose en su caballo por los alrededores de la plaza Bolívar, al escuchar el griterío y viendo el

gentío congregado en la esquina de la familia Maica, súbitamente le sacudió un fuetazo a la montura, haciéndose presente en el lugar; allí, los vecinos ya habían sometido al veguerito a quien, atadas las manos, llevaban rumbo a la cárcel pública, situada en el cruce de las calles Independencia y Sucre, frente a la actual sede de Insalud. Al enterarse de los hechos, el general Pérez Soto ordenó soltar inmediatamente al homicida playero, confiándoselo a uno de sus guardaespaldas para que lo internara en la cárcel. A los seis meses de acaecida esa tragedia, Pérez Soto ordenó poner en libertad al playero, quedando resuelto ese incidente originado hace cien años en la esquina El Matajey.

Por cierto, a raíz de ese hecho, cuentan que se originó una leyenda urbana que refiere que los tercios que andan en malos pasos, detrás de los fustanes de esas muchachas malas que hacen cosas buenas, cuando atinan pasar a medianoche por la esquina de la familia Maica creen ver a un envalentonado oficial de policía gomero, montado en un caballo zaino, insultando y golpeando con un fuste a un humilde parroquiano que, furioso, salta cuchillo en mano y de una mortal puñalada en el corazón derriba al fanfarrón, quien en los estertores de muerte se le ve en el piso vomitando borbollones de sangre.

Por supuesto, el tarambana al ver esa horrorosa imagen emprende veloz carrera y, al voltear, observa con horror que misteriosamente los personajes han desaparecido y el solitario lugar es invadido por una tenebrosa niebla y un terrorífico alarido de muerte que hasta los perros se espantan, haciendo que el libertino trasnochador reanude la carrera rumbo a la catedral, donde inútilmente pretende refugiarse, sin tomar en cuenta que a esa hora la casa de Dios está cerrada; al tercio no le queda sino reemprender la espantada hacia su casa, donde temblando de terror le cuenta a sus familiares lo acontecido y jura no volver a salir a medianoche a fustanear mujeres de la mala vida...

Ya en la esquina el Matajey no está don Manuel Vicente Hernández, dándoles ñapas a los muchachos de mandado, preparando sus menjures a base de guásimo, guama, berro, ponsigüé y caña clara; tampoco se le mira arreglando sus gallos y, por supuesto, tampoco está la ancestral casona de principios del siglo xx que dio cobijo a una popular pulpería. Ahora, el viejo caserón ha sido sustituido por una vivienda de bloques, puertas y ventanas de hierro y techo de zinc, donde el carnicero Miguel Rodríguez, hace algunos años, instaló su negocio carnicería El Matajey. Sin embargo, todavía la esquina se recuerda en el ángulo sureste del cruce de las calles Páez y Negro Primero, donde enfrente, en el ángulo suroeste, se encuentra la Escuela de Artes Plásticas Juan Lovera, institución que se instaló en una edificación que perteneció a la desaparecida Policlínica Santa Cecilia –centro de salud que se inauguró a finales de la década de los años cincuenta del siglo xx y que entre sus principales accionistas destacaba el médico sanrafaeleño Edgard Domínguez Michelangelli, quien fuera gobernador del estado Apure en el lapso 1948-1958–; allí donde anteriormente había una hermosa vivienda de bahareque, techo de tejas, portones y ventanas de madera, propiedad de un personaje popular del pueblo, don Antero Aparicio, el poeta que bautizó su morada como esquina Miracielos, epónimo de una conocida esquina caraqueña que inmortalizara nuestro Andrés Eloy Blanco, en su poema “El limonero del señor”.

Asimismo, en el ángulo noroeste –actual sede de Insalud–, hasta hace algunos años atrás estuvo otra hermosa casona que fungió de vivienda y pulpería de Francisco Castillo, “Pancho Castillo”, conocida como La Aragüeña, que le dio nombre a otra esquina jobalitera; finalmente; en el ángulo noreste quedaba la casa de familia y taller de carpintería del artesano Juan Felipe Trabacilo, quien, de acuerdo a la ancestral creencia de darle nombre de santos protectores a las viviendas, bautizó su morada con el nombre de Los Ángeles. Se

infiere que en la intersección de las calles Páez y Negro Primero existen cuatro patrimonios culturales intangibles de la ciudad, representados por cuatro esquinas: Miracielos, La Aragüeña, Los Ángeles y El Matajey.

La Margarita

La Margarita es otra emblemática esquina del barrio Jobalito, de San Fernando. Recuerdo que estando de visita en la casa de familia de mi amigo Rafaelito Ibáñez, observé un hermoso cuadro que engalana la sala; al contemplar aquella magnífica obra de arte, inmediatamente me levanté de la cómoda butaca donde estaba saboreando un humeante cafecito que, amablemente, me había obsequiado su esposa. Con la taza en la mano, me acerqué a la pintura y observé que se trataba de una regia casona de techo de tejas, de enormes ventanales y de tres anchos portones de resistente madera, donde resalta en mayúsculas sostenidas el nombre La Margarita y, al pie de la misma, la firma de la artista plástica Sharon de Pilligra, amiga de la familia Ibáñez.

Enseguida, Rafaelito comenzó a echarme el cuento acerca de esa vivienda que le dio nombre a la equina La Margarita, situada en el ángulo sureste de la intersección de las calles Comercio y Palofuerte. Fue en el año 1938, cuando los habitantes del barrio Jobalito, de San Fernando, conocieron que en la intersección de esas calles se había edificado una magnífica casona conocida como La Margarita, propiedad del joven de veintiocho años de edad Rafael Ibáñez, quien la mandó a construir ese año cuando se casó con la joven de catorce años de edad, Josefa María Pereira, conocida familiarmente como Josefina, natural de la vecina población de Guayabal.

Don Rafael era mecánico de profesión y taxista; fue uno de los pioneros en ese oficio en San Fernando, como su hermano Modesto Ibáñez, Jesús Aponte, Julio Aray y José Gabriel Rodríguez. Esos cinco personajes fueron los fundadores de la primera línea de taxis de la ciudad, que estaba domiciliada en el parque Independencia y por eso fue bautizada Unión Independencia; poseía dos líneas telefónicas, números 500 y 622, a través de los cuales atendían las solicitudes del servicio de taxis en la ciudad o a cualquier lugar de Venezuela; por cierto, los teléfonos estaban guardados en unos cajoncitos de madera, asegurados con un candadito y atornillados a una mata de mamón. Esos pioneros taxistas, también conocidos despectivamente como chóferes de plaza, animaron a afiliarse a jóvenes conductores como: “El Negro” Cafifa, Candelario Escobar, los hermanos Vianney y Rafaelito Díaz, a Carrillo, al Sute Mejías y a José Pulido; este último de profesión fotógrafo.

Recuerdo que a principios de la década de los años cincuenta de la centuria pasada, mi tío materno Pedro Emilio Páez, cuando venía a San Fernando, procedente de Arichuna, a hacer diligencias y a visitar a mi madre, ya en la tarde, una vez cumplidos sus compromisos, me enviaba al parque Independencia a solicitar los servicios de un taxi; entonces, como yo sabía de qué se trataba el asunto, muy contento y con el paso apuradito me dirigía a esa plaza en búsqueda de uno de los chóferes. Al ver sentado en uno de los bancos a don Rafael Ibáñez, enseguida me dirigía a él y le daba el recado. Inmediatamente, me invitaba de una manera jocosa: “¡Súbete al carro, carajito, que vamos rumbo a tu casa!”.

Raudo por la calle Bolívar iba don Rafael, conmigo en el asiento de atrás. Al llegar el flamante automóvil a la puerta de la vivienda de mis padres –calle Coto Paúl, número 14–, se anunciaba tocando la corneta; inmediatamente, salían bien emperifollados mis padres,

el tío Pedro y uno de mis primos. Mi tío, al notar que se trataba de don Rafael, lo saludaba con la sonrisa a flor de labios:

—Buenas tardes, don Rafael.

—Buenas tardes, don Pedro, ¿adónde vamos?

—Quiero me des una recorria por el pueblo durante una hora.

—Don Pedro, la hora le cuesta veinte bolívares.

—Entendido, don Rafael, vamos a dar ese paseo.

—Eso es tumbando y capando.

Una vez cumplida la hora del placentero viaje, don Rafael nos llevaba de vuelta a nuestro hogar y después, para cerrar el paseo con un final feliz, mi tío nos invitaba a degustar unos exquisitos sánduches de pan cuadrado, acompañados de unas sabrosas merengadas espolvoreadas con canela molida en la heladería La Tropical, situada en el cruce de las calles Urdaneta y Comercio, exactamente donde estaba el puerto El Guasimito. Otras veces, el tío, después del sabroso paseo en carro, nos invitaba a cenar en el restaurante Cantaclaro, propiedad de don Luis Castillo y de su esposa, doña Margot Arana de Castillo.

Una hora en automóvil era suficiente tiempo para recorrer el bucólico San Fernando. Entonces, el recorrido consistía en ir de nuestra casa al cementerio, en la actual avenida Chimborazo; de allí al aeropuerto Las Flecheras y, por último, recorrer de punta a punta las calles 19 de Abril, Comercio, Bolívar, Sucre y Páez. Entonces, San Fernando estaba constituido por cinco calles, lo demás, era monte y culebra po cuanto, literalmente, el sur de la ciudad estaba ocupado por potreros de engorde y queseras. A esa periferia, los sanfernandinos más encopetados la llamaban despectivamente “La orilla del monte” y a sus pobladores, “orilleros”.

Don Rafael bautizó su casa La Margarita en honor a su madre, doña Ana Margarita Ibáñez Arana. Más adelante, me contaba Rafaelito que la artista Sharon de Pilligra se inspiró en una vieja

fotografía de la regia casona, que había sido tomada por el apureño don Miguel Siso, donde destaca, atracada a la puerta de la casa, una canoa con su canalete, que evidenciaba los niveles que alcanzó la impactante creciente del año cuarenta y tres (1943), cuando el río anegó casi toda la estepa apureña. Se decía que algunos sanfernandinos fueron alojados en las escuelas y en otros edificios públicos de San Fernando y, como esos improvisados refugios eran insuficientes, hubo necesidad de trasladar algunas familias a Camaguán, por ser una población edificada en un alto médano.

Don Rafael Ibáñez instaló, con fines productivos en la vivienda, dos amplios portones por la calle Comercio y uno por la Palofuerte, convirtiendo la esquina de su casa en un bonito local comercial que arrendó a un ciudadano sirio llamado Zaid Kalani, quien estableciera allí una tienda de ropa para damas, caballeros y niños. Ese comerciante estuvo allí, con su tiendita, cuatro años (1956-1960). Después que el tendero entregó el local, don Rafael jamás volvió a alquilarlo. Al lado de esa vivienda, donde ahora se halla el Colegio Vuelvan Caras, funcionó en una regia casona de tejas el Colegio Federal Teresa Hurtado.

La Margarita poseía un amplio patio adornado con matas de ciruela, un almendrón, un guayabo y una mata de uva parra. Además, cada día, desde muy temprano, en esa casa reinaba la alegría con las “estridencias” de unos pericos cara sucia, turpiales morichaleros, arrendajos, loros ladinos, un tucán –“Piapoco”– traído de Puerto Ayacucho y una colorida guacamaya. Al mismo tiempo, don Rafael criaba conejos que hacían las delicias de sus hijos. Asimismo, formaban parte de la familia dos fieles perros, uno nombrado Sultán, que murió de viejo, y Almirante, que con los años quedó ciego y no vio el camión que lo arrollaría.

Hoy no está la majestuosa vivienda La Margarita ni la conocida esquina jobalitera. En su lugar se halla un terreno listo para alojar

una moderna edificación; así, los sueños de don Rafael Ibáñez y de doña Josefa Pereira de Ibáñez se perdieron por la acción del esnobismo demoledor que se ha llevado por delante a esas hermosas e irrepetibles viviendas del San Fernando de antaño. Don Rafael Ibáñez nació en San Fernando de Apure el 8 de noviembre del año 1909, en una casita de tejas a dos aguas, situada en el cruce de las calles Girardot con Sucre, donde años después se construiría una vivienda de mampostería que sería la sede de la heladería La Bella.

Años más tarde, don Rafael Ibáñez se mudó, por razones de salud, a la ciudad de Caracas, donde se residenció en una vivienda de su propiedad ubicada en el barrio Lídice de Catia, allí falleció el 23 de enero de 1980, siendo sus restos traídos a su lar nativo y velados en la Logia Candor 27, luego fue sepultado en el cementerio municipal de la avenida Chimborazo. Su esposa, doña Josefa, falleció en San Fernando el 15 de agosto del año 2008 a la edad de 84 años. De ese matrimonio nacieron Rafael de Jesús, Ángel Modesto, José Luis “Chely”, William de Jesús, Freddy Jerónimo y Ana Margarita, quienes después del fallecimiento de sus padres vendieron, en el año 2004, ese valioso patrimonio cultural edificado al ingeniero Douglas Tovar. Por cierto, todavía hasta ese año (2004) la vivienda exhibía en sus paredes el llamativo anuncio La Margarita, como terco testimonio de un pueblo llanero que se resiste a perder su identidad.

Fuentes testimoniales:

- Ibáñez. Rafael (hijo). Entrevista *in situ* el 19 de diciembre de 2024.
- Arana Páez Hugo. Conversación *in situ* con dos viejos vecinos el 15 de diciembre de 2024.

La Agencia Royal

Fue una céntrica y concurrida esquina del desaparecido barrio El Mamón –ahora Centro Valle– de San Fernando, que debe su nombre a una popular ferretería que durante muchos años funcionó en el ángulo sureste del cruce de las calles Juan Pablo Peñaloza y Bolívar, frente al bar Trina Omaira, donde ahora se halla el edificio Aponte, sede de la zapatería Roma y de otros establecimientos comerciales.

Mirando una desteñida fotografía de la Agencia Royal, se me ocurrió escribir este ensayo como contribución al conocimiento histórico de la ciudad de San Fernando de Apure. En esa imagen se observa una casona de adobe, de ancho portón de madera y de altos ventanales de balaustres también de resistente madera, donde encima del dintel de la desvencijada puerta y debajo del ancho alero se mira un ostentoso aviso en el que se lee: Agencia Royal-Jesús Aponte M. En ese llamativo anuncio de la época destacan los rubros a los que se dedicaba el negocio, dentro de los cuales, con mucho esfuerzo, se puede leer “ferretería”; mientras que a ambos lados del portón destacan dos enormes cartelones, donde se anunciaban las dos películas que esa noche se exhibirían en El Royal, una magnífica sala de cine conocida como teatro Cine Royal, también propiedad de Aponte.

La Agencia Royal se hallaba diagonal a la desaparecida plaza Libertad. Por cierto, a raíz de los acontecimientos del 20 de mayo del año 2022, su propietario, el apureño Jesús Aponte M., comprendió que ese lugar iba a convertirse en una de las zonas más concurridas de

la ciudad y por eso, un buen día, adquirió la hermosa casona donde el viejo Aponte se dedicaría a vender lubricantes importados de los Estados Unidos, marca Amalie y Pensilvania, recomendados para motores de los automóviles marca: Ford, Chevrolet, Pontiac, Oldsmobile y Cadillac; vendía bicicletas inglesas de paseo, para niños, damas y caballeros, de las reconocidas marcas Philips, Raleigh, Humbert y alguna que otra italiana como las de la casa Benotto; vendía pinturas de la prestigiosa marca Montana y cocinas a kerosene marca Condesa; igualmente vendía llaves, alicates y destornilladores, bujías Champión para automóviles, lámparas a gasolina Coleman, linternas Eveready con las pilas y bombillitos para las mismas, cables, cintas adhesivas Scotch *-tape-* de la empresa 3M, bombillos para el hogar en todos los colores, zocates, interruptores de luz, cerraduras, tomacorrientes, tornillos en todas las medidas y calidades; es decir, en ese establecimiento el cliente hallaba una extensa gama de insumos con qué hacer sus reparaciones en el hogar o en sus negocios, por lo tanto, la Agencia Royal se había posicionado como un obligado y concurrido punto de encuentro no solo de los sanfernandinos, sino de los asiduos clientes venidos de las poblaciones vecinas.

La señorial vivienda que sirvió de sede a esa ferretería fue un valioso patrimonio cultural edificado que ocupaba la mitad de la cuadra, comprendida entre las esquinas del cruce de las calles Bolívar, Peñaloza y Bolívar con la 24 de Julio; es decir, que su *hinterland* la posicionaba como uno de los lugares más importantes de la ciudad. En esa regia vivienda, Aponte se había instalado también con su familia, integrada por su esposa, Otilia Madrid Páez, y su hijo Jesús Alexis Aponte Madrid. La casona por la calle Juan Pablo Peñaloza colindaba con la casa de don José Gabriel Rodríguez –donde ahora se halla la actual sede de la tienda por departamentos Seven’s–, quien vivía con su familia, constituida por su esposa, doña Mercedes de Rodríguez, y sus hijos Marlene, José Gabriel y Vladimir, entre otros más. Don José Gabriel, como taxista de la Línea Independencia, fue el baquiano que en el mes

de abril del año 1927 guiaría en su vehículo, hasta el hato La Candelaria, al maestro Rómulo Gallegos y a su hermano Pedro. En ese momento, el intelectual caraqueño andaba buscando valiosa información sobre el llano apureño, para el personaje principal de la novela que tenía en su mente, La casa de los Cedeño, y debía visitar un hato situado en la estepa apureña. En ese sentido, Gallegos se entrevistó con el caporal del hato La Candelaria, el otomaco cunavichero Antonio José Torrealba Osto “El Renco Torrealba”, quien con su valiosa información hizo que el escritor cambiara de planes y escribiera *Doña Bárbara* (1929) y *Cantaclaro* (1934).

Años más tarde, don José Gabriel instalaría en su hogar las oficinas de la pionera empresa de autobuses que cubría la ruta San Fernando-Caracas, conocida como Línea Guárico. Por la calle Bolívar, la regia edificación colindaba con otra hermosa y magnífica casona, donde estaba domiciliada la primera *boutique* de la ciudad, conocida como El Pan Grande –ángulo suroeste de la intersección de las calles Bolívar y 24 de Julio frente al Cine Royal–, propiedad de la apureña Ángela Estévez, esposa del orfebre italiano José Faoro. Por cierto, los invitados a los rumbosos matrimonios de la época, es decir, los pesados de la ciudad, encargaban sus listas de bodas en ese negocio. Frente a El Pan Grande se hallaba el popular y prestigioso restaurante Cantaclaro, propiedad del zapatero –fabricante de zapatos de cuero de res– Luis Castillo.

Continuando con la descripción del entorno de la ferretería Agencia Royal, se observa, en las desteñidas viñetas de la época, que diagonal se hallaba la céntrica y concurrida plaza Libertad, que inicialmente se llamó plaza Guzmán Blanco, por cuanto fue edificada siendo presidente del estado Apure el general sanrafaeleño Raimundo Fonseca e inaugurada el 27 de abril de 1875 por el propio Fonseca, con el nombre de plaza Guzmán Blanco, en conmemoración del triunfo de la Revolución de Abril –conocida también como Revolución Liberal, liderada por Antonio Guzmán Blanco en el lapso 14-02-1870 al 27-04-1870–. Después de la

caída de Guzmán, ese parque se llamaría plaza Libertad y en su lugar se colocaría una estatua pedestre del general José Antonio Páez; este parque se hallaba situado al norte del antiguo Palacio de Gobierno o “Palacio Fonsequero”, separada de esa edificación por la calle Bolívar. Ocupaba una manzana completa en el actual paseo Libertador, entre las calles Bolívar al sur, Comercio al norte, Peñaloza al este y Fonseca al oeste. Se cree que fue construida simultáneamente con el “Palacio Fonsequero”, para conformar un armonioso conjunto arquitectónico.

En las primeras décadas del siglo xx, en las tardes y noches dominicales, era muy visitada por los sanfernandinos, que acudían atraídos por las alegres retretas que amenizaba la Banda Marcial Simón Bolívar –coloquialmente “banda del estado”–. En las fiestas de carnaval se efectuaban bailes y desfiles de disfraces en honor al dios Momo, mientras que las muchachas, luciendo alegres sus mejores galas, se paseaban por sus camineras tongoneándose al compás de la pegajosa música, en tanto que sus padres, junto con otros parroquianos, alquilaban sillas para escuchar cómodamente los compases de los vales, merengues, pasodobles y joropos de actualidad. En las tardes, sus frondosos árboles hacían de ese parque un sitio predilecto para las tertulias de los estudiantes, poetas, intelectuales, pedigüeños y algún loco, como “La Cucaracha” –Clotilde Martínez–, “Tamaro Piche”, “La Camioneta”, “El Loco Rogelio”, pregonando sus “tostadas de bicho muerto” –así las nombraban los mamadores de gallo–; “El negro Francisco” y el “Cieguito Sotillo”, haciendo gala de su virtuosismo con su viejo acordeón. También acudían otros personajes populares como: “Zamuro Blanco” –Matey–, a quien los estudiantes le espetaban a todo gañote: “¡Zamuro Blanco!”. Y él, más colorado que un tomate maduro, les respondía: “¡Más Zamuro Blanco será tu madre...!”.

Otro personaje pintoresco que hacía vida en esa plaza era Pedro Aray, un simpático apureño de baja estatura, quien cojeando y con la mano izquierda extendida, se le veía a cada rato transitando, apuradito, por ese

parque; eso sí, atento a que algún mamador de gallo le gritara: “¡Pedro Aray!”. A lo que él, sarcásticamente, respondía: “¡Pa cogelo por ay...!”.

Tamaro Piche –apodado también por los mamadores de gallo más considerados “El poeta Ochoa”–, quien tenía la manía de quitarle la acera a los peatones que transitaran en sentido contrario a él; ese hombre se ganaba la vida como vendedor ambulante de quinticos de lotería y le gustaba recitarle sus pésimos versos a las muchachas que se cruzaban en su camino, quienes molestas le contestaban: “¡Qué poeta tan ramplón!”.

También, en las tardes, se efectuaban sorteos de una lotería local basada en imágenes de animales, siendo conocida coloquialmente como la “Lotería de animalitos”. Los sorteos se efectuaban en presencia del público que acudía a presenciar la realización de ese evento. Cuando el animal ganador era el burro, inmediatamente salía por las calles de la ciudad Pedro Aray, pregonando con su particular picardía y a todo gañote: “¡Los cogió el burro! ¡Los cogió el burro!”. De esa manera tan simpática, ese popular personaje comunicaba a los apostadores los anhelados resultados, quienes ya sabían a qué atenerse. Asimismo, en la década de los años cincuenta del siglo XX, se elegían en ese parque las reinas de carnaval de la ciudad y también se seleccionaban las candidatas al concurso del Miss Venezuela por Apure.

La plaza Libertad también fue un foco de efervescencia política desde principios del año 1936, ya que, al desaparecer la dictadura de Juan Vicente Gómez, inmediatamente se inició la movilización política-institucional de la sociedad venezolana; en ese sentido, se efectuaban en ese parque multitudinarias concentraciones políticas, como las que se efectuaron en el año 1947, donde se escuchaban las voces de oradores como Rómulo Gallegos, Andrés Eloy Blanco, Juan Salerno Melo, Luis Melo Olavarría, César Sánchez Leal y doña Maga de Gamboa, entre otros. Lo más pintoresco es que casi todos los mítines terminaban a palos, piedras, cabillazos y golpes de padre y señor mío...

El entorno de la plaza Libertad y de la Agencia Royal, en la década de los años cincuenta del siglo xx, era muy concurrido, según el testimonio del sanfernandino César Humberto Ramos en su obra *Remontando el Apure viejo 1931-1952*, quien hacía hincapié en que el *hinterland* de la Agencia Royal era muy dinámico, por cuanto proliferaban muchos negocios como barberías, tiendas de revistas, botiquines –bar Trinaomaira–, teatros, ferreterías, tiendas de ropa, algunas casas de honorables familias, refresquerías y, principalmente, enfrente el majestuoso Palacio de Gobierno, conocido coloquialmente como “Palacio Fonsequero”:

En la década de los años cincuenta del siglo xx, al norte de esta plaza estaba la calle Comercio, que la separaba de la refresquería de don Rafael Álvarez, donde posteriormente se construiría el gran Hotel Apure, exactamente donde ahora está el monumento a la Bandera y la fuente Los Caimanes. Hacia el noroeste se encontraba la tienda de Jorge Jaua, donde posteriormente estuvo la bomba Juan Bimba, de don Julio Aray. Al este, bajando de norte a sur, estaba la tienda de Pedro Zoppi, la venta de periódicos y sellado del juego del cinco y seis de José Rafael Estévez –“Rajuñao”–, seguido del bar Acapulco, de don Pedro Guerrero, quien en las tardes colocaba algunas mesas y sillas en la plaza para atender a sus clientes. Al lado del Acapulco estaba la refresquería de Tomás Rengel, para continuar con The London Bar –después sede de la Comercial Kelly– y, finalmente, el popular bar Trina Omaira. En la diagonal sureste se encontraba la ferretería Agencia Royal, de don Jesús Aponte. Por el oeste y separados por la calle Fonseca, en sentido norte-sur, se encontraban la tienda de Toufi Cecín –hoy tienda Las Novedades, de Eloy Lugo–, la librería de Marcano, la venta y alquiler de bicicletas del “Sute” Mejías, la casa de la familia Rengel-Narr; y al lado la tienda La Moda, de doña Dalia, donde después estuvo la Línea Noguera; seguía la barbería de don Mateo Naranjo, quien, por cierto, cuando no estaba afeitando a algún parroquiano, se iba a jugar ajedrez en la plaza. Después estuvo la barbería de Mata’e bola, más adelante la sastrería de Julio Rodríguez y, al final, en la esquina La Frontera, estuvo una papelería donde se vendía la revista *Fantoches* y *El Morrocoy Azul*; local que luego ocuparían las refresquerías –ahora llamados cafetines– de don Simón Moreno y José Martínez.⁶

6 César Humberto Ramos. *Remontando El Apure Viejo (1931-1952)*, p. 22.

En la vivienda que sirvió de sede a la Agencia Royal funcionó, en el año 1922, un taller de herrería. Entonces, en el San Fernando de principios del siglo xx, los herreros eran artesanos muy solicitados. Desde los tiempos de la Colonia, el oficio de herrero era muy activo en Venezuela, por cuanto, además de fabricar canales para recoger las aguas de lluvia, lámparas de carburo o de kerosene, cucharones para extraer agua de las tinajas, herraduras y frenos para las monturas, hierros para herrar ganado vacuno y caballar, también, eran capaces de elaborar los conocidos “grillos”, terror de los presos políticos de la época. En ese sentido, refiere en su investigación Saverio Ruiz Bolívar lo acaecido al general Pedro Pérez Delgado, “Maisanta”, a raíz de su detención por haber participado en la frustrada toma del “Palacio Fonsequero”. En tiempos de Gómez, siendo presidente del estado Apure el general Hernán Febres Cordero, “Cara’e gallina” –tenía el pescuezo flaquito–, el general Pedro Pérez Delgado fue apresado junto con su hijo y ambos revolucionarios fueron engrillados en la plaza Libertad:

El caso es que para mayo de 1922, diagonal a la plaza Libertad estaba instalado, en la solariega casona, un viejo latonero de nombre Segundo Mosqueda, quien por órdenes del presidente del estado, Dr. Hernán Febres Cordero –lapso 1921-1927– elaboró los grillos que, en acto público, se los colocaría en la plaza de La Libertad a Pedro Pérez Delgado “Maisanta” y a su hijo Ramón Pérez Márquez, antes de ser enviados prisioneros a Ciudad Bolívar por haber participado en la fallida intentona, ocurrida en San Fernando el 20 de mayo de 1922 contra el gobierno de Febres Cordero.⁷

Ese hecho lo reseña Saverio Eulalio Ruiz Bolívar, quien se define como recopilador genealógico y quien recogió el testimonio de don Juan Ramón Navarro, de 97 años de edad –hoy difunto–, quien era hermano paterno de Carolina Belisario, mujer de Manotano, el célebre esbirro de Vincenzo Pérez Soto –presidente del estado Apure en el lapso

7 Saverio Eulalio Ruiz Bolívar. *La intentona del 20 de mayo de 1922 en San Fernando de Apure*, p. 12.

1915-1921-. Entonces, don Juan contaba con quince años de edad y estudiaba en la Escuela Federal Agustín Codazzi. Continúa Saverio Ruiz, describiendo los hechos acaecidos en la plaza Libertad, a raíz de la fallida intentona de la toma del Palacio Fonsequero el 20 de mayo de 1922:

Días después de estos acontecimientos, los prisioneros fueron llevados a la plaza Libertad, frente a la Gobernación; entre los principales estaba el general Pedro Pérez Delgado y su hijo, los prisioneros estaban en posición dorsal sobre el piso. El presidente del estado Apure, Hernán Febres Cordero, procedió a hacer un llamamiento al pueblo para que presenciara la colocación de los grillos, a la altura de los tobillos. Ramón Pérez Márquez comenzó a llorar al tener remachados los grillos y su padre lo consolaba con estas palabras: “¡No llores, las cárceles y los grillos son para hombres machos!”. Diagonal a la plaza Libertad, en la esquina sureste –calle Bolívar cruce con el paseo Libertador–, había un taller de herrería de propiedad del señor Segundo Mosqueda, este ciudadano fabricaba los grillos y tenía que colocárselos a los prisioneros con el respectivo remache –tengo el diseño de los grillos colocados al general Pedro Pérez Delgado.⁸

El Palacio de Gobierno formaba parte importante del *hinterland* de la Agencia Royal, el cual, en honor a su constructor, el gobernador Raimundo Fonseca, fue conocido coloquialmente como el Palacio Fonsequero; una hermosa edificación de dos plantas, con piso de láminas de madera la superior. Era muy sólido, constituido por paredes de ochenta centímetros de espesor y de ladrillos perfectamente unidos; su altura desde el piso al techo era aproximadamente de diez metros. Tanto en la planta baja como en la alta existían amplios salones y espaciosos corredores que miraban hacia un bello y bien cuidado patio interno.

La iluminación la suministraba la vieja planta eléctrica de El Cañito, alimentada a leña. En tanto que la ventilación –natural– era estupenda debido a sus amplios ventanales, que en el caso de la planta alta eran similares a balcones por donde se desplazaba la suave brisa del Apure. Al frente –lado norte– había un jardín de aproximadamente trescientos

8 *Ob. cit.*, p. 13.

metros cuadrados, sembrado de palmas, guayabos, mamones y almen-dros, que estaba atravesado por una bonita vereda, magníficamente pavimentada, la cual conducía a la entrada del palacio; mientras que en el centro de ese frondoso y bien cuidado parque se hallaba un hermoso busto del Mariscal Antonio José de Sucre, llamado plazoleta Sucre. El “Fonsequero” estaba ubicado donde ahora está el paseo Libertador y ocupaba la manzana comprendida entre las calles Bolívar al norte, Sucre al sur, Fonseca al oeste y Juan Pablo Peñaloza al este. Por cierto, ese edificio, además de ser la sede del Ejecutivo Regional, fungió también como asiento del telégrafo. Según testimonio de José Manuel Sánchez Osto –citado por Laprea Sifontes–, refiere que el 27 de abril de 1885 se inauguró en San Fernando la oficina telegráfica, que estaba en el salón noroeste de la planta baja; siendo el primer telegrafista Cosme Rodríguez Padrón:

En un borrador de apuntes manuscrito que conservamos, del historiador José Manuel Sánchez Osto, se dice textualmente: 1885, 27 abril. Se inaugura en la ciudad de San Fernando la oficina telegráfica, quedando unida esta población a las restantes del país que para entonces gozaban del privilegio de la comunicación eléctrica. El primer telegrafista fue el joven Cosme Rodríguez Padrón. El discurso de orden en el acto mencionado estuvo a cargo del Dr. Lorenzo Mendible. Se instaló la oficina en el salón del ángulo noroeste del piso bajo del Palacio de Gobierno.⁹

En las primeras décadas del siglo xx, el palacio fue convertido en cuartel por cuanto el ancho de sus paredes de ladrillo representaban una autentica fortaleza. Utilizada como tal se encontraba el día 20 de mayo de 1922, cuando se produjo el encuentro entre las fuerzas revolucionarias comandadas por el general trujillano Waldino Arriaga Perdomo y las gubernamentales por el doctor Hernán Febres Cordero. No fue sino a comienzos de la década de los años cuarenta del siglo xx,

9 Sánchez Olivo, Julio C. Crónicas De Apure, p. 132.

siendo presidente del estado Apure el doctor Carlos Díez del Ciervo, que volvió a ser sede del Poder Ejecutivo.

A través de dos destañadas fotografías de un artículo de prensa y de una fuente bibliográfica, se pudo hacer una reconstrucción parcial del reciente pasado histórico de San Fernando; concretamente de la década de los años veinte de la centuria pasada. Me refiero a una vivienda que le dio nombre a un punto de encuentro de los sanfernandinos, conocido como esquina la Agencia Royal; hermoso y valioso patrimonio cultural edificado de la ciudad, que se hallaba donde ahora está el edificio Aponte, sede de la zapatería La Roma y que en el año 1954 desapareció a causa de un voraz incendio.

Fuentes testimoniales:

- Aponte Madrid, Alexis.
- Arana Páez, Hugo.

7 El Águila Real

Fue otra conocida esquina del barrio El Mamón –actual sector Centro Valle–, ubicada en el ángulo suroeste de la intersección de las calles Sucre y Urdaneta. En el San Fernando de principios del siglo xx, era habitual observar hermosas casonas de techo de enmohecidas tejas, de desteñidas y carcomidas paredes de adobe o bahareque, desvencijados portones, altos ventanales de madera y muchas habitaciones, que sus propietarios destinaban a arrendar, siendo conocidas coloquialmente como “casas de vecindad”; allí, sus moradores compartían el patio, lavaderos, cocina –entonces la estufa era el fogón de barro batido con paja y topias de tierra cocida– y baños –letrina y sala de baño–, eran espacios considerados áreas comunes. Fue en una de esas viviendas, situada en el ángulo suroeste del cruce de las calles Sucre y Urdaneta, donde a principios del siglo xx se hallaba una casona de numerosos portones que miraban hacia las calles Sucre y Urdaneta, propiedad de don Pedro María Gamboa, abuelo del tipógrafo Saúl Gamboa, propietario de la empresa Gráficos Gamboa e hijo de don Manuel Antonio Gamboa; un aficionado cantante de tangos y quien a veces echaba sus cantaditas en el desaparecido y exclusivo centro social The London Bar –bar Londinense–, situado en la antigua calle Peñaloza frente a la plaza Libertad, entre calles Bolívar y Comercio, donde estuvo la Comercial Kelly, propiedad del comerciante César Montes.

En esa casona los inquilinos cancelaban, por ocupar una de las habitaciones, un canon de arrendamiento mensual de quince o treinta bolívares, que debían pagar diariamente –un realito o un bolívar, según fuera el caso–. En esa casa vivían familias numerosas y una que otra cortesana de oficio de los botiquines del pueblo; por cierto, esas damas eran etiquetadas por la mojigata sociedad de entonces como “mujeres de la mala vida”... Precisamente, viejos sanfernandinos reseñan que el nombre del botiquín, que después se conocería como El Águila Real y que por extensión le dio el nombre a esa esquina, se debió a una de esas hermosas damiselas, a quien pretendía el cantinero del bar que funcionaba en esa vivienda y a quien la bonita, presuntuosa y retrechera muchacha, continuamente rechazaba; por lo que el frustrado pretendiente un día se cansó de cortejarla y, ya sin esperanza ninguna de que la mujer accediera a sus requiebros, molesto le espetó: “¿Tú sabes cómo es la vaina? ¡Te crees el águila real de las morocotas¹⁰ y no

10 *Morocota* fue el nombre que coloquialmente le dieron los venezolanos a la moneda norteamericana de veinte dólares, que comenzó a circular en Venezuela en el año 1830. Ante la ausencia de una moneda oficial venezolana, las transacciones comerciales se hacían en monedas extranjeras. Dicha moneda fue llamada coloquialmente *morocota* –90 % de oro puro y 10 % de cobre, cuyo su contenido de oro puro equivalía a 0,9675 onzas troy; es decir, a 30.0892 gramos de oro puro–, siendo la moneda más aceptada por los comerciantes. Según Julio Calcaño en su obra *El castellano en Venezuela*, refiere que el nombre *morocota* le fue dado a esa moneda americana por el general José Tadeo Monagas en el año 1849, cuando por primera vez se recibió dicha pieza en Caracas, ya que él veía cierta similitud entre el reluciente color amarillo y la redondez de la moneda con un pez de río llamado morocoto, también conocido como cachama blanca.

llegas ni a *pachano*¹¹ y, aún más, con decirte que ni siquiera vales una locha!¹²

El propietario del botiquincito, al enterarse del altercado, despidió al cantinero por acosador y abusador y a la muchacha la empleó como encargada del negocio; en su honor decidió bautizar su negocio El Águila Real. Desde aquel día, la fachada del bonito caserón quedó engalanada con la magnífica pintura de un águila calva –ave nacional de los Estados Unidos–, que en una de sus patas sostenía una copa de licor y, al pie del orondo pajarraco, se leía la inscripción:

-
- 11 En el año 1885 se venían realizando los trámites para la instalación de una Casa de la Moneda en Caracas, siendo inaugurada por Guzmán Blanco el 16 de octubre del año 1886 en la esquina El Cuño. Un día el general Pachano, inspector de la Casa de la Moneda, fue a entregarle la primera moneda de oro acuñada en Venezuela al presidente Guzmán Blanco. Al verla, este exclamó, ¡Qué bueno, Pachano! Lo que provocó que desde ese día la moneda fuese bautizada el *pachano*. La efigie es del escultor Albert Désiré-Barre y el *pachano* fue acuñado en la Casa de la Moneda que funcionaba precisamente en la esquina El Cuño, aledaña al popular y tristemente célebre puente El Guanábano, por cuanto, históricamente, es el lugar preferido desde donde los despechados se lanzan al vacío para pasar a mejor vida, según ellos. De esta manera, pachano fue el nombre con el que se conoció a la primera moneda de oro acuñada en Venezuela el año 1886, en honor al general Jacinto Regino Pachano, quien estuvo al servicio del mariscal Falcón y fue uno de los miembros fundadores de la Academia de la Historia; asimismo presidió la comisión que trajo los restos del general José Antonio Páez; formó parte de la Revolución Legalista, apoyando a Crespo y acompañó a Cipriano Castro en la Revolución Restauradora o Invasión de los Sesenta en el año 1899.
- 12 Al separarse el departamento de Venezuela de la Gran Colombia, en el año 1830, no había en la incipiente república monedas, por lo que se permitió la libre circulación de monedas extranjeras en el país. No fue sino hasta el año 1886, cuando se acuña la primera moneda de oro en Venezuela, siendo conocida coloquialmente como *pachano*; paralela a esta pieza, circulaba la moneda norteamericana de veinte dólares, conocida popularmente como morocota.

“Brindo por todas las aves” –entiéndase las bonitas aves cantoras llaneras como nuestros arrendajos, carraos y sus lamentaciones, cucaracheros, paraulatas, turpiales morichaleros y hasta los pícaros depredadores sexuales, conocidos como pájaros bravos, quienes en busca de un amor pasajero acudían al pecaminoso lugar.

En la vivienda donde funcionó la cantina El Águila Real confluyó un sincretismo de llamativos colores, por cuanto sus paredes estaban pintadas de un ardiente color amarillo, en tanto que sus puertas, ventanas y zócalo, de un fulgurante verde. Desde entonces, los más reconocidos músicos, cantores de música típica llanera, los joroperos y joroperas –bailadores de joropo–, los sempiternos moledores de caña o trapicheros, eran consecuentes visitantes y, por supuesto, no faltaban las damiselas que asiduamente acudían en busca de dinero a cambio de un amor fortuito y, por eso, se les veía repartiendo sonrisas, arrumacos y carantoñas a los embobados parroquianos.

En ese bar se dieron cita el vicio y la impudicia de una época pretérita y donde se conjugó el amor casual de la meretriz con el del peón de sabana, el del conuquero, el del marinero que en los vapores venía de tierras lejanas ansioso de satisfacer sus deseos en brazos de una hermosa hembra llanera; asimismo el del extenuado bonguero de espadilla, canaleta y palanca; o el del maduro parroquiano y, sobre todo, el del afiebrado patiquín de sombrero de pajilla, corbata, paltó y pantalón de fino lino blanco y zapatos de charol.

El Águila Real, por la calle Sucre, estaba representada por una casona de techo a dos aguas, en la que el corredor interno era de tejas y el frente, que daba a la fachada, de láminas de zinc galvanizado acanalado. La vivienda, por esa calle, poseía cuatro habitaciones y cinco con la de la esquina, donde precisamente estaba el botiquín. En uno de esos cuartos vivía un hermano del constructor y albañil portugués Mario Martí. También habitó allí un viejo caletero de apellido Fernández, quien poseía una carretilla de madera de dos

ruedas con la que se rebuscaba caleteando mercancías y productos en los puertos El Cañito, Barbarito, Ligerón y El Tamarindo; y una bonita señora rubia, que durante casi toda su vida hizo su morada en uno de los tantos cuartuchos de la popular casona.

Por la calle Urdaneta, El Águila Real poseía tres puertas que daban acceso a tres habitaciones, en una de las cuales vivía un chichero tullido, de apellido Chaparro, apodado “Tostón”, quien elaboraba y vendía una sabrosa chicha; la madre y demás hermanos de ese tercio vivían en la calle Páez, entre las calles Santa Ana y El Yagual, frente a la pulpería La Mariposa; lo paradójico del asunto era que casi todos los miembros de esa familia eran lisiados y, sin embargo, se dedicaban a componer torceduras de pies y manos, y a enderezar las cuerdas encaramadas –ligamentos– o a entablillar miembros lesionados. En otro de los cuartos, ubicado en la calle Urdaneta, vivía una honorable y humilde señora con su hija, quien llegó a trabajar como ejecutiva de cuentas en el recién inaugurado Banco Provincial.

Hoy, la casona y el botiquín El Águila Real, con sus patiquines, sus trapicheros, sus bailadores, sus cantores, sus músicos y, sobre todo, sus hermosas cortesanas de oficio ya no están. En su lugar, ahora se halla una moderna y hermosa edificación identificada como quinta Morichalito, de propiedad de la sucesión del médico apureño Valeriano Moreno, donde funciona un centro de tareas dirigidas, un consultorio ginecológico y una clínica odontológica.

En cuanto al *hinterland* de El Águila Real, se dice que al lado de esa famosa vivienda, en la calle Sucre, donde ahora se halla una barbería situada frente a la casa de familia del fallecido odontólogo Ítalo Decanio D’Ámico, había otro popular y concurrido botiquín, conocido como El Hijo de la Noche, donde cada noche acudían los bailadores, los músicos, los cantores, los parranderos y, por supuesto,

las hermosas cortesanas de oficio repartiendo sonrisas, besos, arrumacos y carantoñas a diestra y siniestra.

Se ha podido constatar que en el ángulo sureste de la intersección de las calles Sucre y Urdaneta se hallaba la esquina La Pesita –exactamente donde ahora está la quinta Mata de Agua, que fuera propiedad de la difunta hatera, señora Valentina Correa–; esa edificación fungía como otra casa de vecindad del pueblo, que era propiedad del pulpero Juan Molleja y donde, amén de ser refugio de inquilinos, también se había establecido una pulpería perteneciente a un famoso gallero del pueblo; allí también funcionaba una pesa –así se les llamaba, coloquialmente, a las carnicerías de principios del siglo xx en el llano– de propiedad del pulpero Juan Molleja, siendo conocido coloquialmente ese negocio como “La Pesita de los Molleja”, que le dio nombre a la esquina La Pesita.

En la casa de vecindad de la esquina La Pesita, por la calle Sucre, vivía el zapatero –fabricante– Jesús Molleja, “Chucho”, hermano menor de Juan Molleja; también vivía allí el señor Lino Díaz, padre de Lino Díaz hijo, quien años más tarde sería diputado a la Asamblea Legislativa del estado Apure. En La Pesita vivieron de niños los hermanos Rodríguez: Rafael “Palito”, Dinorah y Norman, hijos del matrimonio de la señora Clara Rodríguez y del conocido gallero, comerciante y carnicero, Lorenzo Hernández. Por cierto, Norman, años más tarde, sería propietario del popular botiquín El Quiosco Apure, situado en la calle Comercio, entre calles Madariaga y Negro Primero, que perteneció al arichunero Rafael Rodríguez, apodado cariñosamente por sus amigos trapicheros “Caballero”, porque ese cantinero les daba la bienvenida a sus clientes con el respetuoso saludo: “¡Pase adelante, caballero! ¿Qué le puedo servir al caballero?”.

Los inquilinos de la casa de vecindad La Pesita vivían felices en esa casona, hasta que un día del año 1962 la hatera doña Valentina Correa le propuso a Juan Molleja comprarle su hermosa casona, que

incluso reunía mejores condiciones que la vivienda del Águila Real, porque tanto los pisos de la sala como los corredores y los cuartos eran de cemento pulido. Al tomar posesión de la vivienda, doña Valentina le pidió el desalojo a los inquilinos y luego la echó abajo para construir la magnífica y moderna quinta de dos pisos, bautizada Manta de Agua, que construyó el maestro albañil Mario Martí.

Otra de las esquinas que constituían el *hinterland* de El Águila Real era la esquina Congorocho –ángulo noreste del cruce de las calles Sucre y Urdaneta–, que se hallaba frente a la esquina La Pesita y diagonal al Águila Real.

La esquina Congorocho estaba representada por una casita de techo a dos aguas, donde había establecido su residencia el albañil y ripiero don Zoilo Ramírez, “Congorocho”, padre de su única hija Carmen Ramírez. Para la época, se les llamaba “ripieros” en San Fernando a aquellos personajes que, ante la escasez de piedra para mezclar el cemento, se armaban de una pequeña mandarría y se dedicaban al duro oficio de picar ladrillos y tejas partidas para convertirlos en pequeños guijarros, con los que se fabricaron las primeras casas de concreto en esta ciudad. Congorocho, en su casita, vendía ese insumo que sus necesitados clientes buscaban en una carreta tirada por mulas, conducida por uno de los hermanos Viña; y cuando era poca la cantidad de ripio solicitada, en algunas ocasiones era don Zoilo quien en su carretilla de madera de dos ruedas entregaba los pedidos.

Entonces, la ciudad crecía hacia el sur –actual avenida Carabobo– y era la época en que esa zona era designada despectivamente por los sanfernandinos como orilla del monte y a sus habitantes “orilleros”, por vivir precisamente en los extramuros del pueblo; como igualmente ocurría en Caracas en tiempos de la Colonia, donde a los últimos colonos en llegar al valle de los Caracas se les etiquetaba

orilleros o “blancos de orilla”, porque debían ocupar los extramuros de la ciudad.

El 4 de septiembre del año 2019 entrevisté en su domicilio de la calle Aramendi, cruce con Queseras del Medio, al hijo de don Alejandro Ruiz, llamado William Ruiz Zaldívar, quien vivió en la esquina Congorocho. William es nieto de crianza de don Zoilo, quien también había criado a su progenitora, doña Ignacia Josefina Zaldívar, “Josefita”, hija de un italiano de apellido Zaldívar. En esa entrevista me refería William que su infancia la pasó en esa esquina, en una bonita casa cuya sala exhibía un brillante piso de cemento que doña Josefita mantenía bien pulido a base de velas derretidas; no así las habitaciones, cuyo piso era de tierra. La casita era engalanaba con un ancho y resistente portón de madera que daba hacia la calle Urdaneta, frente a los Molleja. La modesta vivienda poseía tres habitaciones, un bonito corredor y techo de tejas a dos aguas, con una caída hacia la calle Urdaneta y la otra hacia el patio interno, donde estaba la letrina y un hermoso jardín de plantas ornamentales y medicinales que, afanosa, cuidaba doña Josefita.

Don Alejandro Ruiz, en su época de soltero, fue propietario de un billar que había instalado en la hermosa casona donde vivía, que estaba situada en el ángulo sureste del cruce de las calles Queseras del Medio y Páez, frente a la esquina La Bonanza –ángulo noreste del cruce de las calles Queseras del Medio y Páez, donde los hermanos Rodríguez establecieron su taller de herrería, a fragua y carbón, La Bonanza–; exactamente frente a la vivienda donde habitaron Joseíto Acosta y Clovis Acosta, y donde ahora el “Catire” Farfán construyó su moderna y bonita casa.

Tanto don Zoilo como don Alejandro Ruiz, ocasionalmente, acudían a un botiquincito ubicado en el ángulo noreste del cruce de las calles Sucre y Coto Paúl, de propiedad de José Gamarra, donde al pie de una vieja rocola, yerno y suegro, entre trago y trago, escuchaban

los empalagosos boleros interpretados por el trío Los Panchos y el Trío San Juan, de Johnny Albino; allí, los tercios se emburraban sus botellones de cerveza Caracas hasta salir bien prendidos. Así, suegro y yerno, después de caerse a palos, también se caían al piso.

En esa esquina, el viejo Gamarra, amén de su taguara y residencia familiar, también había instalado una camburera; una ratonera donde vendía catalinas, queso, tabaco en rama, chimó, velas, cigarrillos, tabacos para las brujas, una que otra lata de sardina, orejitas, paledonias, tabletas, jabón de la tierra, pasta, arroz, maíz pilado y en concha, y refrescos, entre otros rubros.

En la casa de Congorocho vivía el locutor de La Voz de Apure, Ramón Zaldívar, tío materno de William. Hasta el año 1969 vivió la familia Ruiz-Zaldívar en esa casa y al lado, por la calle Sucre, estaba el edificio Messina, donde funcionaba el taller de carpintería y casa de familia del ebanista italiano Santos Messina. Al lado de los Messina –hacia el este–, vivía doña Emma Salazar, madre de Zoraida y Jesús, quien con un azafate –bandeja artesanal de madera– en la cabeza vendía tostadas por la calle.

Continuando con el entorno de la esquina El Águila Real, observamos que por la calle Urdaneta, al lado de la vivienda del matrimonio de don Alejandro Ruiz y doña Josefita Zaldívar de Ruiz, vivía la familia Ceballos; mientras que al lado de los Ceballos, en el ángulo sureste del cruce de las calles Urdaneta y Bolívar, estaba la casa de familia y una tienda de ropa y víveres muy concurrida, de propiedad de los hermanos arichuneros Neftalí y Rodolfo Fuentes. Años más tarde, los hermanos Fuentes se marcharon del lugar y después el comerciante Manuel Oviedo, “don Manuelito”, instalaría su pulpería y quincalla; y allí, junto a su familia, vivió muchos años en esa esquina, siendo conocido ese lugar como la esquina Don Manuelito.

Recordaba William Ruiz la anécdota que le sucedió en la pulpería de Don Manuelito: estando un día deseoso de saborear una catalina, al salir de clases del Grupo Escolar República de Guatemala –entonces funcionaba en la magnífica edificación donde ahora se halla el Vicerrectorado de la Unellez–, se dirigió al negocio de don Manuelito acompañado de un hijo del pulpero, apodado “El Mono”, quien le había informado que en la bodega de su padre vendían unas catalinas recién hechas, sabrosas y grandototas; William se entusiasmó y afanoso se enrumbo al negocio donde lo atendería la esposa del pulpero, quien ese día le hizo dar una pela de su mamá. El asunto era que al llegar al establecimiento miró las apetitosas catalinas e inmediatamente le solicitó a la pulpera que le vendiera una de esas chucherías, conocidas también como paledonia o cuca: “¡Doña, por favor, véndame una cuca sin pelos!”, solicitó, burlón, el muchacho. Por supuesto, la señora, ante el extraño pedido del niño, se enfureció y no le vendió la paledonia, sino que disgustada le advirtió que inmediatamente iría a hablar con doña Josefita para que lo castigara por la falta de respeto. Apresurada, la mujer cerró el negocio y emprendió camino rumbo a la casa de William, donde le informó a la madre que su hijo le había faltado al respeto. Enterada doña Josefita de la travesura del niño, molesta le pidió a Carmen que le trajera el látigo que tenía colgado de la pared: “¡Ya vas a ver muchacho del carrizo cómo Pedro Moreno, quien quita lo malo y pone lo bueno, te va a enseñar a respetar a los mayores!”.

Enseguida la doña la emprendió a latigazos y así fue como doña Josefita le dio a su hijo una soberana cueriza para que agarrara juicio y el día de mañana fuera un hombre de fundamento. Desde ese día, el travieso niño jamás volvió a pedir cucas sin pelos en ninguna pulpería.

Al día siguiente, William le refirió a su amigo “El Mono” lo ocurrido y le expresó que si en la pulpería hubiera estado don Manuelito

y lo hubiera atendido, otra cosa hubiera ocurrido, por cuanto el viejo pulpero, ante su pedido, lo que hubiera hecho era reírse; lo cierto es que “El Mono” regó entre sus compañeros de estudios del Guatemala el comentario de lo ocurrido a su amigo, y los muchachos desde entonces le pegaron la chapa al pobre William, a quien desde entonces lo apodaron “Cuca sin pelos”: “¡Oye, William! ¿Cuándo le vas a comprar cucas sin pelos a don Manuelito?”. Desde ese día, referían los viejos apureños, que por una cuca sin pelos esa esquina se llamó esquina Don Manuelito.

A finales de la década de los años cuarenta, en el ángulo noreste del cruce de las calles Bolívar y Urdaneta, frente a la esquina Don Manuelito, había una bonita casona, de techo de tejas y enormes ventanas de madera, con un amplio corredor y un fastuoso patio interno, anchos portones y en la esquina un botiquincito. En esa bucólica casa vivía con su familia el reconocido cuatrista Jesús Martínez “Paragüito”. Años más tarde, don Alejandro Urbano Taylor adquirió esa vivienda y, al tomar posesión de la ancestral casona, la echó abajo; inmediatamente después hizo cavar una enorme fosa donde enterró un formidable tanque con capacidad para veinte mil litros de gasolina, sobre el cual construiría el edificio de dos plantas al que bautizó edificio Coromoto, donde colgó el llamativo anuncio ovalado de la empresa petrolera Esso, en señal de que allí funcionaba una estación de servicios y expendio de gasolina, conocida como La Bomba Esso, que le dio nombre a la esquina La Bomba Esso.

En una conversación que tuve con Alberto Urbano, él me refería que su madre, doña Elena Acosta de Urbano, a cada rato le pedía a su esposo: “Alejandro, deja ese negocio porque un día de estos nos vamos a chamuscar”... Lo cierto es que la familia Urbano-Acosta vivió muchísimos años allí y jamás ocurrió una tragedia que lamentar y también es cierto que debajo del edificio Coromoto, todavía se halla enterrado el tanque vacío de gasolina, pero no de gases.

Continuando con el *hinterland* de la esquina El Águila Real, se puede decir que en el ángulo noroeste del cruce de las calles Sucre y Urdaneta estaba una vivienda de propiedad del comerciante Juan Molleja, quien la habitaba con su familia y donde había instalado una modesta pulpería que exhibía el ostentoso anuncio El Sol de América, que le dio nombre a esa esquina. En su negocito, Molleja vendía queso, azúcar, cuartas de tabaco en rama, frijoles bayos y colorados, panelas de dulce, cigarrillos, heladitos, galletas, catalinas, chancletas, majaretes y otras chucherías.

Fue en el cruce de las calles Sucre y Urdaneta, en la confluencia de cuatro bocacalles o cuatro ángulos rectos, donde hicieron vida cuatro populares esquinas del barrio El Mamón, siendo conocidas como: esquina El Águila Real –ángulo suroeste del cruce de las calles Sucre y Urdaneta–, esquina Congorocho –ángulo noreste del cruce de las calles Sucre y Urdaneta–, esquina La Pesita –ángulo sureste del cruce de las calles Sucre y Urdaneta–, y esquina El Sol de América –ángulo noroeste del cruce de las calles Sucre y Urdaneta.

Fuentes:

1. Orales:

Gamboa, Saúl.

Molleja, Gerardo.

Ruiz Saldívar, William.

2. Hemerográficas:

Laprea Sifontes, Pedro. “Esquina El Águila Real”. En: *El Llanero*, año v, San Fernando, 21-02-1981, n.º 284.

3. Bibliográficas:

Castillo Serrano, Franco. *El último violín*, pp. 287.

Decanio, Edgar. (2005). *Repuntes II*, “El San Fernando de ayer”, Conac/Fundación Cultural Ítalo Decanio D’Amico, Caracas: Editorial Lithobinder, pp. 349.

8

Verdún

Verdún es el nombre de otra popular esquina que se halla en el ángulo sureste de la intersección de las calles Páez y 24 de Julio, del desaparecido barrio Perro Seco, de San Fernando. Inicialmente, fue un botiquincito de mala muerte que llegó a ser una emblemática pulpería del pueblo.

Debido a una famosa batalla acaecida en la ciudad francesa de Verdún en el año 1916¹³, entre franceses y alemanes, en el marco de

-
- 13 La batalla de Verdún fue un hecho bélico donde el mariscal francés Philippe Pétain derrotó al poderoso Ejército alemán y se inmortalizó con una Francia liberada, resaltando los valores de libertad, igualdad y fraternidad; salvaguardando los derechos del hombre libre. Lamentablemente, años más tarde, en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), el otrora héroe francés, Pétain, echaría sus méritos al degredo, pues ante la *blitzkrieg* –guerra relámpago–, caracterizada por el avasallante avance de los poderosos tanques alemanes Panzer –Pantera– y Tiger –Tigre–, apoyados por los modernos cazabombarderos Stukas, derrotarían en cuestión de días la maquinaria bélica francesa y el líder nazi, Hitler, obligaría a los vencidos franceses a firmar un humillante armisticio en el mismo vagón donde, veintidós años antes, los alemanes habían firmado la humillante derrota de la Primera Guerra Mundial. En el año 1940, la derrotada Francia quedó dividida en dos mitades: el norte, con la capital París, gobernada por los alemanes; y el sur, hasta el mar Mediterráneo, administrado en la ciudad de Vichy por el mariscal Phillipe Pétain, convertido ahora en connotado colaboracionista nazi; cayendo así el mito del otrora héroe de Verdún. Esta batalla fue librada entre los ejércitos alemán y francés en el lapso del 21 de febrero al 18 de diciembre del año 1916, siendo una de las mayores y más largas de

la Primera Guerra Mundial, la noticia recorrió el mundo entero y de manera especial se enraizó en San Fernando, un olvidado pueblo llanero de un país atrasado, como la Venezuela de principios del siglo xx, donde el 80 % de la población vivía en el campo a expensas de las actividades agropecuarias y un escaso 20 % en las ciudades. Entonces, el país era azotado por el flagelo del paludismo y el analfabetismo y, de ñapa, gobernado por la mano férrea del dictador Juan Vicente Gómez; de pronto, un parroquiano apureño, apodado “El Catire” Cardoza, posiblemente influido por los artículos de prensa y por los comentarios que de ese conflicto referían algunos de sus clientes, tomó el nombre Verdún para identificar su visitado negocito.

Un buen día, sin pensarlo más, el cantinero se armó de una brocha y una totuma repleta de pintura; y entusiasmado, él mismo se fajó a pintar la vivienda de un verde aceitunado, donde resaltaban en letras azules, adornadas de ribetes rojos, el nombre Verdún. Así fue como de la noche a la mañana, la ciudad amaneció engalanada con el vistoso nombre de lo que sería uno de los puntos más alegres y concurridos, como fue la esquina Verdún; allí acudían las coristas de oficio en busca de un amor pasajero, los parroquianos, los eternos trapicheros; los eventuales visitantes foráneos, como los arrieros; y, sobre todo, los marineros –llamados coloquialmente

las operaciones bélicas de la Primera Guerra Mundial. Tuvo lugar en las colinas situadas al norte de la ciudad de Verdún, en el noreste de Francia. Duró 303 días, la más larga –diez meses– y una de las más costosas de la historia humana. Por cierto, en el año 2000, los historiadores Hannes Heer y K. Naumann calcularon el número de víctimas en 378.000 bajas francesas y 337.000 alemanas, un total de 715.000 fallecidos, con un promedio de 70.000 víctimas mensuales. En el año 2014, el investigador William Philpott destacó que la cifra de fallecidos entre ambos bandos, en Verdún, alcanzó a 976.000 y 1.250.000 heridos. Lo que se infiere de esta batalla es que nunca una guerra ha sido buena y nunca una paz ha sido mala. Se dice que en cualquier guerra, por cada soldado que cae en el frente de batalla perecen cuatro civiles.

“vaporeños”–, que se acercaban al pecaminoso lugar como las abejas al panal. Cardoza, además de ofertar en ese tugurio sus preparados a base de ponsigué, guásimo, berro, tragos de ron, aguardiente, anís, guarapita y hasta leche’e burra, ofrecía una que otra comida; asimismo en el pecaminoso lugar se jugaba dominó, “Ajiley”, “Treinta y uno”, “Monte”, “Caída”, y hasta la viejaza “Carga la burra” y, por supuesto, el “Dado corrío”.

Por cierto, no faltaba noche en que el “Topo a todo” y el “Pinto” se dejaban escuchar. Tampoco faltaban los pleitos propios de los juegos de envite y azar, hasta que un aciago día ocurrió una tragedia. Fue en una tirada de dados, según refiere Laprea Sifontes, que un reconocido jugador, apodado “Clementico”, no quedó satisfecho con el triunfo de su contrincante, un oficial de policía de apellido Ceballos a quien el enfurecido perdedor lo invitó a dirimir las diferencias en las afueras del local. El oficial, sabedor de la fama de Clementico con el revólver, no quiso salir a la calle; ante la negativa del policía, el tahúr sacó su arma y lo acribilló a balazos, dejándolo tendido y exánime en el sitio. Desde entonces una sombra de tragedia cubrió el lugar, por lo que las autoridades decidieron prohibir las apuestas en el bar Verdún. Pasado un tiempo, el local reabrió sus puertas; en ese relanzamiento Verdún se hizo más popular por cuanto, todas las noches, los cantores acompañados de los músicos armaban sus parrandos secundados con arpa, cuatro y maracas, adonde, entusiasmadas, acudían las cortesanas de oficio. Asistían los parroquianos del pueblo y de lugares colindantes, pero más entusiasmo había y, por supuesto, más escándalos o sampableras se armaban cuando en el invierno a los puertos El Cañito, Puerto Barbarito o Puerto Barbaritero, Puerto Ligerón, El Tamarindo y El Guasimito, arribaban los vaporeños –marineros– o tripulaciones de los vapores impulsados a caldera y leña; eran unas bonitas naves movidas por chapaletas; entonces, desde lejos, en El Cañito se observaban ancladas varias de

esas naves esperando turno para descargar las mercancías y, sobre todo, los terrones de sal embolsados en sacos de fique.

En esa espera, los marineros bajaban al pueblo y derecho se dirigían a los botiquines como Botellofont –esquina noroeste del cruce de las calles Muñoz y 24 de Julio–, El Pegón –esquina sureste del cruce de las calles Coto Paúl y Sucre–, El Águila Real –esquina suroeste del cruce de las calles Urdaneta y Sucre– y, por supuesto, remataban la parranda en Verdún. Así, era frecuente escuchar entre los parroquianos: “¡Esta noche hay pleito en Botellofont y Verdún, pues ya los vaporeños andan por la calle! ¡Ya el Morocho se fajó con el primero en el bar El Regional, de Dámaso Vielma! –ubicado en el puerto El Tamarindo, donde ahora se halla la sede del Inces.

Fue a mediados de la década de los años cuarenta del siglo xx cuando se instaló, en la antes pecaminosa esquina Verdún, un pulpero conocido como el “Teniente” Pérez Prieto, quien anteriormente había tenido un puesto en el mercado libre o municipal, que entonces funcionaba en un pasaje techado que conectaba a las calles 19 de Abril con Comercio, entre las calles El Encuentro –antigua calle La Puerta– y Miranda. A ambos lados de ese pasadizo se hallaban situados los puestos de carne, pescado, cerdo, verduras, salones de chigüire, granos, quesos, casabe, tabaco en rama, entre otros rubros; y por el centro se desplazaban cómodamente los clientes. Ese mercado se hallaba ubicado donde hace algunos años existía la tienda Pepeganga, en la calle Comercio, precisamente al lado de donde ahora funciona el CDI de la calle 19 de Abril –anteriormente estuvo en ese CDI el depósito de sal en grano, conocido como La Salina y después el garaje municipal.

El bonachón pulpero Pérez Prieto se residenció en la casona de Verdún con su familia –integrada por su esposa, doña María Peralta de Pérez, y su hijo, Teodoro Pérez Peralta– y en la esquina ubicó su pulpería, atestada de víveres y verduras, adonde diariamente

acudían los muchachos de mandado, los parroquianos a adquirir sus vituallas y los sempiternos mamadores de gallo. El “Teniente” Pérez Prieto convirtió al antiguo botiquincito y lugar *non santo* en pulpería y en casa de familia, de la cual destacó su hijo Teodoro Pérez Peralta, “Teodorito”, quien fuera un aplicado estudiante del Liceo Lazo Martí –ubicado entonces en una casona situada en el ángulo noreste del cruce de las calles Bolívar y Rafael Arévalo González-. En esa institución, Teodorito compartía sus estudios con Manuel Bermúdez, Freddy Melo, Pedro Elías Hernández, José Vicente Abreu, Arnoldo Arana Páez y Rafael Rodríguez “Azorín de los llanos”.

Años más tarde, Teodorito culminaría sus estudios superiores en la Universidad Central de Venezuela y se uniría al grupo de intelectuales integrados por Juan Nuño, Carlos Noguera y Juan Calzadilla, quienes publicaban sus ensayos en la reconocida revista *NHAA*. Por cierto, de Teodorito, su círculo de compañeros de estudios en San Fernando comentaban que el joven liceísta, después de leer un periódico, lo desmembraba y colocaba en los bancos de las plazas o en cualquier otro lugar público de la ciudad las páginas que él consideraba que tenían un valioso contenido; esto lo hacía el joven liceísta con la finalidad que el pueblo se cultivara. Años después de graduado en la universidad y publicar algunas de sus obras, se fue a vivir a la isla de Margarita, donde continuó desarrollando su actividad cultural y donde falleció hace algunos años.

Fue el “Teniente” Pérez Prieto quien consolidó el nombre de la esquina Verdún, por cuanto respetó la memoria del “Catire” Cardoza, al bautizar su negocito de víveres Verdún. Así fue como un pulpero perpetuó un emblemático lugar de encuentro de San Fernando, conocido como esquina Verdún; tanto respetaba el viejo Pérez Prieto ese nombre, que cada año, en el mes de diciembre, se fajaba a pintar la vivienda con el mismo color verde aceituna –tal vez considerando que la palabra Verdún tiene que ver con el fresco verde

de nuestros bosques–, mientras que la palabra Verdún la pintaba de azul, engalanada con ribetes rojos, tal como lo hizo el “Catire” Cardoza en el año 1916.

El “Teniente” Pérez Prieto había sido un oficial gomero, de esos “oficiales” llamados “chopo’e piedra”, sin estudios académicos, como era la oficialidad de nuestro ejército de principios del siglo xx en Venezuela. Él era un llanero bonachón, robusto, de mediana estatura, de piel blanca, de pelo canoso cortado casi al rape, con el chiste a flor de labios, generoso; era uno de esos pulperos que todavía daban ñapa: para tal fin, el ducho comerciante colocaba en el mostrador un azafate de madera, hecho de manera artesanal, repleto de cambures; y cuando los muchachos le pedían la ñapa, les espetaba en su simpático lenguaje: “¡Mete la mano, carajito, y llévate lo que agarres! ¡Y de una vez te me vas pal carajo!”.

A continuación, la concurrencia soltaba las risotadas. Hoy ya no está el “Teniente” Pérez Prieto trajinando, afanoso, detrás del mostrador de madera; luciendo, orgulloso, su holgada bata blanca, repartiendo sus ñapas y sus chistes colorados; mucho menos, la vivienda que le diera identidad a uno de los más emblemáticos lugares de San Fernando: la esquina Verdún.

El *hinterland* de Verdún estaba representado por muchos negocios como la pulpería La Chinera, frente a Verdún –ángulo noreste del cruce de las calles Páez y 24 de Julio, donde hace algunos años estuvo la sede del Banco Industrial de Venezuela–, de propiedad de un popular personaje apodado el “Mocho Veloz”, cuyo dependiente era apodado el “Gordo” Castillo. Viejos sanfernandinos informan que el nombre La Chinera obedecía a que anteriormente, en esa casa, habían vivido varios ciudadanos chinos, dedicados al viejo oficio de lavado y planchado de ropa.

En el ángulo noroeste del cruce de las calles Páez y 24 de Julio –diagonal a Verdún–, se hallaba la panadería del comerciante Carlos

Luque, quien elaboraba un pan dulce muy solicitado, conocido como “pan colombiano”. Por cierto, hoy esa esquina podría nombrarse esquina El Pan o esquina El Pan Colombiano. Frente a Verdún, en el ángulo suroeste del cruce de las calles Páez y 24 de Julio, se hallaba una gallera bautizada La Canoa, de propiedad del comerciante Pedro Arrayago, porque en los meses de invierno allí atracaban los bongos, las curiaras y las canoas que, movidas a palanca o canaleta, echaban travesías navegando por la inundada sabana, procedentes de hatos, fundos, caseríos y poblaciones aledañas, que atracaban en las esquinas Verdún o La Canoa, adonde acudían a ofertar sus productos. En las sabanas, en los meses de lluvia, los ríos se desbordaban en su impetuoso avance rumbo al río padre.

Arrayago no desperdició ese fenómeno natural para bautizar su negocio gallera La Canoa, que por extensión le dio nombre a la popular y concurrida esquina La Canoa, en la que al lado se hallaba un visitado negocito dedicado a la venta de carne de cerdo, propiedad del señor Felipe Herrera, quien todos los días beneficiaba cochinos y, por lo tanto, no faltaba el chicharrón, los huesos, la carne de cerdo y las grasosas pero apetitosas chorizas. Por cierto, acotaba Pedro Laprea que una libra de chicharrón se vendía a un real; una libra de carne de cochino sin huesos costaba medio real y la libra de huesito con carne, tres centavos. Allí siempre, cual avispero, se veía a muchas personas comprando y, pese a los bajos precios, tenían el tupé de pedir su ñapa; y Herrera, muerto'e la risa, les respondía: “Metan la mano en la batea del chicharrón y agarren”.

A principios de la década de los años cincuenta el comerciante Ernesto Carreño instaló en La Canoa una pulpería, que después de muchos años cesó en el giro de sus operaciones. Posteriormente, se estableció una licorería, hasta que, finalmente, la casona fue echada abajo para construir un edificio de tres pisos donde funciona una moderna óptica.

Siguiendo, desde la esquina Verdún por la calle Páez, hacia el este, rumbo a la esquina La Mano Abierta —ángulo sureste del cruce de las Calles Páez y Miranda—, se hallaba a media cuadra el alambique de don Arturo León Madrid, un viejo trujillano, cascarrias y fabricante de aguardiente, quien al observar a un liniero de Cadafe encaramado sobre una escalera recostada del poste, frente a su negocio, seguramente con intenciones de cortarle la luz, inmediatamente el viejo salía armado de un enorme y pesado Colt 38 y, con cara de pocos amigos, el viejo apuntaba al infeliz funcionario a quien le preguntaba:

—¡Epa, ¿qué hace encaramado en esa escalera! ¿Acaso pretende dejarme sin luz?

—No, don Arturo, lo que estoy es ajustando los cables para que ni por una brisita usted se vaya a quedar a oscuras.

—¡Bueno, está bien! Si ya apretó los cables y no hay brisita que los tumben, ¡bájese de ahí y de una vez se va pal carajo!

—Sí, don Arturo, como usted mande..

Rapidito, el pobre hombre se bajó y echándose la pesada escalera al hombro, apuradito, cogió las de Villadiego por las soleadas calles del pueblo. Desde entonces, no había liniero en Cadafe que osara cortarle la luz a don Arturo León Madrid.

Por la misma acera de Verdún, por la calle Páez, en sentido este, se hallaba el bar El Tutey, de propiedad del señor Héctor Ruiz, donde funcionaba un juego de bolón, con tres bolos numerados. También había, en ese patio de El Tutey, una cancha de bolas muy concurrida, donde algunas veces los propietarios de circos itinerantes arrendaban el espacio para instalarse temporalmente con sus llamativas carpas, sus payasos, sus magos, sus hermosas trapevistas, sus enanos, y algún arriesgado domador, metido con sus fieros leones en una reja metálica. Más adelante, por esa misma acera, en dirección al este,

en el ángulo sureste del cruce de las calles Páez y Miranda, estaba la panificadora del señor Víctor Fernández.

La Esquina Verdún fue un testimonio vivo de las actividades económicas y sociales de la ciudad de San Fernando, por cuanto desde el año 1916 hasta mediados del siglo xx fue un patrimonio cultural intangible de San Fernando, como fueron también otras desaparecidas pulperías y sus simpáticos pulperos como el “Teniente” Cordero, con su pulpería El Chimborazo, en la esquina epónima; Rafael Requena, con Las Gradillas, en el ángulo suroeste del cruce de las calles Sucre y Ricaurte; y, por supuesto, el “Teniente” Pérez Prieto con su popular Verdún, donde ahora se halla un edificio de dos niveles en el que funciona un restaurante nombrado El Buen Gusto.

La Sánchez Olivo

En el ángulo noreste de la intersección de las calles Sucre y Girardot, del barrio Jobalito, un céntrico sector de San Fernando, se halla una regia casona conocida como La Sánchez Olivo, que representa un trozo de historia regional, pues le dio nombre a un popular y concurrido punto de encuentro de los sanfernandinos, conocido como esquina La Sánchez Olivo.

Es una ancestral vivienda llanera que, terca, se resiste al progreso demoledor. Fue erigida por su propietario, don Teodoro Sánchez Olivo, a principios de la centuria pasada y representa la típica casona llanera de anchurosas paredes de adobe, techo de enmohecidas tejas, de anchas ventanas, elegante zaguán de portón y anteportón de madera, encima del cual resalta una bonita viñeta del Corazón de Jesús que, muy generoso, bendice y da la bienvenida al extenuado y sudoroso visitante. Y, por si acaso, debajo de esa santa imagen destacan las prometedoras y protectoras cruz de palma bendita y la penca de sábila, unidas con un hilo rojo; y, de ñapa, una herrumbrosa y milagrosa herradura.

Al cruzar el umbral del anteportón, el visitante se encuentra con un bonito, fresco y perfumado jardín, donde la afanosa propietaria cultivaba plantas ornamentales y medicinales, que brindaban esperanzas a la nerviosa madre que, desesperada, acudía a La Sánchez Olivo en demanda de unas ramitas de brusca, yerbabuena, fregosa, orégano orejón, malojillo, sábila, epazote o cualquier otra rama que

le devolviera la salud a sus niños. La fachada exhibe un bonito y ancho alero que protege al sudoroso, extenuado y apurado peatón, del radiante sol llanero o de las fuertes y pesadas gotas de agua características de los recios chubascos.

Esta regia casona representa el poquito patrimonio histórico-cultural edificado que, a duras penas, aún le queda a la ciudad; se caracteriza por poseer un ancho portón principal que, durante las horas del día, se mantiene abierto de par en par, quizás queriendo darle la cordial bienvenida al transeúnte. Al pie del mismo se halla, sosteniéndolo, un pavoso pero bonito caracol con su característico y grato rumor a olas de mar. Igualmente, un ancho zaguán de lustroso piso de cemento, que conduce a un bellísimo anteportón de fina romanilla, donde se halla un pequeño postigo, a través del cual sus moradores examinan cuidadosamente al visitante; y dos hermosas, anchas y altas ventanas que miran hacia la calle Girardot y engalanan la casona, como aretes a la joven casadera, junto a las cuales los trasnochados enamorados de la época se fajaban a cantarles cursis serenatas a las muchachas.

En la esquina, propiamente dicha, La Sánchez Olivo exhibe dos altos y amplios portones —uno que mira hacia la calle Girardot y otro a la Sucre—, donde don Teodoro un buen día estableció lo que sería un próspero negocio de expendio de medicinas veterinarias, alimentos para el ganado y para las aves de corral; asimismo insumos para el agricultor y el ganadero, siendo conocida como La Casa del Ganadero.

Del *hinterland* de esta casona, se puede decir que poseía una posición y situación geográfica ideal, por cuanto en la década de los años sesenta tenía al frente la heladería La Bella —esquina La Bella—, un concurrido cafetín atendido por su propietario, un portugués casado con una hermana del chofer de plaza Kafifa. Por cierto, el lusitano se destacaba como lunchero, porque preparaba unos

exquisitos sánduches de pan cuadrado, enormes como la torre de Pizza, que traían ruedas de cebolla, de tomate manzano, jamón de pierna, tiras de queso amarillo, verdes y frescas hojas de lechuga y, para rematar, aderezados con una pizca de sal, algo de mayonesa, el dulce del cátsup que contrastaba con el ácido de la amarilla y provocadora mostaza y, finalmente, los calentaba en una enorme tostadora que los dejaba tostaditos y les daba un atractivo color dorado que hacía las delicias de los comensales. Para completar aquella sabrosa torre de sabores, el musiu la bautizó Club House.

Por supuesto, en la heladería La Bella también se hallaban unas máquinas expendedoras de botellas de gaseosa, otra que expendía cajas de cigarrillos y una hermosa y ruidosa rocola, con las que los muchachos de la Escuela Federal Codazzi se divertían hasta más no poder –en esa época, ese colegio era dirigido por el maestro Jesús Rafael Mayora Obregón, acompañado de las maestras Emma Prado, Pablo Aniceto Camejo y Miguelina Morillo, entre muchos otros avezados docentes-. Esa escuela estaba ubicada en otra hermosa casona de paredes de adobe, techo de tejas y ventanas de balaustres de madera, frente a las casas de las familias Hurtado y Silva, y al lado de La Sánchez Olivo –exactamente donde ahora se halla la Unefa–, es decir, en el ángulo sureste de la intersección de las calles Bolívar y Girardot.

Me cuentan viejos y viejas sanfernandinas, que en la rocola de La Bella a cada rato se escuchaban las canciones del joven Leo Dan con su pegajosa balada “Cómo te extraño, mi amor”; el entonces debutante en el canto, el joven puertorriqueño Chucho Avellanet con el éxito de Ray Charles, “Jamás te olvidaré”; el charro Javier Solís con sus rocoleros temas “El loco”, “Cataclismo”, “Sombras” y “Cuatro cirios”; tampoco faltaban los de Pedro Infante con “Carta a Eufemia”, “La calandria”, “Cien años” y “Deja que salga la luna”; o los de Alfredo Sadel, “Di” y el bolero “Desesperanza”; o los del joven

Néstor Zavarce con “El pájaro choguí”, “Tarde gris” y “Vivian”; o Estelita del llano con “Tú sabes” –no sé qué quería decir Estelita, qué cosa es la que sabe el tercío que la enamoró–; o Rosa Virginia Chacín con el tema “Cuando no sé de ti” y, por supuesto, no podía faltar el pasaje “Cajón de Arauca apureño”, interpretado por el recio tenor coplero, el guariqueño Ángel Custodio Loyola y letra del poeta apureño Julio César Sánchez Olivo –hermano menor de don Teodoro.

Mientras el comensal en La Bella escuchaba esas pegajosas canciones, degustaba unas espumosas y sabrosas bebidas achocolatadas –el popular Toddy y la más sabrosa aún, la Ovomaltina–; también se detenían los parroquianos a degustar los sabrosos café express –colados en las recién llegadas máquinas italianas marca Gaggia– en sus modalidades negrito, corto, con leche, marrón y el sabroso guayoyo. Pero lo que más atraía la atención de los sanfernandinos eran unas deliciosas y enormes barquillas de chocolate o mantecado, que constituían la atracción de jóvenes y viejos. Entonces, a finales de la década de los años cincuenta y principios de los sesenta, la heladería La Bella era el más concurrido punto de encuentro y de la gozadera en San Fernando.

Continuando con el entorno de la Sánchez Olivo, cabe destacar que en el ángulo sureste de la intersección de las calles Sucre y Girardot todavía está en pie la casa donde, en el año 1910, nació la maestra sanfernandina doña Pico Lis, quien fuera la madre del músico –guitarrista–, cantante, poeta y compositor Reinaldo Fernández; y donde muchos años más tarde, a finales de la década de los años sesenta, se instalaría un supermercado conocido como abastos España, que en esos tiempos tenía el innovador reparto a domicilio, empleando a un muchacho en bicicleta que se encargaba de llevarlo. Por cierto, el pedido se hacía mediante un papelito o

una llamada telefónica; así que ahora no me vengan a decir que esa viejaza actividad es de ahora.

Don Teodoro Sánchez Olivo nació y se crio en San Fernando en el año 1901, donde estudió las primeras letras. Su padre se llamaba Teodoro Sánchez Osto, quien por los lados de El Yagual tenía el hato Chaparralito; asimismo era primo hermano del abogado e historiadador José Manuel Sánchez Osto. Don Teodoro era hermano mayor del poeta Julio César Sánchez Olivo –Guachara, 1909–, quien fue alumno del reconocido docente venezolano Miguel Ángel Granados, también diputado al Congreso Nacional y constituyente de la Constitución del año 1961, cronista de Apure, poeta; locutor de la Voz Apure, donde mantuvo durante muchos años un programa cultural bautizado *Apure de hoy, de ayer y de siempre*; autor de los libros *Bongos y canoas* y *Por los rumbos del recuerdo*, donde se halla el célebre poema “Cajón de Arauca apureño”, al que un músico llanero le compuso una hermosa melodía en tiempo de pasaje, en la voz del coplero Ángel Custodio Loyola, siendo acompañado por el recién creado conjunto de música típica llanera Los Torrealberos y, grabado por la disquera Banco Largo, se convirtió en un éxito que se escuchaba en todos los hogares y rocolas del país.

Don Teodoro Sánchez Olivo siempre estuvo vinculado a las faenas del campo, por lo que en la vía San Fernando-Achaguas poseía un bonito y próspero fundo conocido como Los Valentones, donde tenía unos “bichitos”. Se casó en dos ocasiones, uniones con las que procreó varios hijos, entre quienes destacaban Marina; Evencio, “El Negro”, quien era un avezado perito agropecuario; Leandro Alonso; Teodoro y Antonio José. Cuando don Teodoro enviudó se casó en segundas nupcias con la señora Corina Maldonado, procreando en esa unión una hembra llamada Bolivia, quien actualmente vive en la regia casona. Cuando él falleció, su viuda heredó la hermosa vivienda, quien, cual experta y preocupada “curadora”, mantiene en

excelentes condiciones este valioso patrimonio histórico-cultural del estado Apure, como es la bonita casona La Sánchez Olivo.

Como avezado llanero, don Teodoro trabajó en el Ministerio de Agricultura y Cría como fiscal de llano; es decir, era el funcionario que fiscalizaba el control de bienes agrícolas, como control de hierros y movilización del ganado; me refiero a la movilización de rebaños, bien fuese para la venta o durante el invierno, cuando autorizaba su traslado a tierras más altas para protegerlos de los rigores de las severas crecientes; luego, en el verano, autorizaba su retorno a sus anhelados esteros —sabrosos y verdes humedales.

Recuerdo que hace pocos días me topé, casualmente, en la esquina Sánchez Olivo, con el guariqueño Ibrahim Pérez —nacido hace sesenta y cuatro años en la población de Camachero, estado Guárico, y quien durante muchos años se ha desempeñado como cobrador a domicilio de la cablera Intercable—; serían las 12 m. de un día de trabajo cualquiera. El ancho alero de la añeja vivienda nos protegía del radiante sol del mediodía. El hombre, al verme tomándole fotografías a la casona, inmediatamente se me acercó y sin ton ni son me preguntó:

—¿Hugo, pa'qué carrizo son esas fotos.

Con los dientes bien pelaos, muerto'e la risa, le contesté:

—Mira, Ibrahim, estas viñetas...

—¿Vi... qué...?

—¡Viñetas... valezón.

—¿Y qué cosa es esa?

—¡Guá, valecito; esas cosas, como tú las llamas, son fotografías!

—¡Ah, ahora sí entiendo...!

Ahí, el tercio largó la bonachona carcajada y, al verlo muerto'e la risa, le pregunté si él sabía algo de esa casona y de sus moradores. Enseguida se despepitó a hablarme de don Teodoro, de su familia, de su negocio y de la casona. Escuchando hablar a ese casual y

oportuno informante, me dije para mis adentros: “Gracias, mi Dios, por mandarme a este particular informante”.

Sin pensarlo dos veces, enseguida pelé por mi desteñida y ajada libreta de apuntes y le rogué que me echara el cuento desde los cachos hasta el rabo. Imparable, el hombre se despepitó a contarme que él recordaba que de niño venía desde Camachero, acompañando a su padre a comprar el purgante Peruano, efectivo para combatir los parásitos en cochinos y reses; me contó que su padre también compraba el famoso cuajo Peruano, con el que elaboraba el queso blanco llanero de cincho, y que ese queso de su padre era tan solicitado, que muchos sanfernandinos se echaban el viaje hasta el fundo del viejo quesero, únicamente para comprar la deliciosa exquisitez.

Mi informante me contó que don Teodoro era muy amable, respetuoso, y que en ese negocio había un largo mostrador; que don Teodoro siempre mantenía su negocio muy limpio y, de ñapa, diariamente lo rociaba con gotas de querosén. Eso dizque lo hacía para atraer a los clientes.

Don Teodoro vendía productos veterinarios desde el año 1938 y, precisamente, fue ese año cuando en la población de El Yagual él y su hermano Julio César, junto con ocho criadores más, fundaron la Asociación de Pequeños Criadores del Estado Apure, que vino a ser la antecesora de la actual Asociación de Ganaderos del Estado Apure. Por supuesto, ese hecho lo motivó a fundar en La Sánchez Olivo su negocio La Casa del Ganadero, donde vendía con bastante éxito el reconocido purgante Peruano, cuya presentación era similar a los actuales saquitos de cal de ocho kilogramos; asimismo un solicitado cuajo líquido y otro en pastillas; ambas presentaciones eran efectivas para elaborar un sabroso queso blanco de cincho. Antiguamente, los queseros utilizaban el cuajo natural derivado del propio ganado, que conservaban en una tapara a la que nombraban “cuajero”.

La Sánchez Olivo es un icono del paisaje urbano del llano venezolano; es una de aquellas hermosas e irrepetibles viviendas llaneras de principios del siglo xx, que dan fiel testimonio de las actividades sociales, culturales y económicas del pueblo llanero.

Fuentes testimoniales:

Pérez, Ibrahim. Natural de Camachero, estado Guárico; de sesenta y cuatro años de edad y cobrador de la cablera Intercable.

10 El Casino

Fue una popular y concurrida pulpería, ubicada en el ángulo suroeste de la intersección de las calles Bolívar y Coto Paúl, casa número 16, del barrio El Mamón –actual sector Centro Valle–, que desde principios de la década de los años treinta de la centuria pasada le dio nombre a la esquina El Casino. Era una bonita casa con techo a dos aguas, de teja de zinc galvanizado, paredes de bahareque y tres portones de madera, de propiedad de don Pedro Gamboa; una de las tantas casas de vecindad que había en la ciudad y, como todas esas edificaciones, estaba constituida por varias habitaciones ocupadas por gente humilde, que pagaba un canon de arrendamiento de 20 bolívares mensuales. Su propietario era un precavido casero que, para evitar conflictos futuros, cobraba el alquiler diariamente; y cuando sus amigos le pegaban una chapa o mamadera de gallo por esa peculiar modalidad de cobrar la renta diariamente, muy sonriente les respondía: “Es para evitar que, transcurrido un mes, se me vayan a ir con la cabuya en la pata.

Tal vez, cansado de esas bromas o porque algunos arrendatarios se le habían ido con la cabuya en la pata, un buen día decidió modificar la vivienda para destinarla a usos comerciales. En ese sentido, se la alquiló a un pulpero venido del estado Bolívar, llamado Rafael Martínez, el “Tuerto Rafael”, quien un día se instaló con su negocito bautizado pulpería El Casino. Por cierto, según refería el periodista y corresponsal del diario *El Nacional* en San Fernando,

Pedro Laprea Sifontes, la persona que bautizó a esa esquina El Casino fue ese abacero guayanés:

Un día un pulpero llamado Rafael Martínez, a quien cariñosamente lo apodaban el “Tuerto Rafael”, se instaló en esa esquina con una ratonera, pintó la casa con cal y zócalo azul –asbestina– y como en esa época estaba de moda un cigarrillo marca Casino de la Playa, colocó un letrero sobre una tablita de madera donde se leía: “Esquina El Casino, mayor de víveres y licores”, que el “Tuerto Rafael” vendía no al mayor sino al menudeo.¹⁴

Como casi todos los pulperos de principios del siglo xx, además de tendero, el “Tuerto Rafael” preparaba tragos de licor a base de aguardiente con ponsigué, berro, guásimo, o de raíces, que vendía a medio real el palo. Transcurridos unos años, trajo de Ciudad Bolívar a su hermano, quien de unas tablas viejas elaboró una cava, en la que conservaba dos barretas que compraba en la fábrica de hielo situada en el puerto El Guasimito, con las que preparaba unos sabrosos “comodoros” –conocidos en otras latitudes como raspados, cepillados y *snow ball*–; por cierto, él aquí quiso bautizarlos con el sofisticado nombre guayanés *snow ball* –bola de nieve–, pero ya en el San Fernando de principios del siglo xx los muchachos los habían denominado “comodoro”.

Un buen día, el “Tuerto Rafael” le compró unos gallos de raza al gallero Pedro Arrayago, quien tenía una gallera conocida como La Canoa, frente a la pulpería Verdún; al enzararlos con gallos de su propia cría, formó su cuerda de gallos. Así, con sus bien cuidados y entrenados animalitos, cada domingo el tercio se iba a la gallera situada en el puerto Mi Cabaña, donde se le veía acompañado de algunos muchachos del barrio cargándole sus gallos. Por cierto, para evitar inconvenientes con la autoridad del local, por ser menores de edad, el “Tuerto Rafael” los vestía con sus pantalones para que con esa estrafalaria vestimenta aparentaran haber alcanzado la mayoría de

14 Pedro Laprea Sifontes. *El Llanero*, número 283, p. 6.

edad y pudieran hacer de las suyas en el pecaminoso lugar. Entonces, a principios del siglo xx, Venezuela se caracterizaba por ser una sociedad mojigata en la que los zagaletones vestían pantalones cortos hasta los quince años y, al cumplir esa edad, se los iban alargando por etapas: en la primera fase del proceso se los prolongaban hasta un poco más abajo de la rodilla y, al cumplir los dieciocho años, se los alargaban hasta los tobillos; señal de que el muchacho ya era un hombre hecho y derecho, un hombre de juicio o un hombre de fundamento. En el caso del “Tuerto Rafael”, este, al vestir a los niños con sus calzones, se los alargaba de un solo envión; eso lo hacía el bellaco pulpero para que los muchachos por vestir pantalón largo aparentaran ser mayores de edad.

Un aciago día, transcurrían las horas y el “Tuerto Rafael” nada que abría la pulpería, mientras que afuera los angustiados vecinos y los muchachos de mandado se desesperaban porque desde muy temprano los tenía acostumbrados a compensarlos por sus compras, con la ñapa, ya fuera en bonos o con el clásico “perro y gato” –panela dulce y queso–. Harto de que los alarmados vecinos le tocaran insistentemente los portones del negocio, al fin abrió las puertas y los asiduos clientes se percataron de que, lamentablemente, el hombre se había enfermado de los nervios y hubo necesidad de internarlo en el sanatorio antituberculoso que funcionaba en la calle La Miel.

Él decía que era “un daño” que le habían echado en la esquina El Casino. Más tarde el local fue arrendado a otros pulperos como don Gañan, un viejo guate de baja estatura, pero alto en bellaquerías; después lo ocuparía el “Catire” Antonio Pereira –también aficionado a la cría de gallos– y su mujer Rufina Hidalgo, quien al separarse de él se instalaría con un barcito en una casona de paredes de bahareque y techo de zinc, situada en el ángulo noreste de puerto Arturo, en el cruce de las calles Bolívar y Santa Ana, en la que una vieja rocola consolaba el desamor de los afligidos enguayabados. Después que

el “Catire” Pereira se marchó de la esquina El Casino, la acogedora casa de dos aguas sería ocupada por otro pulpero llamado Salvador Rodríguez y su familia, constituida por sus dos hijas: la mayor, Marlene; y la menor, Salvadora, una adolescente flaquita, muy parecida a la madre, de nombre Raimunda –una señora alta como una palmera y flaquita como una vela de a cuartillo-. Salvador era un tercio alto, de tez morena, taciturno y de aspecto aindiado. Allí estuvo el pulpero varios años al frente de su negocito, hasta que un día recogió sus macundales y se mudó a la esquina Mi Tesoro, situada en el ángulo suroeste del cruce de las calles Muñoz y Santa Ana, donde permaneció muchos años al frente de su pulpería.

Finalmente, en la esquina El Casino se instalaría otro pulpero con su familia: un guate de apellido Espósito y su esposa, la señora Rosa Benavides de Espósito, quienes junto con sus hijos Edda, Nancy, Iván y Gilberto, vivirían muchos años en el popular y concurrido lugar. Más tarde, la vieja casa de El Casino fue desocupada y, finalmente, echada abajo junto con sus historias, sus recuerdos, sus gallos de raza, sus anécdotas; y, en su lugar, el sanfernandino José Ángel Bravo, “Frijolito”, construiría una bonita casita de mampostería y techo de zinc, donde se residenciaría con su familia hasta su fallecimiento en dicho lugar el año 2023.

Hoy ya no está la simpática bodega que le diera nombre a un concurrido lugar de encuentro conocido como esquina El Casino; seguramente, a mediados de la década de los años treinta, el “Tuerto Rafael” escucharía en un viejo radio algunas de las pegajosas canciones interpretadas por la novísima y afamada orquesta cubana Casino de la Playa y, además, leería en los periódicos de circulación nacional como *El Universal*, *La Esfera*, *El Nacional*; las revistas *El Cojo Ilustrado*, *Elite*; y las publicaciones locales, como el diario *Letras*, alguna reseña de los éxitos de la afamada banda. Como fue tanta la popularidad de esa agrupación en Venezuela, que una empresa

cigarrera bautizó una marca de cigarrillos con el nombre Casino de la Playa, probablemente el “Tuerto Rafael” expendería por cajetillas y uno que otro al detal y, tal vez, sería tanta la demanda que el orgulloso pulpero bautizó su incipiente negocio como pulpería El Casino.

La orquesta Casino de La Playa fue fundada en el año 1937 en la ciudad de La Habana, Cuba. Recibió ese nombre por ser la orquesta de planta de un famoso casino de ese país, llamado Casino de la Playa. Esa reconocida orquesta propició un puente entre la música popular cubana y el sonido de las *big bands*, que sería la plataforma que catapultaría a los grandes músicos y cantantes de la música caribeña.

A mediados del año 1937, la discográfica RCA Víctor realizó una serie de grabaciones en La Habana con más de veinte grupos de diferente formato. La Casino de La Playa grabó con la célebre disquera seis números, entre los que se encontraba el tema “Bruca Maniguá”, popular composición de Arsenio Rodríguez, que sería el primer eslabón de una cadena de éxitos tanto en Cuba como en el exterior.

En el lapso 1937-1939, la banda grabó unas sesenta piezas. En el año 1941, Anselmo Sacasas, director de la banda, y el cantante Miguelito Valdés, abandonan la agrupación. En el año 1945 se incorporará al piano Dámaso Pérez Prado, quien no duraría mucho en la agrupación y emigraría a México, donde crearía un nuevo géneroailable conocido como el *mambo*, del que se decía que era el ritmo que a las mujeres las volvía locas. La Casino de La Playa estaría activa hasta finales de la década de los años cincuenta.

En cuanto al *hinterland* de la pulpería El Casino, se puede decir que a finales de la década de los años cuarenta de la centuria pasada, diagonal al popular negocio del “Tuerto Rafael”, vivía la familia Laprea-Sifontes, constituida por don Francisco Laprea,

“Don Pancho”, y su esposa, doña Josefa Antonia Sifontes de Laprea; padres de Cristóbal –médico–, Josefina “Pina”, Humberto, Helena, Pedro –abogado, periodista y cronista de San Fernando–, y de la señorita María –“Mariíta” Laprea–, quien sería destacada pianista, cantante y esposa del reconocido periodista, poeta y humorista caraqueño Aquiles Nazoa.

Frente a la pulpería El Casino estaba una hermosa casona de techo a dos aguas y todavía se conserva esa edificación –ver en el capítulo “Esquina Las González”–. Parte del entorno de El Casino lo constituía, también, el puerto La Pastora, un fondeadero situado al final de la calle Coto Paúl a orillas de El Cañito, donde vivía el propietario de un fundo nombrado El Caribe y de una pulpería, siendo conocido como Jesús Chucho Fajardo, quien, además de atender su fundito y la ratonera, también se ocupaba de guardar en su casa –situada a orillas de El Cañito– las cargas, los aperos de los bongueros, las mercancías que habían adquirido en la ciudad y, de ñapa, les cuidaba las embarcaciones.

Frente a El Casino –ángulo sureste del cruce de las calles Bolívar y Coto Paúl– vivía la señora Dolores Fajardo con sus hijos Ignacio, Germán “El Negro Fajardo” –quien era propietario de un bar en el lejano barrio Las Marías–, Zenaida, Melquiades –dueño de un botiquincito frente al Disco Azul en la calle Colombia– y Raúl Fajardo. A mediados de la década de los años cincuenta, Germán y Raúl Fajardo echaron abajo la antigua casita de dos aguas, propiedad de su madre, doña Dolores Fajardo, y construyeron un local comercial donde establecieron una tienda de ropa y calzado para damas, caballeros y niños, bautizada tienda El Globo, donde en época de carnaval Raúl se encargaba de diseñar y coser los disfraces que exhibía en una vitrina de la tienda. Al fallecer Germán, Raúl ampliaría el local y lo convertiría en un hotelito de dos plantas, que ha estado activo hasta la presente fecha.

Por supuesto, la pulpería El Casino, a principios de la década de los años treinta de la centuria pasada, poseía una envidiable posición geográfica y de su *hinterland* ni se diga, pues se hallaba situada entre los fondeaderos: puerto Arturo, puerto La Pastora, puerto El Guasimito, El Tamarindo, Henrique Ligerón y Barbarito.

11

El Faro

A principios del siglo xx se hallaba establecido en el ángulo suroeste de la intersección de las calles Comercio y Arévalo González, de la capital del llano venezolano, un importante negocio dedicado a la venta de cosméticos, perfumes, telas, ropa y calzado para damas, caballeros y niños, siendo conocida como tienda El Faro, que le dio nombre a la concurrida y popular esquina El Faro.¹⁵

Mirando la vieja pero bonita fotografía, publicada por Eduardo Hernández (hijo) en su página “San Fernando tiene historia”, que inspiró y que engalana este ensayo, se observa la calle Comercio en el año 1917; entonces se llamaba Tercera calle, siendo la Primera la que pasa por el Inces y por la fachada norte del edificio Hermanos Barbarito –conocida ahora como calle 5 de Julio–; mientras que la actual Calle 19 de Abril se llamaba la Segunda Calle. Fue en el lapso 1915-1921, siendo presidente del estado Apure, por designación presidencial, el general Vincenzo Pérez Soto, quien bautizó las calles de San Fernando con los nombres como se les conoce actualmente.

Fue en el ángulo suroeste de la intersección de las calles Comercio y Arévalo González, donde tres hermanos, inmigrantes procedentes

15 Se considera pertinente aclarar que no se debe confundir este ancestral negocio (tienda El Faro), del que hemos venido hablando, con otra tienda de telas llamada también El Faro, que bajó la santamaría a finales del año 2024 y estaba situada en un moderno edificio de la calle Bolívar entre calles Arévalo González y Fonseca –actual paseo Libertador.

del Medio Oriente, un buen día se establecieron con su negocio en una hermosa casona del bucólico San Fernando, situada frente al balcón de las Cestari y frente a la casona de don Teófilo Decanio; allí, al fondo y a la derecha, también resalta la hermosa vivienda estilo antillano, de dos plantas, que años más tarde sería propiedad del comerciante apureño don Ángel María Aquino, quien se residenciaría en esa edificación con su familia y su próspero negocio El Gallo de oro. Más al fondo, a la izquierda, se ve la magnífica casona de dos plantas, también de estilo antillano, de propiedad de los hermanos Fernández –Aureliano, Félix, Ramón y Modesto–, con su importante negocio Fernández & Compañía, que con el paso de los años sería la reconocida empresa Casa Importadora-Exportadora Modesto Fernández C. A., cuya dirección cablegráfica era Moferca –Modesto Fernández C. A.–. Más tarde esa vivienda pasaría a ser propiedad de don Ramón Lugo, quien la rebautizaría con el nombre Mi Atamaica; al fallecer Lugo, estuvo abandonada muchos años hasta que felizmente, en el año 2007, la Alcaldía de San Fernando se abocó a rescatarla y hoy, ya renovada, es un importante centro comercial de tiendas por departamento.

En esa ilustración también se observa que la calzada era de tierra y, por lo tanto, seguramente en el verano, para aplacar el tierrero, había que regarla a cada rato; mientras que en el invierno el barrial sería un tremedal de padre y señor mío. Asimismo se observa, a la entrada de ciertas casonas, alguna que otra acera de macadam, señal de que sus propietarios eran unos “pesaos”. En primer plano y al lado derecho de la viñeta, se observa un bonito automóvil Ford, modelo Tourimcar –carro de turismo– de la Ford Motor Company, mejor conocido como Ford Tablita. Por cierto, el primer automóvil que llegó a San Fernando fue uno de esos vehículos y lo trajo, en el año 1914, el general Waldino Arriaga –yerno del hatero y prestamista don Jesús María Hernández Moreno, quien había comisionado a su

verno, el general “chopo’e piedra” Waldino Arriaga Perdomo, para traerle desde Cagua el flamante automóvil-, siendo el conductor el joven de dieciocho años Juan Porrello Mayol -Chacao, Caracas.

También destacan a la derecha tres parroquianos vestidos a la usanza de la época -de punta en blanco y a un jovencito de medias negras hasta la rodilla y pantalón corto, señal de que no había alcanzado la edad para alargarse los pantalones y, por lo tanto, todavía le faltaba mucho para ser un hombre hecho y derecho.

Además de ser la tienda El Faro un próspero negocio de venta de cosméticos, perfumes, telas, ropa y calzado para damas, caballeros y niños, también fue un valioso promotor del deporte en Apure. Fue a finales del siglo XIX cuando comenzaron a llegar los inmigrantes procedentes de Europa y del Medio Oriente a San Fernando, como los hermanos Gory -Elías, Víctor y Sabá-, quienes se establecieron en una vivienda situada en el ángulo suroeste del cruce de las calles Comercio con Arévalo González, en una solariega casona que formaba parte de la vieja casa Mendiblera -se le nombraba así coloquialmente a esa casona porque, desde la esquina de El Cañón y hasta la vivienda en cuestión, esas casonas pertenecían al general Manuel María Mendible¹⁶, quien en el año 1873 fue presidente designado del estado Apure.

16 El general Manuel María Mendible fue presidente del estado Apure en el año 1873 y padre del abogado, militar y político apureño Luciano Mendible, connotado antigomecista nacido en San Fernando de Apure (Edo. Apure) 25-7-1875/Caracas 24-12-1940. Luciano Mendible era hijo del general Manuel María Mendible y de Amalia Padrón. A temprana edad se traslada a la capital de la República, donde cursa estudios de bachillerato en el colegio Santa María, obteniendo el grado de bachiller en 1893. Recibe el título de doctor en Ciencias Legales y Sociales en la Universidad Central de Venezuela, en 1899. Ingresa a la política durante el gobierno de Cipriano Castro, es diputado principal por el estado Guárico -lapso 1904-1909-, y presidente de ese estado en el lapso de 1906-1908. El 29 de diciembre de 1908, ejerciendo esta función,

Sería a mediados de la primera década de la centuria pasada cuando los hermanos Gory abrieron uno de los más grandes y surtidos almacenes de telas, cosméticos, perfumes, calzados y ropa para damas, caballeros y niños, que conocieron los sanfernandinos de entonces. Al principio, la tienda no tenía nombre y a los clientes se les ocurrió llamarla tienda de Los Gory, y así se le conocía en sus inicios a ese negocio; hasta que un agente viajero le sugirió a Elías Gory que la bautizara tienda El Faro, pues como una torre de luz que atrae y orienta a los barcos, su negocio también atraía y orientaba a su numerosa clientela. En respuesta a la propuesta del vendedor, los habilidosos comerciantes le tomaron la palabra y convinieron en bautizar a su empresa tienda El Faro y El Faro se quedó; y así también nació el nombre de la popular y concurrida esquina El Faro.

En la década de los años cuarenta la vivienda fue vendida a la madama Buaiz y esta, al morir, la heredó a su hijo Jorge, “Jorgito” Buaiz, quien después la vendería a Carlos Chipola; y fue este último quien echó abajo la valiosa casona para construir una vivienda de dos plantas, donde él se establecería con su familia y su tienda conocida

desconoce en Calabozo la autoridad de Juan Vicente Gómez, impuesta con el golpe del 19 de diciembre de ese año y se proclama seguidor del caudillo oriental Nicolás Rolando; pero su protesta no tiene eco y debe exiliarse en Colombia. Se traslada luego a Puerto España, en la isla de Trinidad desde donde cuestiona, en 1911, la persecución de la cual es objeto Cipriano Castro por parte de las potencias extranjeras. Junto con Manuel Vicente Romero García dirige en la isla a un grupo de exiliados procastristas. En mayo de 1923 firma en Nueva York otra declaración contra Juan Vicente Gómez, esta vez proclamando la necesidad de una revolución para Venezuela. Regresa al país después de la muerte de Gómez, en 1936. (Yolanda Segnini. Bibliografía directa: Mendible Luciano. “Carta provincial. San Fernando de Apure”, Tipografía Apureña, 1903; “Mi compadre, o el mascarón de la democracia”. Barranquilla, Tipografía Licón, 1934; “Treinta años de lucha: documentos para la vida pública del Dr. Luciano Mendible, 1908-1940”, Caracas, Cooperativa de Artes Gráficas, 1941).

como El Nuevo Topacio. Años más tarde, Chipola instalaría allí la reconocida papelería Nany, luego la papelería Tutto y la tienda de insumos para computadoras Hippertodo, más tarde la empresa de insumos para telefonía móvil Nanycell y, recientemente, la comercializadora y repuestos de ferretería Elim3.

Pedro Laprea Sifontes escribía que El Faro era la tienda de más renombre en San Fernando, que daba empleo a muchos apureños, como el contador Francisco Chacón, “Pancho”, y a los vendedores Fernando Aponte, Palín Sanoja y Raúl Hernández, “Mediecito”, entre otros. Asimismo narraba que los Gory se asimilaron a esta tierra y, como aficionados al deporte, Víctor Gory fundó un equipo de béisbol llamado El Faro Beisbol Club, y otro de básquet, El Faro Basketball Club; dos franquicias que hicieron historia en el deporte apureño. En esa época cuatro equipos de beisbol se disputaban los campeonatos en el desaparecido Stadium Jobalito –actual mercado municipal–, donde la novena de El Faro enfrentó exitosamente al equipo Guaicaipuro, integrado por los soldados o reclutas del viejo Cuartel Guaicaipuro –edificación que hasta hace pocos años albergó el Retén Judicial de San Fernando–; también a los muchachos del Liceo Lazo Martí y a El Royal –posiblemente patrocinado por el propietario del Cine Royal, el señor Jesús Aponte, puesto que el joven Carlos Herrera, “Carlitos”, reconocido basquetbolista apureño trabajaba con Aponte en ese teatro, donde se dedicaba a dibujar las letras de los carteles que anunciaban las películas que se iban a proyectar cada noche y, seguramente, animaría al propietario de esa sala a patrocinar un equipo de basquetbol.

Más tarde, el Cine Libertador no se quedaría atrás y promocionaría otro equipo de *basket* conocido como Libertador Basketball Club –posiblemente patrocinado por el propietario del teatro Cine Libertador, don Julio Aray–. Entonces los equipos competidores en basquetbol casi eran los mismos clubes de siempre, que se

enfrentaban en la desaparecida cancha Ayacucho; una cancha de piso de tierra y sin gradas, pero, pese a esas carencias, la asistencia era numerosa. Por cierto, estaba ubicada en el espacio donde ahora se halla el restaurante Barrancas de Arauca –anteriormente el comedor popular Pablo Botello–, situado entre calles Sucre y Peñaloza –actual paseo Libertador.

A principios de la década de los años cincuenta había en el bucólico San Fernando una numerosa fanaticada de todas las edades y estratos sociales, que cada fin de semana se congregaba a presenciar y animar en el Stadium Jobalito los calurosos encuentros de béisbol que escenificaban los equipos de su predilección; mientras que los amantes del basquetbol asistían a la céntrica cancha Ayacucho, a aunar a sus ídolos integrantes de los equipos del Faro Basketball Club, del Guaicaipuro, del Royal Basketball Club, del Libertador Basketball Club y del Lazo Martí Basketball Club.

Lamentablemente, estos exitosos comerciantes y promotores del deporte en San Fernando, repentinamente, comenzaron a padecer problemas personales que repercutieron negativamente en el giro de sus operaciones. En ese sentido, Pedro Laprea Sifontes –quien se definía como “El Cronista Lugareño”–, refería que un aciago día, imprevistamente, Elías Gory, por quebrantos de salud hubo de viajar a Panamá, quedando al frente de la tienda Víctor y Sabá, y habiendo emigrado el primero a la ciudad de Maturín en donde poseía un gran almacén. Más tarde se supo que Elías había fallecido y, finalmente, Sabá se marchó de San Fernando, esfumándose con ellos El Faro:

Un buen día, intempestivamente, Elías viajó rumbo a Panamá enfermo de lepra. Quedaron en la tienda Víctor y Sabá, habiendo emigrado el primero a la ciudad de Maturín. Más tarde se supo la desaparición de Sabá, disgregándose el nombre de El Faro y el apellido de los hermanos Gory. Pero la esquina siguió triunfal con su nombre hasta ahora en que las nuevas generaciones la conocen como El Nuevo Topacio. Ya no se ven los atrios amarillentos de

la armadura ni el reluciente mostrador lleno de telas importadas, ni el olor característico del famoso polvo Caty Rachell, que inundaba con su aroma grata hasta más allá de los Bezara.¹⁷

En otra fotografía a color –tomada recientemente– se observa la imagen de la esquina El Faro, vista desde la esquina El Cañón. A la izquierda, el balcón de las Cestari. Diagonal, el edificio Al Omara, donde hace pocos años estuvo la tienda El Topacio y al frente la casa de don Teófilo Decanio –pintada de rosado y azul–. Y en otra vieja y desteñida fotografía de principios del siglo xx, publicada en el año 2006 por el cronista de San Fernando, Edgard Decanio, en un folleto dedicado a conmemorar los doscientos dieciocho años de la fundación de la ciudad, se observa a la derecha, en el ángulo suroeste del cruce de las calles Comercio y Arévalo González, una hermosa y solariega casona que formaba parte de la casa Mendiblera, que desde la esquina El Cañón hasta El Faro y dando la vuelta a la calle Arévalo González, perteneció al general Manuel Mendible.

Se podría concluir que en aras del “bendito progreso” se ha echado abajo el escaso y valioso patrimonio cultural edificado de la Ciudad de la Esperanza, donde a duras penas todavía subsisten algunas emblemáticas viviendas que, tercas cual roca en el mar, se resisten al embate de las olas de la mentada “modernización”, como le ocurrió al ancestral conjunto arquitectónico de la llamada Mendiblera, un grupo de cuatro o cinco casonas –incluida El Faro– que ocupaban la cuadra de la calle Comercio, entre las calles Ricaurte y Arévalo González, donde hoy no están ninguna de esas solariegas viviendas.

Lamentablemente, ya no se ve la tienda El Faro; y de la esquina ni siquiera existe el vago recuerdo de que una vez allí estuvo un negocio que apoyó el deporte apureño y dio nombre a un popular punto de encuentro conocido como esquina El Faro.

17 Laprea Sifontes, Pedro. *El Llanero*, año vi, 5-09-1981, número 311, p. 4.

La Papelería Moderna

Observando la bonita obra titulada *Papelería Moderna*, del artista plástico Humberto Loreto, me inspiró a escribir este ensayo dedicado a una conocida papelería ubicada en el cruce de las calles Comercio y Ricaurte, de la ciudad de San Fernando, que le diera nombre a la actual esquina La Papelería Moderna. En una entrevista que le hice a Niuomar Boggio Ramos, una de las hijas de doña Rosa, me informó que ese negocio fue fundado el 4 de septiembre del año 1950 en un saloncito de la casa de familia de doña Elena de Guerrero –vivienda donde muchos años antes vivió el docente Miguel Ángel Escalante, uno de los fundadores del Colegio Miranda, año 1931, actual Liceo Francisco Lazo Martí y donde ahora se halla la tienda de calzado zapatería Apureña Plus C. A.–, situada en el ángulo noroeste del cruce de las calles Sucre y Girardot, frente a la pulpería Las Gradillas, de Rafael Requena –actual sede de la tienda de bisuterías Adornos Arcadia–, que le diera nombre a la esquina Las Gradillas –ángulo suroeste del cruce de las calles Sucre y Girardot.

Seguramente en ese cuchitril se instalaría la emprendedora joven de veintisiete años de edad con un pequeño mostrador que fungiría de vitrina, una mesita, una silleta y, detrás de ella, una modesta estantería de madera donde posiblemente la entusiasmada propietaria colocaría, bien ordenados, algunos ejemplares de los libros de las primeras letras Mantilla; algunas docenas de cuadernos, una resma de papel bond base 20 tamaño carta y otra tamaño oficio; un paquete

de cien carpetas de manila tamaño carta y otro tamaño oficio; una cajita de ganchos para carpetas; unas doce cajitas de grapas y otras doce cajitas de clips; unas cuantas cajitas de gomas de borrar; una docena de cajitas de lápices de grafito Mongol; una docena de cajas de creyones posiblemente marca Prismacolor; una cajita de sacapuntas; una que otra de reglas y escuadras; una docena de tijeritas escolares y una caja de frascos de pintura al frío y otros de pega.

Posiblemente, ese sería el inventario del incipiente negocito que en el dintel de la puerta exhibía el ostentoso anuncio Papelería Moderna y adonde acudirían ansiosos los estudiantes, los maestros, los profesores del Lazo Martí; uno que otro sanfernandino y mensajeros de las instituciones oficiales, quienes procedentes de algún lejano pueblito apureño habían venido a retirar los pedidos que sus jefes, mediante carta o telegrama, le habían solicitado a la joven Rosa Ramos. Así empezó el giro de sus operaciones la Papelería Moderna, que con el transcurrir de los años se transformaría en una próspera empresa.

Años más tarde, la emprendedora joven se mudaría a una hermosa casona de propiedad de don Teófilo Decanio –padre del odontólogo Ítalo Decanio y abuelo del cronista de San Fernando, Edgard Decanio–, ubicada en la céntrica intersección de las calles Comercio y Ricaurte. Era una hermosa casona de techos de tejas, de paredes de resistentes y rojos ladrillos, con dos anchos y altos portones de madera que miraban hacia la calle transversal –Ricaurte–, uno de los cuales daba acceso a la casa de familia de sus antiguos propietarios y tres que se abrían majestuosos hacia la importante calle Comercio; igualmente, la vivienda la engalanaba una alta ventana de balaustres de madera que iluminaba una habitación que hacía las veces de oficina. Ese tragaluz era seguido de un enorme portón de servicios –entonces conocidos coloquialmente como “puerta de campo” o “portón de campo”–, de gruesa y resistente madera, que

daba acceso a un enorme y bonito patio donde, seguramente en otra época, arribarían las carretas tiradas por mulas, los arreos de burros y, por qué no escribirlo, las cabalgaduras con sus orgullosos jinetes.

La visionaria joven apureña, a finales de la década de los años cuarenta, intuía que el ángulo suroeste del cruce de las calles Comercio y Ricaurte poseía una envidiable posición geográfica, pues estaba ubicada en el centro cultural de la ciudad; es decir, un *hinterland* representado por muchas instituciones educativas, como:

El Liceo Francisco Lazo Martí –ángulo noreste del cruce de las calles Bolívar y Rafael Arévalo González–; la escuela para varones Agustín Codazzi –ángulo suroeste del cruce de las calle Bolívar y Girardot–, dirigida por el maestro Jesús Rafael Mayora Obregón; la escuela para señoritas Manuel Díaz Rodríguez –ángulo suroeste del cruce de las calles Bolívar y Piar–, regentada por la educadora Ana Leonor Mayol; el Grupo Escolar República de Guatemala –cruce de las calles Bolívar y Queseras del Medio, actual sede del Vicerrectorado de la Unellez–; la Escuela José Cortés de Madariaga –ángulo sureste del cruce de las calles Sucre y Rafael Arévalo González, frente a la actual prefectura–; también observó que en la calle Bolívar, entre las calles Raimundo Fonseca y Juan Pablo Peñaloza –actual bulvar, frente a la tienda por departamentos Seven’s–, funcionaba, en el llamado Palacio Fonsequero, la sede administrativa del Poder Ejecutivo Regional; y detrás de esa edificación, la Policía del estado. Observó, quizás, que en una vivienda de la calle Miranda, entre calles Bolívar y Comercio –actual sede del Banco de Venezuela–, estaba la Guardia Nacional.

Y vio que en la calle Comercio hacían vida algunas pequeñas empresas de servicios como:

Barberías, talabarterías, panaderías, zapaterías y tiendas de ropa, como La Ranchera, del sanrafaeleño Néstor Hernández –ángulo suroeste del cruce de las calles Comercio y 24 de Julio–; Las

Novedades, de don Eloy Lugo –ángulo suroeste del cruce de las calles Comercio y Raimundo Fonseca–; la tienda de ropa para caballeros, sombreros, calzados y aperos para el peón de sabana, de propiedad de don Valentín Mujica, conocida como La Casa del Ganadero –calle Comercio, entre calles Ricaurte y Rafael Arévalo González–; la tienda de ropa de don Juan Bautista Loreto, conocida como La Llanera –calle Comercio, entre calles Arévalo González y Girardot–; boticas –actuales farmacias–, como la Botica Popular, de don Antonio Cestari –ángulo noreste del cruce de las calles Comercio y Ricaurte–; la Botica del Llano, de don Jesús Cedeño –ángulo noreste del cruce de las calles Comercio y Miranda–; la Botica Central –ángulo noreste del cruce de las calles Comercio y 24 de Julio– de don Pedro Segundo Salas y la botica de don Edmundo Mirabal –calle Comercio, entre calles Raimundo Fonseca y Rafael Arévalo González–; ferreterías, como la del comerciante don Cristóbal Azuaje, conocida hasta hoy como ferretería Cristóbal Azuaje –entonces funcionaba en el ángulo sureste del cruce de las calles Comercio y Miranda–; la de don Manuel Chang –ángulo sureste del cruce de las calles Comercio y 24 de Julio–; ferretería La Atómica, de Jaime Hung –ángulo sureste del cruce de las calles Comercio y Miranda–; las casas importadoras-exportadoras, como los Hermanos Barbarito y sucesores –ubicada en la planta baja del edificio de los Hermanos Barbarito, que, por cierto, fue el primer centro comercial de la ciudad–; los Lleras-Codazzi –en la calle Comercio, entre calles 24 de Julio y Juan Pablo Peñaloza, frente al parque Independencia, conocida coloquialmente ahora como plaza de los Yutong–; Henrique Ligerón, que le diera nombre al puerto Ligerón –calle 5 de Julio, entre calles 24 de Julio y Miranda–; el mayor de víveres La Mascota –cruce de las calles Queseras del Medio y 19 de Abril–, de propiedad del comerciante guayabalense don Ignacio Rodríguez; el mayor de víveres del coronel Mora, situado en la calle

19 de Abril –entre calles El Encuentro y Queseras del Medio–; la emisora La Voz de Apure –calle 19 de Abril, entre calles Miranda y La Puerta, actual El Encuentro–; el depósito de sal en grano, donde ahora se halla el CDI –calle 19 de Abril, entre calles El Encuentro y Miranda–; el mayor de víveres del comerciante Ismael Armada; la tienda La Guariqueña, de don Julián Silva Fajardo –ubicada al lado de La Voz de Apure, en la calle 19 de Abril, entre calles El Encuentro y Miranda–.

Además, frente a la Papelería Moderna se hallaba la esquina El Cañón –ángulo sureste del cruce de las calles Ricaurte y Comercio–, donde la señora Elena Landaeta se había establecido con su tiendita de ropa; al lado de la papelería, por la calle Comercio –entre la actual Papelería Moderna y la tienda de cosméticos Todoferta–, estaba la tienda de ropa para niños conocida como La Casa del Niño, propiedad de doña Josefa de Morales, esposa de don Guillermo Morales, quien, en tiempos en que la Presidencia de la República la ocupaba el general Marcos Pérez Jiménez y gobernaba del estado Apure el médico sanrafaeleño Edgard Domínguez Michelangelli, ocupó altos cargos en esta gobernación; y quien se había residenciado con su familia al lado de la Papelería Moderna, por la calle Ricaurte, en una casona de adobes, portones y ventanas de madera y techo de tejas. Diagonal a la Papelería Moderna, en el ángulo noreste del cruce de las calles Comercio y Ricaurte se hallaba la Botica Popular, propiedad de don Antonio Cestari.

Por supuesto, todas esas instituciones y empresas requerían insumos –papelería– para el giro normal de sus operaciones. Ante esa realidad, la joven Rosa Ramos le solicitó a don Teófilo Decanio que le arrendara un local de una hermosa casona que ese comerciante poseía en el estratégico cruce de las calles Comercio y Ricaurte. El avezado mercader aceptó alquilar a la joven comerciante la esquina

de la vivienda, donde entusiasmada instaló la que sería la más importante papelería de San Fernando.

Era el año 1951 y ya la Papelería Moderna llevaba funcionando algunos años en la ancestral casona; y doña Rosa, cansada de pagar alquileres sin esperanzas de poseer un local propio para su floreciente negocio, decidió proponerle al arrendador comprarle la vivienda. El inconveniente era que no tenía dinero suficiente para adquirirla. Hallándose en la disyuntiva de qué hacer, un buen día decidió acudir a su amigo, don Alejandro Urbano Taylor, quien le prestó tres mil bolívares con los que completaría la cuota inicial y el resto lo cancelaría en cómodas cuotas. Acordada la negociación, sus abogados, muy diligentes, redactaron el documento de compra-venta por un monto total de 85.060,00 bs. Por cierto, llegado el día de la firma, don Teófilo Decanio se hallaba enfermo en su casa y, por supuesto, impedido para asistir al registro. Inmediatamente, doña Rosa habilitó el registro para que se trasladara al domicilio del vendedor, donde este estampó la rúbrica de rigor y felizmente la transacción se concretó a satisfacción de las partes. A los pocos días de firmado el documento, el viejo Decanio falleció.

Una vez superado el inconveniente de la compra-venta del local, se presentaba otra dificultad: incrementar el inventario del negocio. En ese sentido, doña Rosa acudió de nuevo a don Alejandro Urbano –en la década de los años cincuenta se desempeñaba como jefe de compras de la Gobernación del Estado Apure–, quien le recomendó que hablara de parte de él con el señor Enrique Smile –un suizo criado desde niño en Caracas y casado con la guariqueña Carmen Manuit–, quien en Caracas poseía una empresa mayorista en el ramo de papelería y, a sabiendas que la novel empresaria apureña venía recomendada por don Alejandro, enseguida visitó la Papelería Moderna y, más temprano que tarde, le despachó en consignación un camión atestado de mercancía. Desde ese día incrementó su

clientela por cuanto, amén de papelería, ahora vendía libros, no solo textos de primaria y bachillerato, sino libros de lectura –ensayos, poesía, teatro, historia, novela, economía, política, cuentos, etc.–. Al convertirse en papelería y librería incrementó aún más su numerosa clientela, siendo la más importante empresa difusora de cultura en su género en el estado Apure. Con tal visión, doña Rosa, previo al inicio de cada año escolar, acordaba con los directores de los colegios oficiales y privados los pedidos de libros requeridos.

Seguramente, la Papelería Moderna tendría un número telefónico de cuatro dígitos y una de las pocas empresas en San Fernando que mantendría contrato de servicios con la desaparecida compañía telefónica de propiedad de don Emilio Rodríguez Saintón; y años más tarde, cuando él vendió su empresa a la recién creada Cantv, la papelería sería una de las primeras en suscribir un contrato con la telefónica estatal, siéndole asignado el número 0247-22.630. Hay un dato curioso: en el cuadro pintado por Humberto Loreto, titulado *Papelería Moderna*, resalta el anuncio “TLF. 22.584”; y en la entrevista le pregunté a Guiomar que si ese era el número de teléfono y ella me respondió que, posiblemente, esa sería la fecha en que fue realizada la obra, el 22 de mayo de 1984.

Fue a mediados de la década de los años noventa del siglo pasado cuando esta pujante empresa estrena su nueva sede, una magnífica y sólida edificación, constituida por una planta baja destinada a la tienda y al depósito del negocio, donde destaca en letras doradas el nombre Papelería Moderna. Se observa hacia la calle Comercio una amplia puerta que da acceso a la tienda y, a ambos lados, dos hermosas y enormes vitrinas exhibidoras; y hacia la calle Ricaurte resalta, igualmente, el letrero Papelería Moderna y una puerta de acceso al negocio, circundado también de dos vitrinas exhibidoras. Los dos niveles superiores se hallan ocupados por oficinas. Por supuesto, esta moderna y elegante edificación no tiene nada que

ver con la otrora ancestral y bonita casona de techo a dos aguas, de tejas, paredes de ladrillos rojos, portones y ventanas de madera, que a principios del siglo xx engalanara a San Fernando y donde muchos años estuvo la conocida papelería.

Con doña Rosa Ramos se emplearon muchos trabajadores, entre ellos su primo Manuel Ramos, “Manuelito”; Gladys Solórzano; la jovencita Soledad Moreno, quien después sería reconocida profesora de instituciones educativas del estado Apure; Antonio Espinoza; Antonia Altuve; el joven Efrén Rodríguez –fallecido en el año 2014–, quien después sería un luchador social; también su hija Guiomar, que siendo una adolescente trabajó cinco años al lado de su madre –lapso 1965-1970–, encargándose de llevar las cuentas de las ventas a crédito a las instituciones oficiales del estado Apure; Guiomar continuó trabajando eventualmente en la papelería hasta que la firma cerró sus puertas.

La entrevista a Guiomar, en la casa de familia de doña Rosa Ramos, fue la soleada mañana del día trece de noviembre del año 2019, cuando acudí a una bonita vivienda ubicada en la calle Ricaurte número 11, de propiedad del matrimonio constituido por doña Rosa Ramos y el sanfernandino Jesús Boggio Heredia, quienes junto con sus dos hijas –Rosalba y Guiomar– vivirían muchos años en esa residencia. Es una hermosa vivienda techada con tejas, a dos aguas, de elegante portón y tres altas ventanas de hierro y marcos de romanilla de madera, pintadas de verde perico y paredes de blanco marfil, donde descuella el buen gusto representado por un piano en la sala, al que de vez en cuando la entrevistada le saca cadenciosas notas, que llevan al ensimismado oyente a alguno de esos elegantes salones donde los apasionados enamorados bailaban los vales de la época; de las paredes cuelgan unos bonitos cuadros con motivos llaneros que, junto a un bien cuidado patio, adornado de flores y unas torcidas matas de topocho que tercas se resisten a venirse abajo

por el peso de las llamativas cargas, constituyen un bonito, acogedor y armónico conjunto arquitectónico.

Por cierto, a principios de la década de los años sesenta del pasado siglo, Guiomar y su hermana Rosalba recibían con mucho agrado las visitas de sus amigos, los pavos de la época, entre los que se contaban Guillermo Salas, Alexis Aponte, Saúl Rojas; Nelgar Mujica, “El Negro Mujica”; el “Gordo Sosa”; Julio Rodríguez, “Mamajeta”; y Santiago “Santiaguito” Fernández, entre otros; quienes en la mañana del día convenido para armar un sarao –generalmente las noches de un viernes o sábado– se dirigían a la casa de doña Rosa y allí, entusiasmados, solicitaban a sus amigas que les prestaran la casa para poner un picoteo –palabra derivada de Picot, marca de un reproductor de audio para discos de acetato de larga duración o *long play*, con los que entonces se animaban las fiestas familiares–. Era Guiomar quien, muy sonriente, les aconsejaba que debían hablar con la “patrona” –doña Rosa–. Inmediatamente, los jóvenes parranderos se dirigían a la Papelería Moderna, donde muy respetuosos le solicitaban a la dueña de la casa que les concediera el permiso para armar un picoteo:

—¡Bien, muchachos! ¡Yo no tengo inconveniente en prestarles la casa; lo único que les agradezco es que tengan mucho juicio y que la dejen como la encontraron!

—¡Ah, bueno, doña Rosa! Ante todo muchas gracias y no se preocupe que se la vamos a dejar ordenada y limpiecita!

—Bueno, si así es la cosa, vayan adonde Guiomar y le dicen que ya ustedes hablaron conmigo y que ya les concedí el permiso. Ah, y otra cosa: la fiesta es hasta la una, sin mucho volumen para no molestar a los vecinos y, por si acaso, mucho fundamento...

—No se preocupe, usted sabe que nosotros somos muy fundamentosos.

—Eso lo vamos a ver esta noche.

Esa noche a las siete empezaron a llegar las muchachas y los muchachos con los discos, las bolsas de hielo, las botellas de ron, las naranjas y azúcar para preparar la guarapita, y alguna botella de ponche crema. Los asistentes se acomodaban en la sala y en un rincón se hallaba el Picot; inmediatamente, las muchachas empezaban a colocar en el aparato de sonido el *long play Piano Merengue*, seguido de uno de la Billos y otro de Víctor Piñero, y así comenzaba la fiesta. En el patio, en una cómoda mecedora estaba doña Rosa, quien desde allí, muy atenta, vigilaba a las parejas de baile. Algunos de los asistentes se acomodaban en el patio y allí se dedicaban a moler caña; enseguida, la doña les recriminaba:

—¡Mira! ¿Tú viniste a beber o a bailar?

—¿Yo?

—¡Sí, tú mismo! ¿Quién más a va a ser?

—Yo vine a bailar, doña Rosa; lo que pasa es que me estoy echando un traguito pa'animarme a bailar.

—¡Ajá! Lo que pasa es que tienes como dos horas tomándote un traguito y nada que te animas a bailar, ¡así que vaya a la sala y saque a una de esas muchachas!

—¡Espere un ratico más, doña Rosa! ¡Ya va a ver cómo voy a bailar más que un trompo en Semana Santa!

—¡Bueno! ¿Y qué esperas? ¡Vaya de una vez y péguese en el corte!

Enseguida el joven trapichero se dirigía a la sala, donde una sonriente, joven y bonita invitada lo convidaba a bailar al ritmo del merecumbé; mientras que desde el patio, doña Rosa, sonriente comentaba.

—¡Así me gusta, que bailen y no que pasen toda la noche guindados del litro!

Recordando esos momentos, Guiomar se animó a narrar una simpática anécdota de doña Rosa. Fue una noche de fiesta de un sábado del mes de diciembre, cuando la mayoría de los muchachos

se hallaban en el patio pegados del litro y las muchachas aburridas sin bailar. Entonces, se le ocurrió a doña Rosa sacar de uno de los clóset una lujosa y llamativa caja que guardaba una botella de un ron muy especial –edición aniversario de Ron Santa Teresa–. Lo cierto es que ella, muy sonriente, a escondidas, sacó de la caja la botella y en su lugar colocó una enorme hallaca. Inmediatamente, con la caja en la mano se dirigió a la sala, donde le anunció a los presentes que al joven que bailara más esa noche le iba a regalar como premio la añeja bebida.

Enseguida, todos los muchachos dejaron la bebedera y, sin tomar un respiro, se fajaron a bailar toda la noche, mientras que la maliciosa doña, desde su mecedora, se reía sola de su singular “travesura” al pensar el chasco que se llevarían los jóvenes al abrir la caja y encontrarse con una multisápida, en lugar de la embriagante botella de *special edition*.

Guiomar también refería que, a finales de la década de los años cincuenta y comienzos de los sesenta, estaba de moda el tema “El Merecumbé” –palabra derivada de la mezcla de los ritmos merengue y cumbia, una músicaailable creada por el compositor colombiano Pacho Galán y que causó furor en la voz del “Rey del Merecumbé”, Víctor Piñero–; el tema “El Piano”, merengue del pianista dominicano Damirón, que siempre estaba presente en todos los saraos; “Lamento Náufrago”, un porro colombiano interpretado por el guarachero venezolano Chico Sensación Salas, acompañado de la orquesta del maestro Jesús “Chucho” Sanoja; y, por supuesto, no faltaba la Billo’s Caracas Boys con sus temas “Bacosó”, “La Vaca Vieja” y “Cantares de Navidad”, entre otros.

En esos años también estaba de moda el actor y cantante falconiano Néstor Zavarce “El Pájaro Chogüi”. Y me contaba Guiomar que, entonces, estaba de moda “bailar boteado” –es decir, un baile que al compás de la música las parejas sacaban las piernas a los

lados-. Por cierto, ese ritmo lo creó el músico colombiano Pacho Galán, quien había popularizado el tema “El Bote” y de allí se derivó la expresión “bailar boteado”.

En la amena entrevista, Guiomar me informó que hace muchos años doña Rosa le compró a la docente sanfernandina doña Pico Lis su viviendita, que con empeño y buen gusto reformó; siendo hoy este inmueble un bonito patrimonio cultural edificado de la familia Boggio Ramos y de la ciudad de San Fernando.

Doña Rosa Ramos fue un ejemplo de emprendimiento que, a mediados del siglo xx, siendo una joven mujer apureña, se empeñó en apoyar con su empresa la actividad cultural y educativa en la región. Falleció en Caracas el 18 de noviembre del año 2014, a la edad de noventa y dos años, siendo la única accionista de la empresa que, de su mano, se mantuvo activa durante sesenta y nueve años –lapso 1950-2019-. Fue precisamente, a principios de este año, que el otrora floreciente negocio bajó la santamaría, pero felizmente dejó un legado a la ciudad, como fue haberle dado un patrimonio intangible, conocido como esquina La Papelería Moderna.

Fuentes:

Orales:

Boggio Ramos, Guiomar. Hija de doña Rosa Ramos.

Ramos, Manuel, “Manuelito”. Trabajador de la empresa y primo de doña Rosa Ramos.

Testimoniales:

Arana Páez, Hugo.

Aponte, Alexis.

Fernández, Santiago.

Milano, Enrique.

13

La Lengua

He aquí otra popular esquina del barrio Jobalito, la cual se hallaba en el ángulo noreste de la intersección de las calles Comercio y Piar, siendo conocida coloquialmente como esquina La Lengua; era un concurrido lugar situado en la zona histórica de la ciudad de San Fernando. En esta ocasión se hará una aproximación a la evolución del botiquín que le dio nombre a ese conocido lugar de la capital del llano venezolano; asimismo se ubicará en su entorno y se hará una aproximación a la voz “lengua” y sus derivados, citando algunas frases comunes garrapateadas en los baños de los botiquines de mala muerte por aquellos frustrados filósofos, despechados, poetas o humoristas; también se resaltaré la presencia de los borrachones en el humor venezolano.

Observando una bonita y vieja fotografía de la calle Comercio, publicada en el folleto de 44 páginas titulado “El San Fernando de ayer 1788-2007. Colección fotográfica”, editado por la Fundación Histórica Cultural doctor Ítalo Decanio D’Amico, con motivo de cumplir la ciudad doscientos veintinueve años de su fundación, me indujo a escribir sobre este emblemático lugar de la ciudad.

Esa gráfica fue tomada desde una de las ventanas del viejo edificio administrativo de la Gobernación del estado Apure –inaugurado el 24-11-1951 por el entonces gobernador del estado, el médico sanrafaeleño Edgard Domínguez Michelangelli–: “Esquina de La Lengua, calle El Comercio. Al frente, la esquina del Registro Principal, de

la familia Gracia; y al lateral izquierdo el negocio de la arepera La Araucana. Panorámica tomada desde la Casa de Gobierno”.¹⁸

En la gráfica resalta a la izquierda, las ramas de un frondoso samán que, con su sombra, cobijaba una hermosa vivienda de anchas paredes de adobe, techo de tejas, de tres amplios y altos portones de resistente madera de samán –uno que miraba hacia la calle Piar y dos hacia la calle Comercio, y una ventana que iluminaba una amplia habitación–. Fue en esa vivienda donde a principios del siglo xx, un popular personaje, apodado “El Renco Villanueva”, instalaría su botiquincito nombrado bar El Samancito, en cuyas desteñidas paredes de los baños se leían algunos mensajes escritos por los borrachones de entonces: “El alcohol no soluciona los problemas, pero el agua tampoco”, “Quien bebe licor vive menos... menos estresado, menos preocupado, menos triste y menos amargado”, “Más vale ser un borracho conocido que un alcohólico anónimo”, “Si viniste a olvidar, no te olvides de pagar”.

La literatura ha estado presente en los botiquines venezolanos; es que “pegarse un palo” es lo más antiguo, “¡echarse un palo!” es viejaza costumbre llanera. Así, en el periódico *El Espectador*, de Caracas, del 1-01-1886, se leía: “¡Vamos a pegarnos un palo a la salud del año nuevo!”. En la novela *Fidelia*, de Gonzalo Picón Febres, un personaje le espeta a otro: “¡Ni a pegarte un palo has venido aquí!”.

En *Doña Bárbara* leemos: “¡Todo el que viene para acá se para en esa pulpería y por lo menos un palo de caña se pega!”. En *Las lanzas coloradas*, de Arturo Uslar Pietri, leemos: “¡Me voy a tirar este palo a la salud de ustedes!”. En *Tierra nuestra*, de Samuel Darío Maldonado, leemos que uno de los personajes dice: “Compañero, acérquese y encájese un palo”. Y dice la copla: “Cuando dos se dan

18 Edgard Decanio. “El San Fernando de ayer 1788-2007. Colección fotográfica”, Fundación Histórica Cultural Doctor Ítalo Decanio D’Amico, p. 42.

el palo / me recuerdan el refrán: / Siempre se juntan los mochos / para poderse rascar”.

Es que la voz “palo”, en sentido coloquial, designa la cantidad habitual que se sirve en una copa. Así escuchamos: “¡Deme un palo doble!”. Por cierto, ese palo doble es el que se le obsequia a los músicos en los parrandos llaneros para estimularlos a continuar animando el bochinche. Asimismo, cuando un bebedor se bebe un trago de licor enorme, se dice que “ese tercio se está echando un palo’e músico”, o bien “un palo de pantalón largo”.

Para disimular o minimizar la bebedera de caña, los borrachones utilizan el simpático diminutivo “ito”: “Fulanito se pegó unos palitos”. En *Peonía*, de Romero García, leemos: “¡Tomemos otro palito!”. Job Pim recogía la expresión “¡estar del palito al cambur o viceversa!”, dos poblaciones vecinas, ubicadas entre Valencia y Puerto Cabello, queriendo significar de una manera satírica que un fulano es un consumado bebedor habitual.

Es muy frecuente escuchar la expresión “palotearse”: “¡Esa tercia le gusta palotearse los sábados!”. Asimismo al final de una fiesta, cuando los invitados se marchan, escuchamos a alguien decir: “¡Ese tercio no puede manejar así porque está bien paloteao!”. O también observamos a un amigo rogarle a un compañero de tragos: “¡Pana, bríndame un palitroque!”. Por cierto, ese “palitroque” es un palo rústico, sin labrar. En ese sentido, en Apure, en El Samancito, alguien expresa: “¿Cómo está el palitroque?”, “¡A aquel viejo le gusta el palitroqueo!”, o “¡Aquella chama está bien palitroqueada!”.

También existen similitudes entre trago de alcohol y golpe, como “tarrayazo”, “trancazo” y “lepe”. “Tarrayazo” empezó siendo expresión de pescadores, pero se ha extendido con el valor de golpe; así escuchamos: “¡Ese tipo anda buscando que le dé un tarrayazo!”, y también de trago, que puede ser la copa de alcohol que un fulano le sirve al amigo. Cuando Florentino Coronado, Quitapesares,

llega extenuado y sudoroso a la casa de Tereso Coromoto; este le sirve una copa de brandy y el cantor se lo toma de un solo sorbo; y el viejo Tereso Coromoto, sorprendido, le expresa: “¿Como que no crees que sea brandis de verdá? ¡Te has echao el tarrayazo al fondo del guargüero como si fuera aguardiente lavagallos!”.

“Tranca” refiere a ese madero grueso y resistente que se colocaba en nuestros desaparecidos tranqueros de madera de los corrales; también designa la borrachera, pues en nuestros llanos trancarse es emborracharse. Igualmente, “trancazo” en los llanos significa trago de licor. Se leía en El Morrocoy Azul: “Unos tercios se echaban sus lepecitos de costumbre”; me refiero a esos bebedores encapillados. También se escuchaba cuando alguien hacía algo de una sola vez: “¡Ese tipo se lo emburró de un solo lepe!”, queriendo expresar “de un solo golpe”. Hay otras expresiones llaneras referidas a la “moledera de caña”; por cierto, existen unos tercios a quienes llaman “trapiches” o “trapicheros” porque muelen la caña pareja. Entre esas simpáticas expresiones he recogido las siguientes: “¡Se echó un palo de ron de un solo guamazo!”, “guamazo” es el garrotazo, el latigazo o puñetazo. “¡Échame un pepazo!”, ese “pepazo” viene de semilla, pepa o hueso de algunas frutas.

“Guarapazo” define al trago fuerte de licor, de ahí la expresión: “¡Ese tipo está bien guarapeao!”. Por otra parte, “guarapazo” significa trago abundante; así se oye: “¡Me pegue un guarapazo!”. Han visto cómo la malicia del llanero ha cambiado al inocente “guarapo”, esa aromática bebida a base de café y panela dulce, que en la cocina del hato se sirve de madrugada a los peones en una humeante totumita, cuando van a iniciar las rudas faenas; una bebida que deja al bebedor “bien guarapiao” o “bien regañao”, que es lo mismo que decir “bien turulado”. “¡Aquel tercio se echó un lamparazo de ron que lo dejó echando chispas!”, “¡Ese zutano se bebió el trago de un solo lamparazo!”. Hay muchos pájaros bravos que beben de

gorra y por eso los llaman “gorreros”; en cambio, otros emplean la voz “tanganazo” y de allí se deriva la expresión “tangana”, similar a “sampablera” o “atajaperros”; por consiguiente, se oye: “¡Me saqué el frío con tres tanganaazos!”; por cierto, el tanganaazo es el garrotazo o golpe contundente. En todo caso, el frío es el pretexto que el borrachón utiliza para justificar la bebedera: “¡Aquel tipo, tempranito, se echó un tanganaazo!”.

En San Fernando se escuchaba decir a los borrachitos de la esquina La Lengua: “¡Ese tipo se echó un guarurazo!”, “¡A esa tipa le llovieron los guarurazos!”. En ese sentido, en Apure se dice que al borrachón que está bien palotiao que “le llovieron las guaruras”, como si nuestra inocente guarura hubiera sido la culpable de la borrachera idiota de esos viciosos. Asimismo se escucha en los llanos la voz “matracaazo”, para definir golpe contundente y trago de licor fuerte. Por cierto, en Caracas conocí un bar y restaurante llamado El Matracaazo y, al lado, un barcito de mala muerte llamado bar El Tufo. ¡Eso es el colmo de la bebedera! Ambos negocios se hallan entre las esquinas Solís y Muñoz, cerca de la avenida Baralt; de ahí que muchos tercios viven entre el matracaazo y el tufo; a sabiendas de cómo molesta el tufo de un borracho.

En Venezuela, en la época precolombina, nuestros aborígenes se embriagaban con bebidas fermentadas a base de maíz; luego, al llegar los conquistadores la agarraron con la caña. Así fue como en los llanos empezaron a proliferar los cañaverales, las moliendas de caña y los alambiques. Años más tarde, algunos “curiosos” comenzaron a preparar bebidas espirituosas a base de aguardiente, los conocidos ponsigué, guásimo, berro, guama, etc.; otros se emborrachaban con tragos de ron, anís, leche’e burra, ponche’e crema y, por supuesto, no faltaba la popular guarapita; mientras que el mantuanaje degustaba bebidas exquisitas como: los vinos de uva Moscatel, brandy,

whisky, vermut, champán, cidras, etc. La cuestión es que todos “se caían a palos”.

Hoy, como ayer, en el bar El Samancito, la moledera de caña se halla vivita y coleando, no solo en ese pecaminoso lugar, sino en los toros coleados, en los gallos, en las fiestas patronales, en los bautizos, en los matrimonios, en los cumpleaños, en las despedidas de solteros, en las graduaciones y hasta en los divorcios; incluso hasta en tiempos de Semana Santa, que supone un tiempo de recogimiento, no faltan los bebedores “encapillados”, esos tercios que beben a escondidas; y, por supuesto, no podían faltar los bebedores habituales que, en los botiquines como en el bar El Samancito, del “Renco” Villanueva, vivían metidos en el litro, contando chistes y “dándole a la sin hueso” y, por echárselas de chistosos, hasta “se ganan su lamparazo”.

En El Samancito, los echadores de broma a cada rato estaban con el chiste a flor de labios; así, escuchábamos a un bebedor contarle a otro:

Un borracho tropieza con un militar:

—Disculpe, mi sargento.

—¿Cómo que sargento?, ¿no ve las estrellas?

—Bueno, disculpa mi cielo.

Llega un borracho a su casa y le dice a su mujer. “Cariño, te tengo dos noticias: una buena y otra mala. He dejado la bebida, pero no sé dónde”.

La esposa le espeta al marido:

—Dime, ¿qué ganas tomando?

El borracho se queda pensando y responde:

—¡Nada, yo tomo sin fines de lucro!

Otra mujer reprocha a su marido:

—El médico te dijo bien claro que nada de copas.

—¡Si, por eso estoy bebiendo de la botella!

Un borracho va a Alcohólicos Anónimos y le preguntan:

—¿Vino solo señor?

—No... con hielo.

La vivienda donde estuvo el bar El Samancito se hallaba situada en diagonal a la antigua sede de la Gobernación del estado Apure, a una cuadra del colegio para señoritas Díaz Rodríguez, a dos cuadras de la plaza Bolívar y de la iglesia catedral, y a tres cuadras de la Logia Candor; es decir, el pecaminoso negocio funcionaba muy orondo en el centro político, cultural y religioso de San Fernando. Hoy, esa regia vivienda y el barcito de mala muerte han desaparecido y, en su lugar, se construyó el moderno edificio de oficinas Oficentro Apure, donde se hallan agencias de Cantv, Domesa y el Banco Activo.

Seguramente, a ese botiquín acudirían algunos empleados de la Gobernación del estado Apure, uno que otro parroquiano o algún frustrado intelectual; por supuesto, no faltaban los cuenteros, los chismosos o lleva y trae de entonces, quienes con su tóxica lengua propiciaron que el nombre de El Samancito, poco a poco, fuera desplazado por La Lengua, que en sentido figurado significa chisme, enredo, brollo, etc.

Hoy, el modernismo avasallador se ha llevado por delante algunas hermosas y valiosas casonas de antaño, derribando no solo las historias que otrora cobijaron, sino los nombres de las emblemáticas esquinas, como es el caso de la magnífica vivienda que albergara durante muchos años al bar El Samán, al que los numerosos lengua-larga que acudían a ese lugar transformaron en la popular esquina La Lengua.

14

La Cumaca

En esta ocasión voy a referirme a otra pulpería del barrio Jobalito, que estuvo activa desde comienzos de la centuria pasada hasta finales de la década de los años cincuenta de ese siglo, siendo conocida como pulpería La Cumaca, que le dio nombre a la conocida esquina La Cumaca, ubicada en el ángulo suroeste del cruce de las calles Páez y Palofuerte, frente al actual mercado de barrio Número Dos.

Estaba situada en una casona de adobe, de cuatro anchos portones y altas ventanas de madera, de techos de empaldecidas tejas rojas de greda, donde un buen día se estableció el comerciante Cristóbal Colón, “Coloncito”, quien no era un avezado almirante, sino un obrero de pico y pala, cantinero, guitarrista, cantador y peleador, y quien bautizó su negocito de víveres y mercancías secas La Cumaca. Por cierto, ese nombre indica que tal vez el hombre, en sus años mozos, andaría ganándose la vida por los lados de Caracas o de Barlovento, en el estado Miranda, donde el día 24 de junio de cada año, cuando se celebra la fiesta de San Juan Bautista, el santo más parrandero de Venezuela; y gozaría un puyero bailando tambor, admirando a esas sensuales negras de maliciosas miradas y muertas de la risa, moviendo de aquí pa allá y de allá pa acá las hermosas y anchas caderas al ritmo del taqui ti taqui de la mina, de la fulía, del culo’e puya y del cumaco.

Por supuesto, ya el viejo pulpero, tal vez evocando esos tristes recuerdos de un pasado alegre, bautizaría su negocito Pulpería La

Cumaca, el femenino de ese largo tambor de la costa del litoral central conocido como *cumaco*¹⁹. Así fue como este soñador le dio nombre a una casa de abastos llanera, donde no faltaban los víveres, las mercancías secas, las frutas de la región, las hortalizas, las verduras frescas, el cambur, el dedito de topocho; el frijol bayo, el colorado y el sabroso frijolito blanco; asimismo la panela de dulce,

-
- 19 La voz *cumaco* o *cumaca*, en el centro del país, designa a un rochelero tambor barloventeño, herencia de nuestras raíces africanas, que se ejecuta golpeándolo con ambas manos tras colocarlo en el piso y sentarse el ejecutante sobre él, marcando el sabroso y pegajoso ritmo del baile de tambor en las fiestas del parrandero, borrachón, bailador, fumador, cantador y enamorado santo, San Juan Bautista. El cumaco es un tambor que se utiliza en el litoral central en las manifestaciones culturales de influencia negroide, como son las llamadas Noches de San Juan –una sensual y ardiente parranda que se prende desde el amanecer del 24 de junio de cada año y que se prolonga hasta tempranas horas del 25; es decir, hasta que el hambre, el sueño, el cansancio y la borrachera idiota venza a los sudorosos y extenuados parranderos y parranderas. El cumaco es un instrumento de percusión largo, de uno a dos metros de longitud y se fabrica con el grueso tronco ahuecado de la ceiba o cumaca. Por cierto, *cumaca* en lengua caribe designa al árbol de ceiba –*Bombax Ceiba*–, de ahí, el nombre “cumaco” de ese festivo instrumento, con el que los esclavos traídos de África fabricaban el rochelero tambor cumaco. Por cierto, la ceiba o ceibo es un árbol de la familia *Malvaceae* –anteriormente perteneciente a la familia *Bombacaceae*–, como la ceiba de San Francisco, en Caracas, de gran envergadura, que puede superar los setenta metros de altura, con tronco recto, grueso –hasta tres metros de diámetro– y normalmente sin ramificar, formando una gran copa con ramas extendidas horizontalmente. Las raíces tabulares, extendidas por encima y por debajo del suelo, funcionan como arbotantes. El tronco y muchas de sus ramas están poblados de gruesas espinas cónicas. Las hojas palmadas se dividen en cinco o nueve folíolos más pequeños y cada hoja sobrepasa los veinte centímetros; de flores axilares, solitarias o en fascículos con 5 pétalos de color blanco, rosa o amarillo. Los frutos son cápsulas dehiscentes de unos quince centímetros, que contienen numerosas semillas de unos seis milímetros, marrones, de forma más o menos esférica, rodeadas por una fibra amarillenta.

la torta de casabe de “La Negra”, la cuarta de tabaco en rama, el queso de cincho; tampoco faltaban, por supuesto, las granjerías como la catalina, las tabletas de coco, los pandehorno, el besito de coco, el nutritivo y sabroso majarete, y el guarapo de papelón; pero lo que causaba mayor entusiasmo entre su asidua clientela eran sus famosos preparados o menjures a base de aguardiente con malojillo: el torco, la fruta e burro, el ponsigué, el guásimo o la canelita seca, que volvía locos a los alegres bebedores.

Escribía el abogado Pedro Laprea Sifontes, “El Cronista Lugareño”, que a ese negocio acudían diariamente a charlar José La Rosa, los hermanos Cupertino y Macabeo Jiménez, Juancho Carstens, los hermanos Humanés, los Rujana –Martín y Carmelo– y Daniel Castillo, entre otros asiduos visitantes.

Contaba Laprea que, en una ocasión, a Martín Rujana le dio por dedicarse al negocio de tostar, moler, empacar y luego salir a vender café molido, diariamente, en las bodegas; y que ese emprendimiento –como lo llaman ahora– marchaba a las mil maravillas, hasta que la “cuerdita” –los habituales moledores de caña de La Cumaca–, sabedores del asunto, todas las tardes, pacientemente, lo esperaban en la pulpería del almirante Cristóbal Colón para beberse la ganancia del día; hasta que un aciago día, luego de tantas celebraciones y brindadera de tragos a los gorreros, el floreciente negocio se vino palo abajo y el cafecero, para no perderlo todo, se vio en la necesidad de vendérselo a don Daniel Castillo. Los de la famosa “cuerdita” pensaron hacer lo mismo con él, pero el zamarro Castillo no cayó en ese juego y los dejó plantados, con los crespos hechos y la garganta más seca que medanal en verano.

Más adelante, escribía Laprea Sifontes en el periódico apureño *El Llanero*, que Cristóbal Colón, junto con sus amigos Víctor Rojas, Luis Felipe Baroni y Luis Elías Pérez, tenían la costumbre de

celebrar cada año el día de la Virgen del Carmen, obsequiándoles tres piñatas a los niños del barrio Jobalito:

En la esquina La Cumaca los 16 de julio de cada año, día del Carmen, se ponían tres piñatas. La primera era una enorme tinaja llena de caramelos, mediecitos –medio real de plata– para los niños. La segunda era una calabaza –auyama– grande, adentro se llenaba con gatos a los que les anudaban monedas de cinco bolívares –llamados coloquialmente fuertes o cachetes de plata– en el cuello; allí los metían con caramelos, realitos y objetos propios para zagaletos. Cuando la piñata era reventada salían los gatos corriendo y la muchachada detrás para quitarles las monedas. La tercera piñata era para personas adultas: era una enorme tapara llena de caramelos y un avispero que, al romperse, salían las avispas a picar a los presentes. Estas particulares fiestas del Carmen las organizaban Víctor Rojas, Luis Felipe Baroni y Luis Elías Pérez, hombres maduros y serios, que tenían sus debilidades para divertir sanamente al pueblo y barrio de Jobalito.²⁰

Con el transcurrir del tiempo, a La Cumaca le salió un competidor: el bar El Cumaco –ángulo noreste del cruce de las calles Páez y Palofuerte–, propiedad de Marcos Guerrero, que también tuvo nombradía pero no como La Cumaca. Años más tarde, el viejo pulpero vendió su negocio a don Luis Elías Pérez, quien fue su último propietario. Hoy ya no está la concurrida casa de abastos ni la casona de paredes de adobe que la cobijó; en su lugar, ahora se halla una moderna edificación de mampostería. Tampoco está aquel simpático pulpero de blanca bata y de ñapas ni los parroquianos regateando precios, ni los sudorosos viandantes haciendo un alto en el camino para echarse un sabroso pepazo o un guamazo de Aniceto o Rondón; ni los niños cayéndoles a palos a aquellas vistosas y coloridas piñatas. De ese bucólico paisaje urbano que se fue solo quedan los recuerdos de los viejos apureños.

20 Pedro Laprea Sifontes. *El Llanero*, San Fernando, número 295, 16-05-1981, p. 4.

15

Cantaclaro

Cantaclaro fue un popular y conocido restaurante de San Fernando, que estuvo activo desde comienzos de la década de los años cuarenta de la centuria pasada, hasta finales de los años sesenta; y que le dio nombre a una céntrica y concurrida esquina del barrio El Mamón –actual Centro Valle–, conocida como Esquina Cantaclaro –ángulo noroeste del cruce de las calles Bolívar y 24 de Julio, diagonal al desaparecido Cine Royal–. Fue una magnífica fonda, de propiedad del apureño Luis Castillo, quien había sido un consumado fabricante de zapatos que elaboraba en fino cuero de res, y quien tuvo su taller en la calle Bolívar, entre calles Juan Pablo Peñaloza –actual Boulevard– y la calle 24 de Julio. Ese artesano había aprendido el oficio de un experto zapatero italiano conocido como Luis Liporacci, quien, lamentablemente, los últimos años de su existencia los vivió en la indigencia.

Años más tarde, Luis Castillo dejaría el taller de zapatería y fundaría, a principios de la década de los años cuarenta, el popular restaurante. Seguramente, como ocurrió con casi todos los apureños de entonces, leería la novela *Cantaclaro*, que en el año 1934 publicara con tanto éxito don Rómulo Gallegos. Probablemente, esa obra sobre la llaneridad influiría en el ánimo del incansable Luis Castillo y, en honor a ese magnífico relato sobre su tierra, nombraría su negocio restaurante Cantaclaro, que con el transcurrir de los días sería un destino gastronómico de San Fernando.

Esa fonda estaba ubicada en una casona de tres amplios portones, dos que miraban a la calle Bolívar y uno que daba hacia la 24 de Julio –todavía se conserva esa vivienda–; y donde orgulloso colocó en la fachada dos bonitos y enormes anuncios donde resaltaban las palabras: “Restaurante Cantaclaro”. Dado que la casona donde estaba ese establecimiento era muy amplia –ocupaba media cuadra de la calle 24 de Julio–, permitió que don Luis se instalara cómodamente con su familia. El Cantaclaro fue pionero en la especialidad de tostadas, al tiempo que ofertaba platos de la gastronomía nacional e internacional que, afanosamente, preparaba su propia esposa, la arichunera doña Margot Arana de Castillo: cual afamada chef en su cocina, al frente de sus ayudantes, se esmeraba en preparar apetitosos mondongos de toro negro, sopas de res, de gallina negra o de pato, o pastas y carnes en casi todas las variedades; empanadas, pastelitos, arepitas fritas espolvoreadas de queso blanco llanero; orejitas; postres como *pound cake* –los conocidos ponqué–, tortas de pan, quesillos; dulces de lechosa, de higo, de leche; mientras que, en la barra, los empleados hacían magia aderezando los apetitosos sánduches de pan cuadrado, a la par que vendían cigarrillos y preparaban café, batían jugos y bebidas achocolatadas como el Toddy y la Ovomaltina.

En el Cantaclaro había diez mesitas con cuatro sillas cada una. Me cuentan viejos apureños que cada una de las mesitas estaba numerada y, sobre ellas, pendía un cable del cual colgaba un botón que el comensal presionaba y enseguida un ruidoso timbre sonaba en la barra, señal de que uno de los clientes solicitaba la atención de uno de los meseros; también disponía de un salón reservado, donde había cinco mesas de madera, adornadas con un bonito mantel de cuadros rojos y blancos, o verdes y blancos, y rematadas por un lindo florero, indicadores de que ese espacio era exclusivo para personajes importantes, conocidos entonces como “pesaos” o gente de plata, a los que ahora se les llama personas VIP.

En ese reservado, el novio esperaba ansioso a la enamorada, que llegaba junto con su madre o acompañada de su chaperona –una adusta tía solterona, que con su cara bien amarrada vigilaba a los novios–, señal de que esos personajes cenarían esa noche en el Cantaclaro y después asistirían a una de las funciones del teatro Cine Royal.

En aquel tiempo, a finales de la década de los años sesenta de la centuria pasada, disfrutar una velada en el teatro Cine Royal y luego degustar una deliciosa cena en el restaurante Cantaclaro era una celebración fuera de serie, en la esquina Cantaclaro.

16

Botellofont

Fue una concurrida taberna del San Fernando de principios del siglo xx, conocida como bar Botellofont, situada en la intersección de las calles José Cornelio Muñoz y 24 de Julio, del barrio Perro Seco, que le diera nombre a la esquina Botellofont.

El domingo 24 de octubre del año 2010, hallándome en la población de San Rafael de Atamaica, celebrando el onomástico de su santo patrono San Rafael, el cronista de Maracay, Oldman Botello, me informó que el nombre del bar Botellofont obedecía a que en esa taberna actuaba un músico que tocaba un extraño instrumento musical, constituido por botellas de vidrio, que él llamaba “botellófono”.

Por supuesto, esa no es la única versión que existe, pues hay otra que me parece más verosímil y es la del apureño Eduardo Torres, quien en tiempos en que fuera gobernador del estado Apure el capitán Luis Aguilarte Gámez, fungía como encargado de protocolo de esa gobernación. Casualmente, también en el mes de octubre del año 2010, Torres me informó que la esquina Botellofont se llamó así porque en ese lugar se hallaba un botiquín llamado Botellofont, cuyo nombre se originó de la unión de los apellidos de los dos socios fundadores: uno de apellido Botello y el otro, un francés, de apellido Font; y de la fusión de esos dos apelativos se creó Botellofont.

Hasta finales de la centuria pasada había en San Fernando muchas casonas de adobe y techos de tejas, que en muchos casos cobijaban a las numerosas tabernas del pueblo. Los cantineros se instalaban en

aquellas casonas situadas en las más transitadas esquinas del pueblo. Eran las conocidas “casas montoneras” que poseían un montón de dueños, es decir, propiedad de todos y de ninguno de los herederos; y, por lo tanto, lamentablemente algunas eran abandonadas o, en el mejor de los casos, alquiladas. Generalmente, eran unos caserones de anchas paredes de adobe, de anchos portones, altos ventanales de madera y techo de tejas, y anchos y largos corredores que daban a un bonito patio, donde las amas de casa cultivaban un bonito jardín; asimismo poseían un traspatio donde estaba el gallinero, algunos árboles frutales y, por supuesto, un chiquero para los cochinos a los que sus dueños, después de alimentarlos muy bien, un sábado cualquiera se antojaban beneficiarlos.

Esas viviendas eran las predilectas de los pulperos y cantineros; generalmente, eran solitarios sexagenarios que se hacían acompañar de un fiel perro guardián o de un pícaro gato dormilón, echado en el mostrador. Lo cierto es que esos tercios hallaban en esos espacios su anhelada felicidad, representada por la presencia de los asiduos clientes y los sempiternos sacadores de fiado. En esos espacios instalaban su negocio de víveres y mercancías secas, conocidos como pulperías; o sus botiquines que eran atendidos por su propio dueño que, generalmente, era un hombre solo, bonachón y que en otros tiempos había sido peón de hato, soldado del ejército de Gómez o policía.

Su negocio constaba de un rústico mostrador de madera, detrás del cual el simpático cantinero se desplazaba afanoso de un lado para el otro; adosada a la pared, se hallaba una rústica estantería de madera donde se exhibían algunas botellas de ron, aguardiente, leche'e burra, ponche crema, anís, cocuy, y preparados a base de caña clara; asimismo unos cuantos vasos de vidrio y otras tantas copas, unas ocho mesas de madera y cuatro silletas de madera y

cuero templado, en las que se acogían a los clientes y a las pícaras y hermosas cortesanas que animaban el lugar.

En las paredes destacaban los antipáticos anuncios: “Hoy no fío, mañana sí”, “Solo atendemos adultos y con uso de razón”, “El que fía salió a cobrar” o “Se reserva el derecho de admisión”; no faltaba algún desteñado afiche del “Morochito del Abastos”, Carlos Gardel o alguno de Rodolfo Valentino o de Greta Garbo; y, por supuesto, tampoco faltaba, pegado en la pared, el cursi almanaque Rojas Hermanos, y en las puertas, colgando, las pavosas cortinas de Lágrimas de San Pedro.

Hasta finales de la década de los años cuarenta en los bares de San Fernando no había la atractiva presencia de las escandalosas rocolas; entonces, los cantineros debían contratar los servicios de un clarinetista, un cuatrista, un maraquero y un cantante, y ya tenía armado un conjunto de música de viento o música cañonera; pero los que más se utilizaban en aquellos años eran los conjuntos de música típica llanera, integrados por un arpista, un cuatrista, un maraquero y un cantante, quien amén de agitar con destreza los capachos, animaba con su grito altanero las numerosas y bonitas figuras y notas que el compás de un relancino joropo exigía a los extenuados bailadores.

Esos músicos eran unos diestros ejecutantes de los instrumentos que, sin ayuda de un costoso amplificador y de unos enormes y potentes parlantes, hacían prodigiosas interpretaciones que alegraban hasta el amanecer los ánimos de los asistentes. Entre esos virtuosos concertistas destacaba, en los años veinte, el arpista apureño Ruperto Sánchez, de quien se dice que fue maestro del arpista cunavichero Ignacio Indio Figueredo, el creador de los pasajes “María Laya” y “El Gabán”, entre otros cientos de excelentes composiciones.

Ruperto Sánchez fue un destacado ejecutante de arpa, de quien se podría decir que de lo más granado que tuvo el viejo San Fernando.

En su época de arpista reconocido tuvo una cantina llamada El Remolino –ángulo sureste del cruce de las calles Sucre y Coto Paúl–, un botiquín con todas las de la ley y de mucho renombre, donde los músicos deleitaban a los asistentes hasta más no poder; se dice que competía de tú a tú con el bar Verdún, El Hijo de la Noche, El Águila Real y hasta con Botellofont.

Se dice que El Remolino era uno de los lugares preferidos de los residentes del pueblo y de los cabestreros, quienes, arreando puntas de ganado desde el Bajo Apure, llegaban extenuados a San Fernando y debían pernoctar en las posadas del pueblo; pero antes se iban al Botellofont en busca de solaz y de un amor casual y, al día siguiente, en la madrugadita, emprendían felices su arduo periplo por las sabanas del Guárico, rumbo a los centros de acopio allá en Villa de Cura, Cagua o Turmero.

Cansados de bregar durante muchos años con los fastidiosos borrachones, los dueños originarios –Botello y Font– decidieron un día disolver la sociedad, traspasando las acciones a la apureña Juanita Oviedo, quien junto con su esposo, José Colmenares, atendían con empeño a la clientela hasta finales de la década de los años cuarenta, cuando cerró sus puertas definitivamente.

El bar Botellofont se hallaba en el barrio Perro Seco, cuando sus calles se llenaban de polvo o barro según la estación del año y pobladas por irregulares casas de bahareque, construidas con horcones, piritu, paredes de barro batido con paja y techo de palma real o tejas. Perro Seco estaba emplazado entre la calle Páez al norte y la actual avenida Carabobo al sur, y entre las calles Fonseca, Peñaloza y 24 de Julio, que entonces llegaban hasta la desaparecida laguna Perro Seco, a la que debe su nombre.

En cuanto al entorno de Botellofont, podemos decir que por la calle 24 de Julio, al lado de ese bar, estaba la escuelita de las primeras letras de las hermanas Velásquez, donde la Niña Candelaria

Velásquez, acompañada de Mercedes, Anita, Susana y –el único varón– Manuel, aplicaban la pedagogía de los peladientes, jalones de oreja, coscorriones y el palmetazo, como convincente argumento con el que hacían entrar en la cabeza de los párvulos las primeras letras y la tabla de sumar, restar, multiplicar y dividir. En ese centro educativo, los padres pagaban dos bolívares mensuales por cada uno de los niños; se decía que quien no aprendía a leer y a escribir con las Velásquez, se podía dar por analfabeta para el resto de su vida, porque allí se aprendía porque sí, ya que ese centro de estudios era lo que ahora se conoce eufemísticamente como “tareas dirigidas” o “refuerzo pedagógico”.

A una cuadra del bar Botellofont estaba la pulpería La Vencedora, de Telésforo Pérez, a quien siempre se le veía ofertando el kilogramo de queso de cincho a un realito; también se escuchaban, en el cruce de las calles Muñoz y Juan Pablo Peñaloza, los gritos de Pastora Hidalgo o Domingo Ramos, quienes en carretilla o en burro ofrecían, a precio de gallina flaca, la leche fresca recién traída de las queseras de Pedrito Solórzano o de otras queseras aledañas al bucólico pueblo.

La laguna Perro Seco estaba ubicada en el extremo sur de San Fernando, donde convergían paralelamente las calles 24 de Julio, Peñaloza y Fonseca –exactamente donde ahora se halla la estatua ecuestre de Páez–. En su recorrido, en la Calle 24 de Julio estaba Botellofont, que comprendía de norte a sur la fachada este del edificio de los Hermanos Barbarito y el parque Independencia; La Colmena, de don Chicho García; la Panadería Moderna, de Pablo Rodríguez –actual Banco Provincial–; el Hotel D’Anelo, del musíú José D’Anelo –donde estuvo la Botica Central–; el negocio de don Jorge Molina, sucesivamente ocupado por los negocios de Emilio Aquino y José Alberto Pinto Coronado; el negocio de don Concho Vivas –donde después estaría la ferretería Vivasco–; la quincalla y

casa de familia de don Manuel Chang; la tienda del “Catire” José Miguel González; la joyería del italiano José Faoro y su célebre Caimana; la casa de familia de los Chacón; la vivienda de Amelia Castillo; el Cine Royal; la barbería de Félix Tovar; la casa de Carmen Pérez; el billar de Tranquilino Gioiella, donde después vivió la hermana del ingeniero agrónomo César Humberto Ramos, autor de la novela *Romance en Caramacate* y la crónica *Remontando el Apure histórico 1931-1952*; y el pilón del trinitario Bates. Enfrente seguía la esquina Palermo –ángulo sureste del cruce de las calles Sucre y 24 de Julio–, diagonal a la actual tienda San José.

Por la calle Juan Pablo Peñaloza, de norte a sur, después del bar Trina Omaira y por ambos lados de la calle hasta Perro Seco, estaba la ferretería Agencia Royal, de Jesús Aponte; la casa de familia de José Gabriel Rodríguez; el ala este del Palacio Fonsequero; la desaparecida cancha de basquetbol Ayacucho –donde ahora está el restaurante Barrancas de Arauca–; la casa de Angelito Reyes, la de doña Ángela Bello, la de doña Virginia Terán; la gallera de Lorenzo Hernández; la casa de la familia Avendaño, situada en la esquina Puente Hierro; la casa de Balbina Rodríguez; la pulpería de Cirilo Fajardo y la casa de familia del negro Juan Troconis.

También, la calle Fonseca integraba el *hinterland* de Botellofont, pues para llegar a esa cantina había que pasar por la casa de familia y empresa de teléfonos de Emilio Rodríguez Saintón –esquina La Frontera–; la zapatería de Atanasio –apodado cariñosamente, Atanasio Girardot–, donde después estuvo la clínica del médico León Tirado, actualmente sede del Centro Médico Boulevard; la casa de familia de los Porras Maica, con su enorme mata de dátil en el centro del patio, donde años más tarde funcionó el taller mecánico de Guerrita; el solar que luego fue cancha de basquetbol; las casas de Tomás Rodríguez, Eloína Mejías, Sofía Rodríguez, los Melo Ruiz, Ana Rosa Borjas; la pulpería La Vencedora, de Telésforo

Pérez, seguida de las viviendas de Clementina Hurtado, Fermín Castillo, Guerrita, los Ramírez, los Rodríguez, los Bermúdez, los Reyes, los Morales, los Marín Aponte, los Pérez y Juanita Toledo, seguidas de otras residencias de honorables familias. El entorno de Botellofont también lo constituían el barrio los Robles y el barrio el Cuartel –Cuartel Guaicaipuro, hasta hace poco Retén Judicial–; y los puertos Barbarito, Ligerón y El Tamarindo.

En este trabajo se ha hecho una aproximación a la evolución de un botiquín de pueblo, conocido como bar Botellofont, que le dio nombre a la esquina epónima y que hoy, junto con sus cantineros, sus músicos, sus cortesanas de oficio, sus asiduos borrachones y sus fantasmas, alimentan una leyenda urbana que me inspiró a escribir un cuento fantasmal llanero titulado *El descuartizador de Botellofont*. De ese pasado no quedó nada porque la vetusta casona, un aciago día, fue echada abajo junto con su leyenda y en su lugar se halla una moderna edificación de dos niveles.

17 El Sol

En la primera parte de este capítulo me referiré al sombrero, una hermosa y útil prenda que, con orgullo, se ha convertido en símbolo de la llaneridad; la segunda parte se la dedicaré a un oficio y a la vida de un avezado cultor apureño, que hasta finales de la década de los años sesenta de la centuria pasada se dedicaba, en San Fernando de Apure, al arte de restaurar sombreros de fino paño de fieltro:

El sombrero: hermosa y útil prenda

Desde tiempos ancestrales, destacadas personalidades en Venezuela han usado sombrero; entre ellos Miguel Otero Silva, Gustavo Machado –ambos muy aficionados a las riñas de gallos; eventos al que asistían luciendo un pelo’e guama negro–. Aquí en Apure se veía transitar por las soleadas calles de San Fernando al poeta apureño Julio César Sánchez Olivo, quien casi siempre se protegía de los rayos del sol con un magnífico pelo’e guama negro; o al músico y compositor Juan Vicente Torrealba, a quien se le miraba al lado de su “camoruca”, luciendo un magnífico sombrero borsalino; o al músico, cantante, humorista y compositor aragüeño Simón Díaz.

También lo usaba el maestro Rómulo Gallegos cuando, por primera vez, arribó al estado Apure en el mes de abril de 1927, cuando se dedicó a recabar apuntes para sus novelas *Doña Bárbara* (1929) (1929) y *Cantaclaro* (1934), según lo muestran dos viejas fotografías tomadas en abril de ese mismo año en el hato La Candelaria: en

una, se ve al maestro bebiendo agua en una totuma y luciendo un hermoso pelo'e guama negro; y en la otra, se le observa sentado sobre los restos de un enorme caimán que los peones del hato habían cazado ese día; allí se le ve sonriente, trajeado de altas polainas de cuero, luciendo un ancho pelo'e guama y barboquejo negro de cuero, y rodeado de algunos peones del hato, entre los que destacaban, en primer plano, un larguirucho de pelo'e guama alón, que en la novela *Doña Bárbara* sería el personaje Pajarote:

... el de la mano entregadora de hombre leal al estrechar la que se le ofrece y a Carmelito, el desconfiado, a quien había que demostrarle, con ejecutorias visibles, que tuviera en el pecho corazón de hombre bueno de a caballo y bueno de verdad. Franqueza y recelo, dos formas de una misma manera de ser llanero.²¹

... de último y de pie se observa, ensombrerado con un desgastado pelo'e guama, a Antonio José Torrealba, el “Renco Torrealba”, caporal de sabana del hato La Candelaria e informante del escritor, quien en la novela *Doña Bárbara* sería Antonio Sandoval, el caporal del hato Altamira. También, en otra viñeta, vemos al joven poeta barinés Alberto Arvelo Torrealba, luciendo un pelo'e guama negro; al coplero Ángel Custodio Loyola, el del grito recio altanero, trajeado de liquilique blanco y sombrero borsalino; al general patriota José Antonio Páez, “El Taita”, como lo llamaban sus avezados lanceros, a quien se le vio en medio de la tostada sabana apureña, sobre los lomos de un brioso caballo rucio, lanza en mano, sombrero alón y barboquejo en el cuadrado mentón, arengando a su rústico ejército con su lenguaje aliñado de ajos en las Queseras del Medio (2-04-1819), que fue immortalizado en el célebre cuadro *¡Vuelvan caras!*, del artista valenciano Arturo Michelena.

21 Rómulo Gallegos. *Doña Bárbara*, Fundación Editorial El perro y la pana, Ministerio del Poder Popular para la Cultura, Caracas: 2007, p. 8.

Asimismo al intérprete de la canta recia llanera, el coplero Francisco Montoya; y, por supuesto, no podía faltar el más importante de los ensombrerados, me refiero a Simón Bolívar, el Libertador, a quien se le observa de perfil en un dibujo a lápiz sobre papel, luciendo un sombrero panamá o jipijapa, de ala ancha, vistiendo una sobria casaca de campaña; por cierto, cabe hacerse la conjetura, si acaso ese dibujo se lo haría el artista en la semana del 30 de enero al 6 de febrero del año 1818, cuando el Libertador arribó por primera vez a tierras apureñas a conocer al “Taita” Páez, para emprender juntos la llamada Campaña del Centro.

Nuestro sombrero no solo es un bonito atuendo, sino una útil herramienta de trabajo; tanto es así, que ha sido utilizada por los Padres de la Patria en sus campañas, por los cantores, los intelectuales, los poetas, los músicos; por el peón de sabana, que comprometido por el sorpresivo ataque del cuerno asesino, opta por sacarse un salvador “carpetazo”; y, sobre todo, quienes más lo usaron fueron los humildes pata en el suelo Juan Parao y Juan El Veguero. Hoy ya no están esos ilustres ensombrerados mientras que el mestizaje sí está vivito y coleando, echando más vainas que una mata’e frijol.

Y ahora, ese hombre de toro, sogá y caballo no quiere saber nada de su noble, viejo y fiel amigo, el sombrero de cogollo, el barbisio, el borsalino o el pelo’e guama. Ahora se le mira arreando ganado, ordeñando, queseando, cantando, bailando “calzado” con una “vistosa gorrita”.

Manuel Zapata: un destacado cultor apureño

Hasta aquí se ha hecho una revalorización de un importante atuendo del hombre de toro, sogá y caballo llanero, como es el atractivo y útil sombrero, al que el habilidoso cultor apureño Manuel Zapata restauraba con amor y denuedo, hasta dejarlos nuevecitos, “como de paquete”.

Fue en el ángulo suroeste de la intersección de las calles José Cornelio Muñoz y El Yagual, frente al parque infantil Andrés Eloy Blanco, del desaparecido barrio El Mamón –actual Centro Valle–, donde el artesano apureño Manuel Zapata comenzó a ejercer esa hermosa profesión que, por cierto, combinaba con el noble oficio de barbero; así fue como a este ducho fígaro llanero, un buen día, le dio por convertirse en un competente restaurador de sombreros de fino paño.

Recuerdo que el 2 de febrero de 2021 entrevisté a Lourdes Zapata, profesora de Pintura de la Escuela de Artes Plásticas de San Fernando de Apure Juan Lovera, quien con mucho orgullo me informó que era sobrina de Manuel Zapata, y que recordaba cuando de niña su madre la llevaba al parque infantil Andrés Eloy Blanco a deslizarse en el tobogán o a dar vueltas en una rueda, o a columpiarse o a correr por las camineras del bucólico parque.

Evocaba que, hallándose extenuada de tanto corre-corre y muerta de la sed, le rogaba a su progenitora que la llevara al tallercito de su tío Manuel, situado frente a ese lugar de esparcimiento. Al llegar, lo primero que hacía era pedirle la bendición y, de una vez, la sudorosa y jadeante carricita le solicitaba un vaso de agua que, muy amablemente él, se lo servía con un remillón que introducía en una tinaja de barro cocido que conservaba en un rincón del local, del cual la muchachita ingería hasta tres vasos.

Una vez saciada la sed, se sentaba al lado de la madre en un rústico banco de madera, desde donde se entretenía mirando el enorme espejo y algunos recortes de periódicos adheridos a la pared, en los que resaltaba un recio coleador ensombrerado revolcando a un peligroso toro candelariero; las figuras de los actores y cantantes aztecas Pedro Infante y Jorge Negrete luciendo sus enormes y vistosos sombreros de charro; la imagen del grandeliga Alfonso Chico Carrasquel haciendo de las suyas en la gran carpa; o la del torero

César Girón haciéndole una “verónica” o la “girondina” en el Nuevo Circo de Caracas a un bravo toro de Guayabita.

Alelada, miraba a la seductora y nerviosa catira Marilyn Monroe tratando de sujetar la terca falda; o de igual manera se entretenía observando a su tío tratando de raparle el coco a un malcriado niño o cortándole el cabello a uno de sus asiduos y caprichosos clientes, a quien entre el chischás de la tijera o el afilado de la mellada navaja de afeitar en la correa de cuero, le narraba, con lujo de detalles, el acontecer cotidiano y los dimes y diretes nacionales e internacionales. Curiosa observaba los moldes de madera elaborados por este artesano, con los que le daba forma original a los maltratados sombreros para arreglar; tampoco quitaba la mirada de la grandota y pesada tijera ni del enorme mesón de madera, donde el artesano tenía apilados varios estropeados y curtidos sombreros para reparar o limpiar, pero lo que más le llamaba la atención era la vieja, enorme y pesada plancha de hierro a carbón con la que alisaba las delicadas prendas.

Por supuesto, tampoco apartaba la vista de los rollos de cintas de fina y resistente seda importada que el tío utilizaba para proteger internamente la costosa pieza y, externamente, para darle prestancia y llamativa belleza a aquellas obras de arte magníficamente restauradas. Asimismo se extasiaba viendo en una vitrina-mostrador algunos vistosos sombreros barbisio, borsalino o pelo’e guama, listos para la entrega a sus dueños o para la venta al público; o contemplando, adosados a la pared, otros que estaban envueltos en delicado y vistoso papel celofán: unos de ala corta y otros de ala ancha –sombreros alones–, igualmente terminados para la entrega o para la venta.

Algunas veces, intrigada, se divertía mirando a su tío reparándolos o limpiándolos hasta dejarlos nuevecitos. Eso sí, me contaba, que él era muy delicado con sus artículos; por nada del mundo permitía que nadie le manoseara sus preciadas piezas. Así, atenta, escuchaba la particular manera como el tío Manuel le advertía a sus clientes el

cuidado que debían prodigarle a su preciada mercancía: “¡Amigo, si no lo va a comprar no lo manosee!”; o la otra convincente expresión que ella, por ser en un lenguaje figurado o poético, no alcanzaba a comprender: “¡Amigo, por si acaso se atreve, toque con los ojos y vea con los dedos!”.

También recordaba Lourdes que su tío, antes de dedicarse a restaurar sombreros, ejercía la profesión de barbero en el cruce de las calles Páez con Mucuritas, frente a la pulpería de un señor de apellido Millán, donde trabajó en sociedad con el también barbero Ramón Veliz, “Mata’e bola”. De ese lugar se mudaría con su barbería a la casa de Castillo, diagonal a la vivienda del pulpero, locutor, músico, poeta, deportista, periodista y humorista apureño Miguel Siso, quien vivía con su madre, doña Lucinda de Siso, en una bonita casita de bahareque, techo de tejas a dos aguas, pequeño corredor y hermoso jardín. Fue en la casa de Castillo donde Manuel se instaló con su barbería y donde años más tarde se daría a conocer como experto restaurador de sombreros.

Recuerdo que el 10 de febrero de 2021 entrevisté también, en el parque Andrés Eloy Blanco, al sanfernandino Iván Zerpa, hijo del boticario y fotógrafo Jorge Zerpa y hermano del también fotógrafo Fabián Zerpa, quien me contó que Manuel Zapata era un catire retaco, bonachón y, como todo barbero, buen conversador. Cuando lo conoció en su oficio era un hombre de unos cincuenta y pico de años de edad y ya era un artesano muy solicitado en la capital del llano venezolano y, lamentablemente, sus hijos no aprendieron ese bonito arte. La hermosa vivienda donde tenía su barbería y taller de restaurar sombreros era de propiedad de su amigo el señor Jesús Castillo, quien le había arrendado ese espacio.

Manuel vivía con su familia en la calle Muñoz, a cuadra y media del taller, entre las calles La Miel y Las Mucuritas. Mientras él restauraba sombreros y le cortaba y le tomaba el pelo a los pelúos

o mechúos parroquianos, su esposa, la señora doña Mercedes de Zapata, “Doña Merce”, se afanaba en preparar una deliciosa y reconocida jalea de mango, que era muy solicitada; por cierto, elaboraba las panelas de jalea de mango similares al tamaño de un pan de sánduche cuadrado y, por eso, dicen viejos sanfernandinos que su jalea era muy apreciada, pues había clientes que venían de otras ciudades a comprarla.

Doña Merce era una simpática trigueña de baja estatura y mediana contextura. En la elaboración de la jalea sus pequeños hijos la ayudaban en ese bonito oficio, quienes, como la célebre María, la tercia de la canción “María dale paleta”, también se fajaban a darle paleta a la mezcla hasta darle “punto”, es decir, hasta darle la consistencia adecuada. Una vez listo el producto, los niños salían presurosos, como cualquier *delivery* de hoy, a hacer las respectivas entregas a domicilio y, después, a recorrer el pueblo calle arriba y calle abajo, ofertando por las soleadas y polvorientas calles la apetecida y solicitada granjería. Además, elaboraba unas deliciosas tabletas, llamadas ahora, eufemísticamente, “conservas”, aderezadas con coco rallado y panela dulce.

A mediados de la década de los años setenta, Manuel muda su taller para su casa de familia y más tarde se va a vivir con otra compañera al barrio La Defensa; mientras que doña Merce, junto con sus pequeños hijos, continúa, ahora con más ahínco, elaborando las solicitadas jaleas y tabletas. En La Defensa, Manuel se instala con su barbería y sombrerería y, entre los cortes de cabello y bromas, sigue renovando las finas piezas que hasta allá le llevaban sus fieles e incondicionales clientes. Entre sus clientes se contaban los hateros, los caporales de hato, alguno que otro peón de sabana, los cabestreros, los coleadores, los cantores de música recia llanera; los tenderos del pueblo, como Juan Bautista Loreto, de la tienda La Llanera –calle Comercio, entre calles Ricaurte y Arévalo González–;

don Valentín Mujica, de la conocida Casa del Ganadero –calle Comercio entre calles Arévalo González y Ricaurte–; don Carmelo Rujana, de la Casa Altamira –entre calles Comercio y Madariaga–; Néstor Hernández, de La Ranchera –cruce de las calles Comercio y 24 de Julio–; quienes siempre le enviaban sombreros a renovar, que, de tanto tiempo de estar en exhibición en sus negocios, sufrían ligeros daños; o los que los clientes de estos les llevaban también para arreglar. Por supuesto, esos no eran sus únicos clientes, ya que había otros tenderos que también le hacían esos encargos. La clientela de Manuel era numerosa, pues también reparaba los sombreros de ala corta; y es que, hasta finales de la década de los años setenta, la mayoría de los sanfernandinos utilizaban el sombrero de paño de ala corta.

El Sol fue un punto de encuentro en el barrio El Mamón. Posiblemente, el negocio fue bautizado con el nombre del astro rey, ya que Manuel Zapata utilizaba los rayos de radiante luz que temprano en la mañana bañaban el frente de la vivienda; en ese sentido, colocaba en la acera los sombreros ya reparados para que se “asolearan” y, de esa manera, eran sometidos a un secado natural que les resaltaba el color y les daba la textura adecuada. Quizás en agradecimiento a esa lámpara natural, el artesano bautizó su taller sombrerería El Sol, y así nació el nombre de la popular y concurrida esquina El Sol.

Es que Manuel renovaba con empeño aquellas valiosas piezas, después de haber estado presentes en el caney sillero, pegados en una trasnochada porfía como la que hace muchos años protagonizaron un malicioso catire y el “maligno”, o el que acompañó a los recios patriotas llaneros en la gesta libertadora; el que anduvo con el silbo y la tonada del puntero, arriando mañosos rebaños de ganado rumbo a los centros de acopio, donde afanoso se le veía vadeando caños, esteros y lagunas, o esguazando chiribitales en esos rastrojales; el que

acompañó al empecinado bailador en esos parrandos del camino; el que en la gritería de los gallos, sudoroso, casaba las apuestas; el que de madrugada, al pie de una ventana, enamoraba a la amada con su canto trasnochador; el que en las tardes de toros coleados agarraba por la cola al mañoso toro para ganarse un beso y una cinta; el que en el patio de bolas celebraba con su dueño el certero y oportuno arrime o el sonoro boche clavado; y también a ese sombrero empegostado de bosta o enterrado del polvo del camino lo dejaba nuevecito.

El oficio de Manuel consistía, únicamente, en reparar o limpiar sombreros; jamás fabricó uno. Acotaba Iván Zerpa, asimismo, que era muy laborioso en su oficio y que elaboraba sus propios moldes y prensas de madera que le daban la forma original a las piezas; y que a El Sol acudían muchas personas, puesto que unas iban a afeitarse y otras a comprar, o a que les restauraran sus valiosas prendas. Se lamentaba Iván de que ninguno de sus hijos hubiesen aprendido ese arte que el padre ejerció hasta el día de su fallecimiento.

Conclusiones

Esta obra, amén de entretener, también ha sido concebida como si fuese un “vademécum” –va de la mano o manual– útil para el docente y para el estudiante de los tres niveles de educación formal; también para el investigador de las ciencias sociales, el turista, el escritor, el periodista, el novelista y el cuentista; en fin, para todo aquel interesado en conocer la evolución cultural de la capital del estado Apure.

Asimismo ha sido concebida como un factor de identidad, ya que la toponimia –rama de la geografía histórica– toma en cuenta las razones que asistieron al pueblo a la hora de bautizar un lugar, una propiedad, una edificación o una obra de arte, con un nombre en particular. De más está decir que los nombres de las esquinas de esta ciudad, en la mayoría de los casos, no obedecieron a criterios oficiales, sino que nacieron del pueblo con espontaneidad, como es el caso de las esquinas: Las González y La Lengua; en otros casos, han sido los propietarios de los negocios como: El Águila Real, Verdún, la Botica del Llano, La Colmena, El Matajey, El Casino, El Faro, la Papelería Moderna, la Agencia Royal, La Cumaca, Cantaclaro, Botellofont y El Sol; y otras veces han sido los dueños de las viviendas, como: La Margarita y La Sánchez Olivo.

Hasta ahora me he referido a la voz “esquina” sin definir este término. Esquina es cada uno de los cuatro ángulos rectos que se forman en la intersección de dos calles: una longitudinal y otra transversal; en ese sentido, tendríamos cuatro esquinas, dos al norte –esquina noroeste y esquina noreste– y dos al sur –esquina suroeste

y esquina sureste—; así tendríamos que en el cruce de dos calles se forman cuatro bocacalles —cuatro esquinas—. Por consiguiente, son los lugares más solicitados por los comerciantes, por cuanto al estar su negocio ubicado en ese estratégico punto, su clientela tiene acceso por cuatro vías.

Como todo trabajo de investigación, la mayor satisfacción del investigador es que los resultados sean divulgados, para de esa manera generar nuevo conocimiento acerca del tema estudiado y para que sea de utilidad a la sociedad. ¿Qué hubiera ocurrido el 28 de septiembre del año 1928, si el científico escocés Alexander Fleming, quien hizo crecer un moho en un cultivo y descubrió que mientras este crecía producía una sustancia que mataba las bacterias que provocaban graves patologías, no hubiera informado a la comunidad científica y a la sociedad que él había dado con un medicamento milagroso —antibiótico— al que llamó “penicilina”. Así mismo; conservando las distancias, estimo que al publicar esta investigación, con el respaldo del Estado venezolano, estoy convencido de que llegará al pueblo, es decir, a ese pueblo crítico que valorará los preciados patrimonios históricos-culturales, tangibles e intangibles de la ciudad. Por consiguiente, quiero destacar que ese pueblo, armado de *conciencia histórica*, los sembrará en su corazón en aras del progreso social.

Fuentes de consulta

Bibliográficas

- ACOSTA SAIGNES, Miguel. (1967). *Materiales para la historia del folklore en Venezuela*. Archivos Venezolanos de Folklore. Instituto de Antropología e Historia, Caracas: Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 569 pp.
- ARANA PÁEZ, Hugo R. *Borraduras de ciudad, aportes históricos sobre San Fernando de Apure*. Colección El Apure de siempre, Serie Roja – Crónica. Fundación Editorial El perro y la rana. Sistema Nacional de Imprentas / Red Nacional de Escritores de Venezuela, Capítulo Apure: 2011 pp.
- BOTELLO, Oldman. (1988). *Historia de la villa real de San Fernando de Apure 1788-1988*. Villa de Cura: Editorial Miranda, 259 pp.
- CALZADILLA, Fernando. (2006). *Por los llanos de Apure*. Caracas: Vásquez y Asociados / Héctor Pérez Marchelli Editor / Talleres Cromotip, 347 pp.
- CASTILLO SERRANO, Franco. *El último violín*, 287 pp.
- CLEMENTE TRAVIESO, Carmen. (1966). *Las esquinas de Caracas*. México: Talleres Gráficos de México S. A., 285 pp.
- DECANIO, Edgar. (2005). *Repuntes II, El San Fernando de ayer*.

- Caracas: Conac / Fundación Cultural Ítalo Decanio D'Amico / Editorial Lithobinder, 349 pp.
- FUNDACIÓN HISTÓRICA CULTURAL DOCTOR ÍTALO DECANIO D'AMICO. *El San Fernando de Ayer 1788-2007*. Colección fotográfica.
- GALLEGOS, Rómulo. (2010). *Doña Bárbara*. Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana. 419 pp.
- GALLEGOS, Rómulo. (1985). *Cantaclaro*. Colección libros *Revista Bohemia*, n.º 24, Bloque De armas, Caracas: Corporación Marca, 222 pp.
- GONZÁLEZ GAMARRA, Leopoldo. (1973). *Arichuna Bicentenario*, Bogotá: Editorial Andes, 315 pp.
- HERRERA LUQUE, Francisco. (1973). *Boves El Urogallo*. Caracas: Editorial Fuentes, 330 pp.
- LAPREA SIFONTES, Pedro. (1985). *El Llanero*, San Fernando, n.º 209. 12 pp.
- LAYA, Carlos Modesto. *Del Apure histórico*. 99 pp.
- MEDINA RUBIO, Arístides. *Introducción a la historia regional*. Consejo Nacional de la Cultura / Revista *Historia para todos*, n.º 3, 40 pp.
- MÉNDEZ, Argenis. (1998). *Historia de Apure*. Caracas: Fondo Editorial Otomaquia, 294 pp.
- MENESES, Guillermo. (1995). "La ciudad de las esquinas". Colección Zona Tórrida 39. En: *Obras completas*, Tomo VIII. Primera Edición. Caracas: Ediciones la Casa de Bello y la Universidad Central de Venezuela / Talleres de Anauro Ediciones C. A., 916 pp.
- NÚÑEZ, Enrique Bernardo. (1988). *La ciudad de los techos rojos*. Caracas: Monte Ávila Editores, C. A. / Cromotip, 283 pp.

- OVIEDO M., Ramón. (2006). *Sabaneando mis recuerdos*. Valencia: Gamevial, 267 pp.
- RAMOS, César Humberto. (1988). *Remontando el Apure viejo 1931-1952*, 151 pp.
- RAMOS, César Humberto. (2008). *Mi llanto por la llanura 1900-1940*. Caracas: Colección historia. Fundación Editorial El perro y la rana, 81 pp.
- ROJAS, Aristides. (2008). *Orígenes venezolanos. Historia, tradiciones, crónicas y leyendas*. Colección Clásica 244. Guarenas: Fundación Biblioteca Ayacucho / Fundación Imprenta de la Cultura, 760 pp.
- ROSENBLAT, Ángel. (1969). *Buenas y malas palabras*. Tomo II. Caracas: Editorial Edime, 254 pp.
- ROSENBLAT, Ángel. (2004). *Buenas y malas palabras. Una selección*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, Biblioteca Básica de autores venezolanos, 313 pp.
- ROSENBLAT, Ángel. (1969). *Buenas y malas palabras*. Tomo IV. Barcelona: Editorial Edime, 356 pp.
- SÁNCHEZ OLIVO, Julio César. (1988). *Crónicas de Apure*. El Libro menor 125. Academia Nacional de la Historia. Caracas: Talleres Italgráfica SRL, 211 pp.
- TOYNBEE, Arnold. (1971). *Ciudades en marcha*. El libro de bolsillo. Buenos Aires: Alianza Editorial / Emecé Editores, 296 pp.

Digitales

- FUNDACION POLAR. *Diccionario de Historia de Venezuela*. Tomo V. C. D.

Hemerográficas

LAPREA SIFONTES, Pedro. “El Palacio Barbarito”, *El Llanero* 4-07-1981, año v, n.º 302, San Fernando, Estado Apure, 16 pp.

LAPREA SIFONTES, Pedro. (1982). “Esquinas de San Fernando”, *El Llanero*, n.º 283. San Fernando, p. 6.

LAPREA SIFONTES, Pedro. “La Esquina Verdún”, *El Llanero*, año v, San Fernando, 21-03-1981, n.º 288.

LAPREA SIFONTES, Pedro. “Los hermanos Barbarito. Los amos de Apure”, *El Llanero*, 6-06-1981, año v, n.º 298.

LAPREA SIFONTES, Pedro. “El Palacio Fonsequero”, *El Llanero*, año v, San Fernando, 21-02-1981, n.º 284, 16 pp.

LAPREA SIFONTES, Pedro. “El London Bar”, *El Llanero*, 7-02-1981, San Fernando, 16 pp.

LAPREA SIFONTES, Pedro. “El Palacio Barbarito II”, *El Llanero*, 15-06-1981, año v, n.º 299, 16 pp.

LAPREA SIFONTES, Pedro. “El Palacio Barbarito III”, *El Llanero*, 20-06-1981, año v, n.º 300, 16 pp.

LAPREA SIFONTES, Pedro. “El Palacio Barbarito IV”. *El Llanero*, 23-06-1981, año v, n.º 301, 16 pp.

RODRÍGUEZ, Adolfo. “Los años veinte apureños: un monumento a la bohemia”. *El Nacional*, Caracas, 12 de junio de 1982.

TORRES, Ronald. *La Idea* 843, año 10, 4-10-1986, p. 7.

Índice

INTRODUCCIÓN	11
1. Las González	13
2. La Botica del Llano	19
3. La Colmena	25
4. El Matajey	33
5. La Margarita	41
6. La Agencia Royal	47
7. El Águila Real	57
8. Verdún	71
9. La Sánchez Olivo	81
10. El Casino	89
11. El Faro	97
12. La Papelería Moderna	105
13. La Lengua	117
14. La Cumaca	125
15. Cantaclaro	129
16. Botellofont	133
17. El Sol	141

CONCLUSIONES 151

FUENTES DE CONSULTA 153

Las esquinas cuentan su historia:
San Fernando de Apure 1788-2025

Digital

Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, Venezuela,
Marzo de 2026





Esos adagios populares que nos dicen que “todo tiempo pasado fue mejor” o que “en viejos instrumentos es que se han tocado las mejores canciones” parecieran resumir esta narrativa histórica de la capital del llano venezolano, San Fernando de Apure. Son 17 capítulos en los que “Harpa” –seudónimo de este autor– mezcla la descripción físico-geográfica de la ciudad con la de los personajes que protagonizaron el incipiente desarrollo a partir de comienzos del siglo XX, tomando como punto de partida las intersecciones de las antiguas calles citadinas; ese desarrollo del que hoy son víctimas a través del memoricidio paulatino que ha borrado los recuerdos en las nuevas generaciones. De aquella época sanfernandina quedan tan solo los hechos rescatados por sus cronistas y sus narradores, como ocurre con *Las esquinas cuentan su historia...*

HUGO ARANA PÁEZ (HARPA) (Caracas, 1964)

Graduado en Historia y en Archivología por la UCV. Miembro investigador del Centro de Estudios Histórico-Sociales del Llano Venezolano. Se ha desempeñado como columnista en periódicos locales y, actualmente, como productor del programa *Patrimonios*, en Radio Nacional de Venezuela-RNV, Región los llanos. Con diversos trabajos aún inéditos, entre ellos, “Botalones”, “Aspectos históricos de San Gerónimo de Guayabal”, “Tremedales”, “Veintiséis cuentos fantasmales apureños”, “Pasos, puertos, calles y esquinas de San Fernando 1788-1971”, “Aportes al conocimiento de la toponimia de la capital del Estado Apure”, etc., ha publicado *Borraduras de ciudad. Aportes históricos sobre San Fernando de Apure*, 2011.



Ministerio del Poder Popular para la

CULTURA

www.mincultura.gob.ve

f @ x @mincultura_ve